

CEFyLwww.cefyl.org.ar**Secretaría de Publicaciones****Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras**

Historia

Materia: **Economía**

Catedra: **Katz**

Autor: **Mandel-Nove-Elson**

Título: **«La crisis de la economía Soviética»**

¿La historia se repite? ¿O se repite sólo como penitencia de quienes son incapaces de escucharla? No hay historia muda. Por mucho que la quemen, por mucho que la rompan, por mucho que la mientan, la historia humana se niega a callarse la boca. El derecho de recordar no figura entre los derechos humanos consagrados por las Naciones Unidas, pero hoy es más que nunca necesario reivindicarlo y ponerlo en práctica: no para repetir el pasado, sino para evitar que se repita; no para que los vivos seamos ventrílocuos de los muertos, sino para que seamos capaces de hablar con voces no condenadas al eco perpetuo de la estupidez y la desgracia. Cuando está de veras viva, la memoria no contempla la historia, sino que invita a hacerla.

Eduardo Galeano
(La escuela del mundo al revés)

HOJAS:
50

CÓDIGO:
4/180

Cuando en 1985 apareció *La economía del socialismo factible* de Alec Nove, Perry Anderson la saludó como "una obra llena de claridad y de vigor difuso, sentido común y buen humor, análisis lógico y de una simplicidad" donde el autor hace a un lado "todo un tipo de ilusiones e ideas preconcebidas sobre lo que podía haber el otro lado del capital". Anderson presenta la primera versión verdadera de cómo podría ser una economía socialista bajo control democrático". Sometiéndolo a una lucida crítica las teorías marxistas de la planificación, Nove sostiene la necesidad del dinero y el mercado en una economía socialista. Su obra representa, según palabras de Anderson, una lección moral e intelectual para cualquier izquierda que se defina como marxista: ahora está acertada de que debe alcanzar los mismos niveles de honradez y agudeza en sus propias contribuciones a las discusiones en curso sobre cualquier socialismo no futuro. Contra las tesis del "socialismo de mercado" de Nove reaccionó inmediatamente el marxista belga Ernest Mandel en defensa de la planificación socialista, cuyo intercambio desplegado en las páginas de *The New Left Review* recoge este volumen. El debate se cierra con la original contribución de la economista británica Diane Elson, para quien no se trata de abolir el mercado sino socializarlo: una estrategia de libre acceso a la información que permita la coordinación y el control consciente de las necesidades y la producción por la comunidad.

Alec Nove es profesor de economía en la Universidad de Glasgow, especialista en economía soviética y autor de *La economía del socialismo factible*. Ernest Mandel es profesor de economía en la Universidad de Bruselas y es reconocido mundialmente como uno de los máximos exponentes del pensamiento económico marxista contemporáneo. Diane Elson, economista británica, es colaboradora de *The New Left Review*.

Ernest Mandel / Alec Nove / Diane Elson

La crisis de la Economía Soviética y el debate Mercado / Planificación



Ediciones
Imago
Mundi

**La crisis de la economía
soviética
y el debate mercado/planificación**

Principales obras de Ernest Mandel

Traité d'économie marxiste, Paris, Julliard, 1962 (trad. cast.: México, ERA).
La formation de la pensée économique de Karl Marx, Paris, Maspéro, 1957 (trad. cast.: México, Siglo XXI).
Der Spätkapitalismus, Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1972 (trad. cast.: El capitalismo tardío, México, ERA, 1979).
La crise (1974-1978), Paris, Flammarion, 1978 (trad. cast.: México, ERA, 1980).
Critique de l'eurocomunisme, Paris, Maspéro, 1977 (trad. cast.: Barcelona, Fontanar, 1978).
Long Waves of capitalist development. The marxist interpretation, Cambridge University Press, 1980 (trad. cast.: Madrid, Siglo XXI, 1986).
El Capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx, Madrid, Siglo XXI, 1985.
The Meaning of the Second World War, Londres, Verso Books, 1986.
Où va l'URSS de Gorbatchev?, Paris, La Revue, 1989.
Ricardo, Marx, Sraffa, Londres, Verso, 1990.
Power and Money. A marxist theory of bureaucracy, Londres, Verso, 1991.

Principales obras de Alec Nove

The Soviet Economy, Londres, Allen and Unwin, 1968 (trad. cast.: Madrid, Alianza, 1973).
(con D.M. Nutt, comps.) The economics of socialism, Harmondsworth, Penguin, 1972.
Stalinism and After, Londres, Allen and Unwin, 1975.
The soviet economic system, London, 1977.
Political economic and Soviet socialism, Londres, Allen and Unwin, 1978.
(con H. Höhnemann, Seidenstecher, comps.) The East European economics in the 1970s, Londres, Butterworth, 1982.
The economics of feasible socialism, Londres, Allen and Unwin, 1983 (trad. cast.: Madrid, Siglo XXI/Pablo Iglesias, 1987).
Socialist, Economics and Development, London, 1987.

Ernest Mandel / Alec Nove / Diane Elson

La crisis de la economía soviética y el debate mercado/planificación

Ediciones
Imago
Mundi

ISBN 950-793-003-5

Primera edición en español: Imago Mundi
© Ernest Mandel / Alec Nove / Diane Elson
© New Left Review
© de la presente edición: Imago Mundi
Diseño de cubierta: David Beltrán Núñez
Compilación y edición a cargo de Horacio Tarcus
Traducción del inglés: Roy Hora
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Ediciones Imago Mundi
Uruguay 252, 1º B - Tel.: +0-5795
(1015) Buenos Aires - Argentina

PROLOGO

En 1983, mientras en la Unión Soviética la muerte de Andropov abría paso al último intento de preservar el régimen neostalinista bajo Chernenko y los reformistas encabezados por Gorbachov se preparaban para subir al poder, Alec Nove publicaba en Londres *La economía del socialismo factible*¹. Hijo de mencheviques exilados en los primeros años de la revolución bolchevique, economista e historiador formado en Gran Bretaña y uno de los máximos especialistas mundiales en economía soviética, Nove perseguía con su nueva obra un doble propósito: en primer lugar, demostrar que el ya ostensible fracaso (desde cualquier punto de vista) del modelo económico soviético y de sus variantes en Europa Oriental no se debía a los límites impuestos por el sistema económico mundial o al proceso de burocratización que había desvirtuado casi desde sus inicios al programa bolchevique (como pretende la izquierda antiestalinista), ni a la ausencia de libertad económica que habría condenado a la Unión Soviética en una senda de estancamiento a largo plazo (como argumenta el discurso liberal). Incluso aceptando la incidencia de los factores mencionados, para Nove, así como para el conjunto de economistas que desde Barone a la actualidad han sostenido la tesis del "socialismo de mercado", el fracaso de la economía soviética radica en la adopción de un modelo particular de planificación que prescinde absolutamente del mercado y de los precios para la asignación de los recursos.

¹ Nove, A. *The Economics of Feasible Socialism*, Allen y Unwin, Londres, 1983. Existe versión castellana coeditada por Siglo XXI y la Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1987.

Frente al sistema de planificación por balances materiales implantado en la Unión Soviética desde fines de la década del veinte, los "socialistas de mercado" despliegan un abanico de modelos alternativos que van desde el extremo del modelo de Lerner², donde la única diferencia con el modelo neoclásico de competencia perfecta consiste en la presencia junto al mercado de mecanismos centralizados de acumulación y distribución, hasta el modelo de Malinvaud³, con planificación absolutamente centralizada en base a precios imputados y mercados simulados por los planificadores. El rasgo común de esta amplia variedad de modelos reside en el reconocimiento de la importancia de los precios como indicadores del costo de oportunidad del uso alternativo de los recursos y, por lo tanto, como instrumento indispensable para alcanzar la eficiencia en el sentido de utilización óptima de los recursos en el largo plazo.

El segundo propósito de Nove es demostrar que la adopción de un modelo de planificación condenado al fracaso no es consecuencia de la desviación de la experiencia soviética respecto de la teoría económica marxista, sino precisamente de las limitaciones insuperables del legado marxista para hacerse cargo de algunos problemas centrales, entre los que se destacan el de la escasez y el de la complejidad e interdependencia de las economías industriales avanzadas. Más allá de las deformaciones estalinistas, Nove sostiene que el marxismo es incapaz de resolver satisfactoriamente la coordinación entre necesidades múltiples y recursos limitados—cuestión central para la economía neoclásica y no irrelevante para keynesianos, poskeynesianos y

2 Lerner, A. Economics of Control, Macmillan, Nueva York, 1944.

3 Malinvaud, E. "On Decentralization in National Planning", Working Paper No 36, Universidad de California, Berkeley, agosto de 1961.

neoricardianos—y que escamotea la cuestión mediante dos supuesto básicos que, aun relativizados, terminan operando en forma absoluta: la abundancia de recursos y la ausencia de incertidumbre.

Si al reivindicar el papel de los precios y los mercados Nove retoma una larga tradición de pensamiento, en su crítica a la teoría económica marxista adopta una postura novedosa capaz de nutrir teóricamente la práctica y el discurso político de la socialdemocracia contemporánea. Lejos del simplismo de la escuela austriaca y de la crítica pseudocientífica de los adoradores incondicionales del mercado, que empezaron por rechazar la viabilidad de las economías centralmente planificadas y, ante su innegable aunque acotada perdurabilidad, terminaron por postular la insoluble vinculación entre planificación e ineficiencia, Nove sostiene la posibilidad de conciliar mercado y planificación, intervención estatal y eficiencia, crecimiento equilibrado y distribución progresiva del ingreso, siempre y cuando se trate de determinados tipos de mercado y planificación. Independientemente de la calidad y de la consistencia del modelo propuesto, Nove intenta mostrar que mercado y planificación no son necesariamente expresión de sendos proyectos de clase, sino instituciones sociales utilizables para diferentes propósitos.

A partir de la obra de Nove, la New Left Review fue vehículo entre 1986 y 1988 de una polémica que comenzó transitando caminos conocidos y culminó en una vuelta de tuerca original y estimulante sobre las condiciones del "socialismo factible". Inicialmente, Ernest Mandel abordó una dura crítica a las tesis de Nove a favor del mercado y una incondicional defensa de la planificación sin mercado retomando viejos argumentos de la tradición marxista. Los artículos de

Mandel, "En defensa de la planificación socialista" y "El mito del socialismo de mercado", no tienen el mérito de la originalidad, pero poseen una virtud mucho más rara, y por lo tanto valiosa, cuando polemizan autores que responden a paradigmas teóricos difícilmente conciliables: logra coincidir con Nove en cuál es el núcleo del problema. Lejos de ser trivial, que un debate no se transforme en un diálogo de sordos es un requisito indispensable para que adquiera cierta trascendencia. En este caso, el corazón de la polémica consiste en la factibilidad y descabildad del modelo de socialismo vislumbrado por Marx y los marxistas, concebido "como una sociedad gobernada por los productores libremente asociados, en la cual la producción mercantil (la economía de mercado), las clases sociales y el Estado se han extinguido". Frente a la rotunda negativa de Nove respecto de la factibilidad de este tipo de socialismo, Mandel en cambio postula su viabilidad como modelo alternativo al "socialismo realmente existente", burocrático y autoritario, y al socialismo de mercado, que a su vez percibe, en el mejor de los casos, como un mito irrealizable y, en última instancia, como una mistificación tendiente a prolongar la existencia de las lacras del capitalismo.

En respuesta a la primera crítica de Mandel, el breve comentario de Nove, "Mercados y socialismo", vuelve sobre los argumentos expuestos en su libro y subraya en particular que cualquier alternativa a la planificación centralizada requiere inevitablemente la adopción de mecanismos de mercado para una asignación de los recursos adecuada a las necesidades sociales. Cualquier forma de "autogobierno de los productores asociados" no es para Nove más que un eslogan, incapaz de resolver los problemas económicos concretos que debe permanentemente enfrentar una sociedad industrial

desarrollada.

Hasta aquí, nada nuevo bajo el sol. Mandel y Nove expresan una vez más dos posturas tradicionales que son inevitablemente irreconciliables en la medida en que ambas descansan sobre supuestos contrafácticos y, sobre todo, sobre prejuicios también contrafácticos. Los supuestos contrafácticos son demasiado obvios: los modelos de sociedad cuya factibilidad postulan hasta ahora sólo han existido en los papeles. Resulta en cambio más revelador preguntarse sobre los modelos de sociedad cuya factibilidad niegan (lo que llamo sus prejuicios negativos). Y aquí, independientemente de nuestras eventuales simpatías, la simetría se rompe.

Nove rechaza la posibilidad de una organización económico-social, basada en un avanzado desarrollo industrial, que pueda prescindir absolutamente de mecanismos de mercado y al mismo tiempo logre en el largo plazo evitar el derroche de recursos humanos y materiales. Su hipótesis, común al conjunto de los socialistas de mercado, es que no sólo existe la posibilidad de articular en diferentes grados mercado y planificación, sino que las experiencias históricas que intentaron prescindir del primero fracasaron (tal es el caso de la experiencia del "comunismo de guerra" en la Rusia posrevolucionaria entre 1918 y 1921) y las que confinaron al mercado a un rol secundario están condenadas al estancamiento una vez superado cierto nivel de desarrollo. Su prejuicio negativo está dirigido contra la posibilidad de construir una sociedad de "productores libremente asociados", sin clases y sin Estado, que la humanidad posiblemente ha conocido sólo en fases muy primitivas de su desarrollo. Es decir, el modelo social que rechaza supone una revolución de tal magnitud en las instituciones sociales hasta ahora conocidas que difícilmente aceptaría un observador

escéptico y desencantado. La sociedad de productores libremente asociados es una sociedad basada en hombres justos que siempre actúan de buena fe, es decir, una sociedad que está más cerca de las utopías religiosas que de la historia de la humanidad.

Mandel, en cambio, rechaza absolutamente la posibilidad de que las instituciones de mercado no conduzcan inevitablemente al capitalismo y a las lacras sociales que de éste también inevitablemente derivan. Es significativo que en su argumentación contra Nove no intente criticar la posibilidad de un sistema que articule mecanismos de planificación y de mercado y que simultáneamente excluya la mercantilización de la fuerza de trabajo, sobre todo teniendo en cuenta, en primer lugar, que la historia ha mostrado reiteradas veces que los mercados no conducen inexorablemente al capitalismo, salvo cuando se desarrolla plenamente un mercado de trabajo; en segundo lugar —y ésta es una cuestión nunca asumida plenamente por los defensores de la planificación a ultranza— que el problema de los costos de oportunidad, es decir, de la medición de las ventajas y desventajas sociales de dedicar menos esfuerzos a una actividad X para canalizarlos en cambio hacia otra actividad Y, sólo puede ser resuelto mediante la utilización de un instrumento que se llama "precios". En suma, el rechazo de Mandel al mercado se asemeja más a un tabú que a una crítica rigurosamente demoledora, incluso para quien compare sus posturas anticapitalistas.

La poca profundidad de las críticas de Mandel contra el mercado se torna todavía más evidente al leer el artículo de Diane Elson que cierra esta edición —aunque es de esperar que no cierre la polémica. Elson incorpora una serie de argumentos que enriquecen notablemente un debate con mucho de *déjà vu* y abre un promisorio

campo de análisis para los economistas institucionales.

En primer lugar, Elson rechaza la concepción del mercado como una institución dada al margen de la historia, de los sujetos y del poder, y argumenta que los mercados son instituciones resultantes de un proceso social, donde el nexo entre compradores y vendedores debe ser progresivamente construido, de modo tal que no es poco relevante qué actores sociales asumen la tarea de su construcción. En consecuencia, los mercados privados que caracterizan a las economías capitalistas no constituyen la única forma de mercado posible. Elson sostiene plausiblemente la posibilidad de construir mercados públicos, es decir, caracterizados por la disponibilidad amplia y transparente de información, que apunten a satisfacer las necesidades de los trabajadores y sus familias primordialmente en tanto consumidores y sólo en segundo lugar en tanto productores.

En la revalorización de la centralidad de la reproducción de la fuerza de trabajo y del papel de la economía doméstica reside la segunda contribución relevante. Desde una perspectiva que debe mucho a la antropología social y a las investigaciones sociales sobre la mujer, Elson sostiene que las formas de propiedad de las empresas sólo son importantes en la medida en que tienen efectos sobre las condiciones de producción y reproducción de la fuerza de trabajo. Además, bajo el aspecto cuantitativo, las condiciones de reproducción afectan a una población mucho más amplia (mujeres, niños, enfermos y jubilados) que las condiciones de trabajo, relevantes sólo para los trabajadores activos.

Finalmente, el gran mérito de Elson es que, desde una posición indiscutiblemente socialista —y, cabe aclarar, socialista sin matices ni reservas—, se hace plenamente cargo del viejo desafío que la economía neoclásica ha planteado reiteradamente sin que desde el campo

marxista haya recogido abiertamente el guante algún autor de primera línea —quizás con la sola excepción de Dobb en su Teoría del valor y la distribución— : la necesidad de reconocer el papel de los precios como instrumento indispensable para una asignación eficiente de los recursos.

La importancia de las contribuciones de Elson se acrecientan a la luz del colapso de la Unión Soviética y de las sociedades del "socialismo realmente existente". A su rotundo y definitivo fracaso para constituirse en alternativa al capitalismo, ya hace tiempo aceptado por el pensamiento auténticamente crítico, se suma su incapacidad para ser siquiera el germen de transformaciones sociales que alimentaran un proceso mundial hacia formas sociales postcapitalistas. La rapidez de la disolución de las economías de planificación centralizada es una clara medida de su carácter endeble y "artificial", que obligan por lo menos a revisar con seriedad y eventualmente a revalorizar enfoques que sistemáticamente fueron descalificados por su "economicismo". Si la hora del socialismo todavía no ha sonado para la humanidad, caben pocas alternativas. Una es confinarlo al desván de las utopías milenaristas que en forma reiterada han sacudido al orden establecido con efímera contundencia. Otra es hacer del socialismo un movimiento místico sostenido contra toda razón y evidencia por una fe basada en un conjunto incommovible de dogmas. Por último, existe la posibilidad, mucho más modesta que la segunda pero también menos escéptica que la primera, de recoger reflexivamente las enseñanzas de la historia para intentar construir sobre bases renovadas aquellas respuestas a las necesidades sociales que —también está demostrado— el capitalismo en cualquiera de sus variantes es incapaz de brindar. En este sentido, un aspecto sobre el que ya

caben pocas discusiones es la superación de una visión fetichista del mercado en tanto portador de relaciones capitalistas y su recuperación crítica como institución apta para la asignación eficiente de recursos en función de determinadas necesidades sociales en diferentes contextos históricos.

De todos modos, si es verdad que el búho de Minerva recién vuela al anochecer, esta última postura también implica aceptar que, lejos de disponer de una linterna que alumbrara el camino a recorrer, estamos todavía deslumbrados por el sol del mediodía.

Ricardo Graziano

Nota del Editor

Los artículos que componen este libro aparecieron en *New Left Review* entre 1986 y 1988, en el siguiente orden:

- Ernest Mandel, "*In defence of Planning*", NLR 159, set.-oct. 1986.
- Alec Nove, "*Markets and Socialism*", NLR 161, en.-feb. 1987.
- Ernest Mandel, "*The Myth of Market Socialism*", NLR 169, mayo-jun. 1988.
- Diane Elson, "*Socialization of the market*", NLR 172, nov.-dic. 1988.

Fueron traducidos por Roy Hora para la presente edición.

H.T.

I

EN DEFENSA DE LA PLANIFICACION SOCIALISTA

Ernest Mandel

En su libro La Economía del Socialismo Factible, Alce Noye critica los métodos de la economía marxista por descarrados o irrelevantes para la tarea de construir el socialismo. También rechaza, por ser de realización imposible, el objetivo de la política marxista: el socialismo sin producción de mercancías. Cualquier respuesta efectiva a esta objeción debe seguir el mismo procedimiento que Marx empleó en su estudio del surgimiento del capitalismo. En otras palabras, no debe partir de un objetivo último -ideal o normativo- a ser conquistado, sino más bien de los elementos de la nueva sociedad que estén creciendo en el seno de la vieja -de las leyes de movimiento y de las contradicciones internas del modo de producción capitalista y de la sociedad burguesa existente. ¿Cuál ha sido, a partir de la Revolución Industrial, la tendencia histórica básica del desarrollo capitalista? Un crecimiento objetivo de la socialización del trabajo. Todas las leyes de movimiento del modo de producción capitalista, íntimamente articuladas una con otra —la búsqueda constante del incremento de la intensidad y la productividad del trabajo en el lugar de trabajo; la búsqueda sin fin de nuevos mercados; la presión por el cambio tecnológico ahorrador de trabajo (aumento de la composición orgánica del capital); la creciente concentración y centralización del capital; la tendencia decreciente de la tasa de ganancia; la aparición de crisis periódicas de sobreproducción y sobreacumulación; la despiadada tendencia hacia la internacionalización del capital— confluyen en este resultado final.

1. SOCIALIZACION OBJETIVA DEL TRABAJO

¿Qué significa la socialización objetiva del trabajo? Significa, en primer lugar, la creciente interdependencia de los procesos de trabajo y de elección y producción de los bienes que consumimos. Esta interdependencia comprendía, para el habitante medio de Europa o Asia en el siglo XIV, a lo sumo, a unos pocos cientos de personas. Hoy abarca literalmente a millones de personas. Pero la socialización objetiva del trabajo también evidencia algo más significativo. Porque

lo que implica es una extensión dramática de la organización planificada del trabajo. Dentro de la fábrica, y una vez que la industrialización está en marcha, no es el mercado sino la planificación la que reina soberanamente. Cuanto más grande es la fábrica, mayor es la escala y el volumen de la planificación. Con la emergencia del capitalismo monopolista, la planificación sale de la fábrica y abarca a la empresa; esto es, en los casos típicos, instituciones que comprenden varias fábricas. En el mundo contemporáneo, con el desarrollo de corporaciones transnacionales, la planificación se ha convertido en internacional, y en muchos casos, en términos jurídicos, de un alcance que comprende múltiples firmas.

En el capitalismo tardío, la consecuencia de este proceso secular ha sido una radical reducción del trabajo asignado vía mercado, en comparación con el trabajo directamente asignado. La razón principal para esta declinación en la asignación del trabajo por el mercado no se encuentra en la creciente intervención pública en la economía, o en la emergencia del Estado benefactor, o en las conquistas de las luchas de la clase trabajadora, aún si todo esto ha contribuido a este resultado final. Se halla en la lógica interna del capitalismo mismo, y en su peculiar dinámica de acumulación y competición. El trabajo directamente asignado puede ir acompañado, por supuesto, por contabilidad monetaria, como sucede en las burocratizadas economías planificadas de la URSS, China o Europa Oriental. Pero esto no las hace idénticas a la asignación vía mercado. Cuando la General Motors manufactura las autopartes de sus camiones en la fábrica X, los chasis en la Y, y realiza el montaje en la Z, el hecho de que la computadora registre los cálculos de los costos monetarios del transporte de las autopartes de ninguna manera significa que la planta X "venda" autopartes a la planta Z. Las ventas implican un cambio de propiedad, y con ello, una fragmentación efectiva de la toma de decisiones, que refleja una real autonomía de los intereses propietarios y financieros. Es el objetivo planificado de la producción total de camiones, y no el mercado, el que determina el número de chasis que deben ser fabricados. El plan de fabricación de chasis no puede ir a la "quiebra" porque han sido enviadas "demasiadas" unidades a la planta de montaje.

Una economía capitalista rige todavía, naturalmente, en el sentido de que todos estos procesos están limitados típicamente al nivel de los bienes intermedios -esto es, bienes que no llegan al cliente final (decimos aquí cliente más que consumidor, porque el cliente también puede ser otra fábrica, o el Estado que compra armamentos). Pero su funcionamiento ha recurrido más y más a mecanismos no mercantiles, no sólo en la esfera de la producción; también en la de la circulación. El hecho de que, bajo el capital, esta socialización económica del proceso de trabajo esté acompañada y entrelazada con el crecimiento de formas políticas de asignación de trabajo, sólo hace aún más explosivas las contradicciones del proceso.

"Planificación"

Hemos estado usando el término "planificación". Pero el concepto mismo necesita ser definido con mayor precisión. Planificación no es equivalente a asignación "perfecta" de recursos, ni a asignación "científica", ni siquiera a asignación "más humana". Significa simplemente asignación "directa", *ex ante*. Como tal, es el opuesto de la asignación de mercado, que es *ex post*. Estos son los dos modos básicos de asignación de recursos, y son fundamentalmente distintos de su contrario, aún si en ocasiones pueden ser combinados en precarias e híbridas formas transicionales (que no serán automáticamente autorreproductivas). Tienen, esencialmente, una lógica interna diferente. Generan distintas leyes de movimiento. Difunden motivaciones divergentes entre productores y organizadores de la producción, y encuentran expresión en distintos valores sociales.

Ambos tipos básicos de asignación de trabajo han existido en la más amplia escala posible a lo largo de la historia. Ambos son, por tanto, bien "factibles". Ambos han sido aplicados en las formas más variadas, y con resultados diversos. Puede haber planificación "despótica" y planificación "democrática" (aquellos que niegan esta última nunca se han detenido a considerar una aldea bantú precolonial). Puede haber planificación "racional" y planificación

"irracional". Puede haber planificación basada en la rutina, la costumbre, la tradición, la magia, la religión, la ignorancia, -modos de planificación de hacendados de lluvia, chamanes, faquires e iltrados de todo tipo. Lo que es peor, puede haber planificación dirigida por generales: porque todo ejército está basado en una asignación de recursos *a priori*. Asimismo, puede haber planificación organizada en forma semirracional por tecnócratas, o, en el mayor nivel de inteligencia-científica, por trabajadores y especialistas desinteresados. Pero, cualquiera sea su forma, todo esto implica una asignación directa, *a priori*, de los recursos (incluyendo trabajo), a través de la elección deliberada de cierto cuerpo social. En el polo opuesto se encuentra la asignación a través de las leyes objetivas del mercado que, *a posteriori*, contrarrestan o corrigen las decisiones tomadas previamente por cuerpos privados, separada o autónomamente del resto.

De forma similar, las economías de mercado, en el sentido de asignación de recursos *ex post*, han existido históricamente en las formas más variadas. En principio, puede haber economías de mercado con libre competencia "perfecta": aunque en la práctica esto difícilmente ha ocurrido. Puede haber economías de mercado sesgadas por la dominación de monopolios poderosos, capaces de controlar amplios sectores de actividad, y fijar sus precios por largos períodos. Los mercados pueden coexistir con drásticas formas de autocracia y despotismo, como lo hicieron durante el absolutismo del siglo XVIII y el zarismo del siglo XIX; para no hablar de los distintos tipos de juntas militares y dictaduras fascistas en el siglo XX. Pero también pueden estar combinados con formas avanzadas de la democracia parlamentaria, como han estado (al menos en veinte de los alrededor de ciento cincuenta países que comprende el mundo capitalista) en la segunda mitad de este siglo. Las economías de mercado pueden empeorar la miseria de grandes masas, mediante una baja absoluta de su estándar de vida, como hicieron en la mayor parte de los países de Occidente en gran parte de los siglos XIX y XX, en Europa Oriental hasta bien entrado el siglo XX, y como siguen haciendo para por lo menos la mitad -si no más- de los habitantes del hemisferio sur. En

otras circunstancias, pueden también dirigir alzas significativas en el estándar de vida promedio de la mayoría de la población, como hicieron en Occidente en los treinta años que precedieron a la Primera Guerra Mundial, y en el cuarto de siglo que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Pero en todos estos casos contrastados, es siempre el principio del mercado -esto es, una asignación de recursos *a posteriori*, determinada por las ventas y las rentas (en el capitalismo: ganancia)- el que gobierna.

Históricamente, las economías de mercado alcanzaron su máxima extensión durante la transición de la pequeña producción mercantil a la fase inicial de la empresa capitalista relativamente pequeña, en el mundo del *laissez faire* de mitad del siglo XIX. A partir de allí, los principios puros de asignación de mercado entraron en creciente colisión con las exigencias de la producción racionalmente planificada dentro de la gran fábrica y la gran empresa. Engels formuló de modo impresionante esa contradicción en un célebre pasaje del Anti-Dühring: "Cuanto más se extendió el dominio del nuevo modo de producción en todos los campos decisivos de la producción misma, y por todos los países económicamente importantes, reduciendo la producción individual a unos restos irrelevantes, tanto más violentamente tuvo que salir a la luz la incompatibilidad entre la producción social y la apropiación capitalista (...). La contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista se reproduce como contraposición entre la organización de la producción en cada fábrica y la anarquía de la producción en la sociedad en su conjunto".

En El Capitalismo Tardío*, nosotros mismos hemos argumentado que una ley de movimiento más general de la sociedad burguesa en su conjunto (de la superestructura social así como de la base) puede ser deducida de este antagonismo básico: a saber, la contradicción entre las tendencias simultáneas del capitalismo hacia una racionalidad parcial y una irracionalidad global.

* Federico Engels, Anti Dühring, México, Grijalbo, 1968, p.268 y 270. Subrayados de FE.

* Marcel E., El Capitalismo Tardío, México, ERA, 1979 [E2].

14

Los dos sistemas opuestos de asignación de recursos están estructuralmente relacionados -y ciertamente, identificados- con dos formas opuestas de adaptación del producto a las necesidades. Pues toda sociedad está, en último análisis, orientada al consumo desde el momento en que sin el consumo de los productores (esto es, la reproducción de su fuerza de trabajo) no habría producto, trabajo o supervivencia humana. Ahora bien, solo hay dos formas básicas de adaptación del producto existente a las necesidades. O bien estas necesidades son dadas desde el principio, fijadas *ex ante* por el cuerpo social dominante, cualquiera sea este, y el producto es organizado para satisfacerlas. O, alternativamente, son consideradas desconocidas, o en todo caso inciertas, y se supone que el mercado las revelará *ex post* a través de los mecanismos de la "demanda efectiva".

La tendencia actual

Después de la Segunda Guerra Mundial, en la época de la economía contraccíclica y las políticas de bienestar, la demanda era considerada por el pensamiento burgués convencional como sujeta -hasta cierto punto- a intervención y configuración. Pero en las décadas pasadas ha habido en el mundo capitalista una aguda reacción contra las ideas y las técnicas keynesianas, y una rehabilitación desenfundada del mercado y de la producción mercantil como valores civilizatorios en sí mismos. Este cambio ha tenido también una profunda influencia en la izquierda. En la actualidad, el conjunto del cuerpo de pensamiento socialista -que es más viejo que Marx, pero al que este dio expresión científica y sistemática-, que representa una crítica de la producción mercantil y del mercado *per se*, y una profunda desmitificación histórica del conjunto de proposiciones teóricas que descienden de Hobbes, Locke y Smith, está en peligro de ser tirado indiscriminadamente por la borda. Porque no son solamente académicos y políticos conservadores, sino un creciente número de socialistas, sobre todo muchos socialdemócratas de izquierda y eurocomunistas, quienes están ahora redescu-

briendo y reincorporando en su pensamiento social axiomas burgueses que no tienen apoyatura empírica o científica de ninguna clase: que son puramente principios de fe ciega y de superstición. La consecuencia lógica -y ampliamente extendida- de este cambio de opinión es el descreimiento en la posibilidad real de planificación consciente, y la aceptación -si no el culto- del mercado, que golpea en el corazón mismo de la causa socialista. El punto central de los debates actuales no es el problema de corto plazo de por cuánto tiempo es necesario garantizar el intercambio mercantil, inmediatamente después de la revolución anticapitalista, sino si el objetivo de largo plazo del socialismo -una sociedad sin clases que puede llevar un siglo construir- vale la pena de ser realizado, y por qué. Esta fue la cuestión fundamental para la línea de pensadores que va de Babeuf y Saint Simon a Engels y Luxemburg, y que leyendo La Economía del Socialismo Factible, de Alec Nove, permanece como el problema fundamental.

Esto me conduce a una dificultad que obstaculiza todo intento de responderle a Alec Nove y a otros voceros del "socialismo de mercado". Ellos quieren analizar y corregir los serios problemas de las economías transicionales de la Unión Soviética, Europa Oriental y China, y esta, en sí misma, es una preocupación legítima y necesaria. No creemos que, en ningún sentido significativo, estas sociedades sean socialistas. Tampoco creemos que el socialismo, definido como lo hizo Marx, esté a la vuelta de la esquina en estos países; en ninguno de ellos la supresión radical de las relaciones mercantiles residuales es actualmente deseable o efectiva. Pero el énfasis del libro de Nove es para argumentar que el "socialismo marxista", como fue definido clásicamente, no está a la orden del día en ninguna parte, y que fue un proyecto utópico ya desde el origen. En otras palabras, el argumento de Nove se refiere no sólo al período de transición, con sus problemas económicos específicos, sino a la naturaleza misma del socialismo. La evidencia recogida de la experiencia de la Unión Soviética, con toda su carga histórica de retraso, devastación bélica y desgobierno burocrático es usada para darle peso a argumentos clásicos contra la planificación socia-

lista como tal. La pregunta debería ser: ¿son los problemas particulares del tipo de economía soviética en parte consecuencia de las condiciones inmaduras para la socialización generalizada? En contraste, creo que puede ser mostrado que en los países más avanzados hay tendencias objetivas que indican la presencia de los recursos materiales, tecnológicos y humanos necesarios para la planificación; y al mismo tiempo, que estas sociedades avanzadas también muestran los pesados costos que deben pagarse por la ausencia de planificación. Seguramente, cualquier programa realista para detener el desempleo masivo, la superexplotación de las mujeres trabajadoras pertenecientes a minorías étnicas, o los grandes problemas creados por la irresponsabilidad ecológica de gobiernos y corporaciones, deberá estar basada en el establecimiento de prioridades sociales de nuevo tipo, por medio de una socialización genuina y una planificación democrática. El propio Marx no rechazó la producción mercantil (la "economía de mercado") para el socialismo por razones de eficiencia económica, o en razón de una fe ciega en el proletariado. Sería muy erróneo despreciar el formidable *corpus* de la tradición socialista que culmina en sus escritos, simplemente porque este es también invocado, en una forma errónea, por los defensores soviéticos de la centralización burocrática. Hacer esto sería tan equivocado como rechazar los principios de los derechos humanos con el pretexto de que también los invocan capitalistas reaccionarios.

¿Demasiadas decisiones?

Dirijamos ahora nuestra atención sobre algunas de las objeciones que Alec Nove erige contra lo que supone es la concepción marxista clásica de la planificación socialista. Basándose en su amplio conocimiento de la economía soviética, argumenta que probablemente hay en la URSS alrededor de doce millones de distintos tipos de bienes en producción, en todo momento, y que sólo el mercado puede realizar la función de asignarlos racionalmente -el número de decisiones a ser tomadas es sencillamente demasiado

grande como para que pueda ser conducida por algún tipo de asociación democrática de los productores.¹ ¿Qué debemos hacer con este razonamiento? Clarifiquemos primero una ambigüedad en su seno. El perfil trazado por Nove incluye un número inmenso de bienes intermedios y componentes parciales, así como tipos especiales de equipamiento, que el ciudadano común nunca encuentra y nunca consume. También comprende una gran variedad del mismo tipo de bienes. Estos comprenden, en las sociedades occidentales, de diez tipos diferentes de detergentes a treinta variedades de pan, y así sucesivamente. El común de la gente sólo consumirá regularmente una o dos de estas variantes, no todas ellas. Una advertencia sobre esto es importante para circunscribir la dificultad con la que se enfrenta Nove: Porque, de hecho, no sucede que el mercado, en las sociedades capitalistas avanzadas, "asigne" millones de mercancías, tanto bienes de consumo como de producción. En el caso extremo, los consumidores particulares pueden comprar unos pocos miles de distintos bienes en el curso de todo su ciclo de vida (aún esto sería para muchos de ellos una estimación exagerada). No tienen tiempo para consumir "millones" de bienes, o para responder a las "señales del mercado" en su "elección". La noción de que existen "necesidades ilimitadas de consumo", cuya satisfacción requiere un "número ilimitado de bienes" -alimentada por economistas liberales, y en su momento por Stalin-, es sencillamente disparatada. No se puede consumir un número ilimitado de bienes en un tiempo limitado, y, desafortunadamente, nuestra estadía en la Tierra es absolutamente limitada!

La situación no cambia si uno se refiere a los bienes de producción (incluyendo a los productos intermedios). El grueso de los

¹ Alec Nove, *The Economics of Reasonable Socialism*, Londres, 1983 (*La Economía del Socialismo Factible*, Madrid, Siglo XXI, 1987, pág. 53). En este artículo me centraré, más que en los desacuerdos de Nove con la teoría marxista en su conjunto, en las principales críticas que hace a la concepción marxista del socialismo. Me extenderé sobre lo primero en mi libro, *Marx's Theoretical Legacy - Restating the Case for Socialism at the End of the Twentieth Century*, Londres, Verso, (próximo a ser editado).

bienes intermedios, como lo hemos notado, no son asignados en modo alguno por el mercado. Son hechos por encargo. Esto es suficientemente obvio. Pero -lo que es menos advertido- lo mismo es cierto hoy para las más grandes máquinas. No se va los supermercados a comprar turbinas hidroeléctricas para represas; se las ordena con especificaciones muy precisas y detalladas. Aún si se hace a través de una licitación pública, no es de ningún modo lo mismo que la "asignación vía mercado". A los distintos licitatorios no se les permite hacer productos diferentes, entre los que se elige. Solo se les permite hacer un solo producto, el cual es automáticamente utilizado. El mismo procedimiento puede ser obviamente seguido sin que se introduzca ningún principio de mercado. En vez de licitatorios rivales, se puede calcular el costo de diferentes productos en distintas unidades de producción, y optar por el proveedor más barato, con la precaución de que todas las especificaciones de calidad y técnicas sean garantizadas.

Arribamos entonces a una conclusión sorprendente. Ya hoy -en los países capitalistas más avanzados-, el grueso de los bienes de consumo y de producción no es de ninguna manera producido en respuesta a las "señales del mercado", que cambian violentamente de año en año, más aún, de mes en mes. El grueso de la producción en curso corresponde a patrones establecidos de consumo y a técnicas de producción predeterminadas que son ampliamente, si no completamente, independientes del mercado. ¿Cómo ha sucedido esto? Es precisamente resultado de la creciente socialización objetiva del trabajo.

¿Por qué el problema de asignar los recursos necesarios para estos productos -que son ampliamente conocidos con anticipación-, no puede ser solucionado por los productores asociados, con la ayuda de modernas computadoras que sin duda pueden manejar las "millones de ecuaciones" que Nove encuentra tan intimidatorias? Es cierto, por supuesto, que los hábitos de los consumidores no son inmutables. Los cambios tecnológicos a largo plazo pueden transformar radicalmente el conjunto de los productos dominantes dentro de los bienes de consumo, así como las formas de producirlos.

Un siglo atrás, los carruajes tirados por caballos y todo su equipaje eran elementos de producción estándar. Hoy los automóviles los han reemplazado, con todas sus consecuencias (combustible, construcción de autopistas, autopartes, etc). Cien años atrás, rara vez eran utilizados en la construcción de viviendas el cemento, el acero o el vidrio, y nunca el aluminio. Actualmente, la madera y los ladrillos tienen una importancia mucho menor en la construcción de las casas de la mayor parte de la población.

Pero cambios de este tipo sólo ocurren en escala significativa en el largo plazo. Es más, el empuje inicial hacia ellos nunca viene del mercado o del consumidor. No hubo diez mil consumidores corriendo desesperadamente, golpeando sus manos y gritando: "Querido Henry Ford, ¡danos automóviles! Queridos amigos de la Apple Corporation, por favor, ¡provéannos de computadoras personales!". Fueron los negocios (¡los innovadores, por cierto! Más de medio siglo antes que Schumpeter, Marx destacó la necesidad del cambio tecnológico constante y de la innovación, ambos inducidos por la competencia intercapitalista y por la lucha de clases entre capital y trabajo), lanzando nuevos productos sobre los consumidores, creando la demanda necesaria para vender tantos de sus artículos como fuere posible.

2. ESCASEZ Y ABUNDANCIA

El problema de la evidente complejidad de la asignación en una economía industrial avanzada, como fue presentado por Nove, es, por tanto, en gran medida ilusorio. Nadie negará que la planificación socialista democrática se enfrentará con sus propias dificultades, algunas de las cuales ya pueden ser entrevistas, mientras que otras, por el momento, menos. Pero no hay razón para suponer, en el sentido técnico que Nove sugiere, que estas serán insuperables. Su crítica a la concepción marxista del socialismo, no obstante, no está limitada a los métodos que este propone para la construcción de una sociedad sin clases, sino que se extiende a su definición del

objetivo mismo. Porque la premisa de la abundancia, sobre la cual se fundó la idea de Marx del comunismo, es, afirma Nove, irredimiblemente utópica. Esto es lo que tiene que decir sobre el punto: "Definamos la abundancia como la suficiencia para hacer frente a la demanda a precio cero, sin que ninguna persona razonable quede insatisfecha o pida más de algo (o al menos de algo reproducible). Este concepto desempeña un papel fundamental en la concepción marxiana del socialismo-comunismo... La abundancia elimina el conflicto en torno a la asignación de los recursos, puesto que, por definición, hay suficiente para todos, de manera que no hay opciones mutuamente excluyentes... Por tanto, no hay motivo para que los diversos individuos y grupos compitan entre sí para que se apoderen para uso propio de lo que está a la libre disposición de todos. Permítaseme poner como ejemplo el suministro de agua en las ciudades escocesas. Evidentemente, este suministro no carece de costes, es necesario emplear mano de obra en la construcción de depósitos y cañerías, depuración, reparaciones y mantenimiento, etcétera. Sin embargo, hay abundancia de agua. No es necesario regular su uso mediante un "racionamiento mediante el precio", es asequible en cantidades suficientes para todos los usos. No está "comercializada" en un sentido significativo, su suministro no está sujeto a ninguna "ley del valor" o criterio de rentabilidad. No hay competencia o conflicto en torno al agua... Si otros bienes fueran tan fácil y libremente asequibles como el agua lo es en Escocia, entonces se desarrollarían nuevas actitudes humanas; desaparecería la codicia, se desvanecerían también los derechos de propiedad y los crímenes relacionados con ésta".

Las conclusiones erróneas de Nove

Hay un gran número de conclusiones erróneas en este párrafo clave. Nove comienza diciéndonos que "abundancia" significa ausencia de conflicto sobre la asignación de recursos. Pero después reduce tranquilamente "asignación de recursos" a necesidades de los consu-

midores. Porque, por supuesto, no habrá abundancia de agua en Escocia si cincuenta centrales eléctricas comienzan a funcionar allí. En otras palabras, Nove hace la caillada afirmación de que "permaneciendo el resto sin cambios, lo que es "abundante" está determinado por las necesidades regulares de los consumidores locales, y sólo por éstas. O, para decirlo de otra manera, da los hábitos de consumo existentes (y los patrones de producción) por sentados y permanentes. Pero no hace explícita esta premisa. Porque hacerlo hubiese socavado su afirmación inicial, que la abundancia es imposible y el socialismo marxista irrealizable."

Hay otra contradicción en su razonamiento. Por una parte, Alec Nove advierte que para que los habitantes de Escocia puedan tener "agua en abundancia", debe extenderse el trabajo en las cañerías, los tanques, el mantenimiento, y así sucesivamente. Ahora el trabajo es "relativamente escaso". El mismo trabajo que es invertido en cañerías o tanques puede ser utilizado en un número de alternativas - construir canchas de golf, centrales eléctricas y aún misiles. Sin embargo, misteriosamente, a pesar de la inevitabilidad absoluta del "conflicto en torno a la asignación de recursos", el agua puede ser distribuida gratuitamente en Escocia, y, aparentemente, ningún conflicto surge de la asignación de trabajo implicada. Por tanto, la conexión que Nove postula, junto con innumerables economistas - para no hablar de los sociólogos y filósofos misántropos -, entre la escasez general de recursos y los patrones específicos de comportamiento humano es, para decirlo en forma suave, sencillamente no comprobable de forma empírica. Porque el ejemplo mismo demuestra que, en determinadas circunstancias, es perfectamente posible para la gente comportarse en forma no codiciosa respecto a determinados bienes, si se cumplen un cierto número de condiciones."

¿Cuáles son estas condiciones? ¿Por qué el "racionamiento por medio del precio" es innecesario en el caso del agua consumida por los ciudadanos escoceses? Sorprendentemente, Alec Nove no menciona la razón económica obvia, a pesar de que es una sobre la cual economistas marxistas y liberales no tendrían dificultad en acordar, y que explica inmediatamente por qué lo mismo no se aplica a la po-

¹ La Economía del Socialismo Factible, cit., pág. 23-24.

tencial multiplicación de centrales eléctricas en la región. [Es porque la elasticidad marginal de la demanda de agua ha llegado a cero o aún a negativo para el consumidor particular medio.] Hay probablemente un pequeño "gasto" como resultado de la provisión de agua sin cargo. Pero el gasto es menor que el "costo de cobrar" este bien (instalación de medidores, empleo de personal de control, envío de facturas, etc.). [Sencillamente, el cobro del agua en estas circunstancias no es rentable. La demanda estable, previsible (tendencialmente decreciente), es el dato operativo empíricamente clave. Todo el resto se sigue de ello. Pero, si la abundancia de agua es concebible en medio de la escasez del resto de los recursos, ¿por qué no puede aplicarse lo mismo para otros bienes y servicios en circunstancias similares? ¿Es posible que el agua en Escocia sea el único bien para el que la elasticidad de la demanda se convierte en cero, o aún en negativa? Es aquí donde la "visión del socialismo/comunismo" de Marx logra el éxito merecido. Porque con el avance de la riqueza social, el crecimiento de las fuerzas productivas y la emergencia de instituciones postcapitalistas, el número de bienes y servicios caracterizados por una elasticidad de demanda de este tipo, y por tanto capaces de ser distribuidos sin cargo, puede incrementarse progresivamente. Cuando digamos, el sesenta por ciento, o el setenta y cinco por ciento, de todos los bienes de consumo sean asignados de esta forma, este incremento acumulativo habrá alterado de raíz toda la "condición humana".]

Hay una *penito principi* deslizada casualmente en la conclusión de Nove. [Allí parece sugerir que los "derechos de propiedad" se derivan ineluctablemente de la "escasez". Pero, por supuesto, para que la escasez genere tales derechos, deben ser creadas instituciones sociales específicas que permitan, faciliten, sostengan y defiendan la apropiación privada de los medios de producción, impidiendo a la masa de los productores el libre acceso a estos, así como también a la base natural de subsistencia (tierra, agua y aire). Estos, en cambio, serán vinculados a clases sociales específicas, defendiendo intereses específicos contra otras clases sociales defendiendo otros intereses.] La "escasez" era ciertamente muy real en una idea bentu tradicio-

nal. Pero no condujo a "derechos de propiedad" sobre la tierra por miles de años. Por eso, si hoy el pueblo de Escocia (o de Gran Bretaña, o de Europa, o de una Federación Mundial Socialista) estuviese democráticamente decidido a no ceder derechos de propiedad a inversores potenciales en energía hidroeléctrica, ninguna ley económica podría convertir, misteriosamente, sencillamente como un resultado de la escasez, el agua pública en privada. Tendrían entonces que "pagar", por su preferencia de agua abundante, clara y sin costo para el consumidor, el "precio" de energía más cara (es decir, un mayor gasto de recursos materiales y humanos disponibles en producción de energía). Pero eso sería, como consumidores y ciudadanos, su elección y su derecho. Por las mismas razones, no es menos erróneo deducir de la escasez una genérica "codicia humana". No hay tal cosa como una codicia general. Mas bien, las inclinaciones hacia la codicia son específicas, y se relacionan no tanto con la escasez de bienes en general, sino con la intensidad relativa de necesidades específicas. Un Rolls Royce es un coche hermoso. Es también muy poco común. Muchos automovilistas (y, en verdad, casi todos los amantes de los autos) quisieran tener un Rolls. Pero la abrumadora mayoría de la población no está metida en una lucha feroz para tener un Rolls. No calcula el ahorro de cada penique para obtener así el "exquisito Rolls" a cualquier precio. No se siente salvajemente codiciosa por la limusina. No está neuróticamente frustrada por saber que nunca la obtendrá. Por tanto la "codicia" puede extinguirse mucho antes de que la "escasez en general" haya desaparecido, así como ha desaparecido, en relación al agua, para los escoceses. Es suficiente con que las necesidades más intensamente sentidas sean satisfechas, o que ocurra en estos ámbitos una saturación del consumo. Esta es la afirmación básica en la que Marx fundó su visión del socialismo. Es perfectamente realista y plausible.)

3. LA JERARQUIA DE LAS NECESIDADES

Respondiendo la crítica de Nove a la herencia marxiana, hemos introducido el concepto de "intensidad relativa de las necesidades".

Esta noción tiene muchas implicancias importantes para una discusión de la planificación socialista, sobre la que ahora nos detendremos. En la actualidad, en Occidente, la intensidad variable de las necesidades encuentra expresión en comportamientos diferenciales de los consumidores en relación a los bienes y servicios "con precio" (y también a los "sin precio"). Pero no tiene que ser medida indirectamente en dinero. Puede ser calculada empíricamente, por ejemplo, a través del estudio de los cambios de los patrones de consumo físico cuando el ingreso cae abruptamente (como ha sucedido para gran número de personas durante la depresión actual). Determinadas características generales resaltarán claramente. Pues ciertos gastos serán suspendidos antes que otros. Determinada variedad de bienes, dentro de cada categoría mayor de consumo, será reducida, mientras que otra será incrementada (será consumido más cerdo y menos carne vacuna). Se revelarán más rígidos los gastos en salud que en artículos de tocador. Estas no son preferencias azarosas. Uno de los avances más importantes en el conocimiento que el capitalismo ha traído consigo - y que es, en un sentido, un complemento del capital -, es que a causa del alza de los estándares de vida, primero de las clases medias, y después, de sectores más amplios de la población, hay actualmente un gran cúmulo de datos estadísticos, empíricos, sobre los patrones de consumo, que son notablemente similares a lo largo de un gran número de países. (Estos revelan, a través de varias décadas, un orden de prioridades objetivo, común a cientos de millones de personas.) Toda investigación responsable sobre las necesidades humanas debe partir de esa evidencia.

Lo que surge de cualquier encuesta de este tipo es un patrón que el estadístico prusiano Engels ya advirtió ciento cincuenta años atrás. Una vez que las necesidades se diversifican con el crecimiento económico, una jerarquía definida puede ser discernida entre ellas. (Hay necesidades fundamentales. Hay necesidades secundarias. Hay, también, necesidades de lujo, o marginales.) Hablando sencillamente - y aquí estamos dispuestos a ser corregidos por datos empíricos, no por especulación metafísica - pondríamos en la pri-

mera categoría: alimentación básica y bebida, vestido, vivienda y el confort estándar con esta relacionado (calefacción, electricidad, agua corriente, servicios sanitarios, amoblamiento); educación y provisión de salud; transporte garantizado desde y hasta el lugar de trabajo; y el mínimo indispensable de recreación y tiempo libre para la reconstitución de la fuerza de trabajo, a un nivel dado de intensidad y tensión. Estas son las necesidades que, para Marx, deben ser satisfechas si un asalariado medio debe continuar trabajando a un nivel determinado de esfuerzo. Pueden ser subdivididas en un mínimo fisiológico y un suplemento histórico-moral. Cambian a lo largo del espacio y del tiempo. Sus fluctuaciones no dependen solamente de cambios significativos en la productividad promedio del trabajo. Son también una función de las grandes modificaciones en el balance de las relaciones de fuerza entre las clases sociales contendientes. Pero en cualquier momento dado, y en cualquier país, son datos objetivos, que están claramente presentes en la conciencia de la mayor parte de la población. No pueden ser alterados arbitrariamente (incluso por las operaciones de las "fuerzas del mercado") sin violentos disturbios en el tejido económico-social.

En la segunda categoría de bienes y servicios clasificaríamos la mayor parte de la alimentación, la bebida, la vestimenta y los artefactos domésticos más sofisticados (excepto los lujosos), los bienes y servicios "culturales" y "recreativos" más elaborados, los automóviles privados (como distintos del transporte público). Todos los demás bienes y servicios de consumo entrarían en la tercera categoría de los gastos de lujo. Las fronteras precisas entre estas tres categorías son, por supuesto, difíciles de trazar. La primera es la más difícil de delimitar. El pasaje gradual de necesidades (y de bienes y servicios satisfaciendo esas necesidades) de la segunda a la primera categoría es una función del crecimiento económico y del progreso social (en particular, del resultado de la lucha de clases proletaria). Las vacaciones pagas para todos son una conquista reciente de la clase obrera, que data de la gran ola de ocupación de fábricas de 1936-37, y de su extensión posterior a través del mundo industrializado. La distinción entre la tercera y la segunda categoría

es más un asunto de preferencias socioculturales que un fenómeno cuantitativamente observable.

Pero si bien estos puntos requieren ser subrayados, el patrón general emergente queda bien claro. La jerarquía de las necesidades humanas tiene, manifestamente, una base social a la vez psicológica e histórica. No es arbitraria ni subjetiva. Puede ser encontrada en todos los continentes, bajo las circunstancias más diversas, aunque, por el desarrollo desigual y combinado del crecimiento económico y el progreso social, no en forma sincronizada. La jerarquía de las necesidades no es el resultado de ningún *diktat* de las fuerzas del mercado, de burocracias despóticas o de expertos ilustrados. Encuentra expresión en el comportamiento mismo del consumidor, espontáneo o semiespontáneo. El único "despotismo" es el de la gran mayoría. Las minorías "excéntricas", que en su mayor parte no son tan pequeñas en números absolutos, no entrarán en el patrón general: los abstemios en oposición a los consumidores de bebidas alcohólicas; los fumadores como distintos de los no fumadores; los vegetarianos en oposición a los consumidores de carne; los que se niegan a ver televisión o no pueden o no quieren leer periódicos o libros; otros que se resisten a ver un médico o a entrar a un hospital. De todas formas, dado el hecho de que un gran número de hombres está implicado -cientos de millones-, la ley de los grandes números tiende a compensar estas excepciones, y a mantener, en el tiempo y el espacio, un patrón emergente que señala, sobre la amplia mayoría de los consumidores, una jerarquía de necesidades.

Esta jerarquía tiene un aspecto todavía más importante. Con cada estadio sucesivo de crecimiento económico, no sólo la elasticidad de la demanda tiende hacia cero y hacia negativo, desde la parte superior de la lista y en forma descendente, artículo por artículo. También tiende a hacerlo para las necesidades de categorías superiores. El consumo *per capita* de los alimentos más comunes (pan, papas, arroz, etc.) en los países industriales más ricos está hoy cayendo decisivamente, tanto en cantidades físicas absolutas como en porcentaje del ingreso nacional en términos monetarios. Lo mismo ocurre con el consumo de frutas y vegetales nativos, y, al menos en

valores monetarios, con el de ropa interior y medias, así como también con los artículos elementales de amoblamiento. Las estadísticas también muestran que, a pesar de la creciente diferenciación de gustos y bienes (grandes variedades de pan y de tortas, un más amplio espectro de alimento y vestimenta), el consumo total de alimentos y vestimenta, y de calzado, medido en términos de calorías ingeridas, metros cuadrados de ropa y pares de zapatos, tiende a ser saturado y, más aún, comienza a declinar.

Patrones de consumo

Estas realidades refutan completamente la creencia burguesa y estalinista en un crecimiento sin límite de las necesidades del común de la gente. Nada está más lejos de la verdad, como puede ser medido por el comportamiento efectivo de los consumidores. En Occidente, la saturación de las necesidades básicas es una tendencia verificable, no sólo por la declinación de su intensidad una vez que cierto umbral es traspasado, sino también por el cambio en las motivaciones. Patrones racionales de conducta tienden a reemplazar deseos supuestamente instintivos a consumir más y más. Aquí lo que es "racional" no necesita ser "dictado" (no debería ser dictado) por las fuerzas del mercado, los planificadores burocráticos o los expertos *sábelo-todo*. Surge de la creciente madurez propia de los consumidores, cuando cambian las prioridades de la gente y cuando su propio interés se encuentra cada vez más a salvo.

El consumo de alimentos brinda un ejemplo expresivo de este proceso. Desde tiempo inmemorial, la humanidad ha rondado el punto de la hambruna y la inanición. Aún en nuestro propio siglo. Ésta ha sido la condición de la gran mayoría de la población del planeta. Bajo estas condiciones, es natural que los seres humanos deban estar obsesionados con comer. Cinco años de fuertes escaseces de alimentos en Europa Continental durante la Segunda Guerra Mundial fueron suficientes para lanzar una verdadera explosión de glotonería cuando algo así como un "ilimitado consumo de alimentos" fue nuevamente posible en 1945 (en algunos países europeos,

más tarde). Pero, ¿cuánto duró este jolgorio? Menos de veinte años después el alimento ha pasado a ser relativamente abundante (sólo una generación), y las prioridades han comenzado a cambiar significativamente. Comer menos, y no más, comenzó a ser lo usual. La salud ha pasado a ser más importante que la saciedad. Este cambio no se debió a la "imposición" de nuevos patrones de consumo por parte de los médicos o la industria de la salud. Fue el instinto de autopreservación el que lo impulsó. Mucho antes de que la industria de la salud hubiese surgido, alteraciones similares de perspectiva eran discernibles entre los ricos, que "habían realizado el socialismo para sí mismos". Entre las obesas clases dominantes inglesas o francesas del *anno domini* de 1850 y los esbeltos millonarios americanos de un siglo después había ciertamente una transformación gastronómica. Hoy, los ciudadanos corrientes de Occidente pueden obtener mayores placeres de comidas más diversificadas. Pueden, crecientemente, disfrutar de la cocina como de un pasatiempo. Pero aún tenderán a reducir su ingestión total de calorías para vivir veinte años más, en vez de morir prematuramente de sobrealimentación y endurecimiento arterial.

El patrón de consumo del enfermo -o del valetudinario- revela un patrón muy similar. Es obvio que nadie optará por la extracción quirúrgica de sus miembros, uno por uno, simplemente porque la operación es gratuita. Pero el agudo aumento del consumo de medicinas patentadas, después de la Segunda Guerra Mundial, -así como el incremento de las prótesis dentales y de los anteojos después de la introducción del NHS* en Gran Bretaña- no fue meramente, o aún principalmente, una sumisión pasiva a las irresponsables presiones propagandísticas de la industria farmacéutica. Fue sencillamente la expresión de un cúmulo de necesidades básicas insatisfechas. Una vez que este cúmulo desaparece, y un cierto umbral de satisfacción se alcanza, es probable que tenga éxito cualquier campaña de educación, cuidadosa y concienzuda, para mostrar los efectos nocivos del sobreconsumo de medicinas. El consumo de

* National Health Service, el Servicio Nacional de Salud británico, de carácter gratuito (N. de T.)

medicinas tenderá a estabilizarse, y eventualmente a declinar (los sectores sociales más saludables ya evidencian este patrón). No es ciertamente de un optimismo excesivo hacer notar que, a pesar de todos los esfuerzos en contra de la industria del tabaco, la educación sistemática del público respecto a lo dañino que es fumar ha conducido a una declinación significativa del consumo de cigarrillos.

Las conclusiones se siguen de estas reflexiones. Primero, en la medida en que la "escasez" es crecientemente confinada a bienes y servicios menos esenciales, será ciertamente posible reducir el papel de la moneda en la economía en su conjunto, ya que los bienes y servicios sin precio pasan a ser cada vez más numerosos que los bienes y servicios comprados. Porque la afirmación de que los consumidores sólo pueden determinar sus necesidades indirectamente, por la asignación de sus ingresos monetarios a distintos bienes y servicios, es absurda. ¿Por qué deberían los individuos tomar el rodeo de la forma monetaria para decidir lo que quieren? La situación real es, obviamente, la contraria. Quien, una cierta cantidad de alimentos, ropa o recreación, con preferencias particulares en relación al tipo que desean, y luego se dicen a sí mismos: "Tengo tanto para cubrir estas necesidades, lo que significa que no puedo satisfacerlas todas, y por tanto debo hacer mis elecciones entre ellas". No es que primero tienen el dinero, y a continuación van de un sitio a otro diciendo: "Gracias al efectivo en mi bolsillo, y a las vidrieras a mi frente, ahora entiendo qué tengo hambre!". El modo más simple de adaptar los recursos materiales a las necesidades sociales -así como el más democrático- no es interponer el *medium* dinero entre los dos, sino descubrir las necesidades de la gente preguntándoles, sencillamente, cuáles son éstas.

Los países capitalistas avanzados de hoy -que juntos podrían pasar a ser una comunidad socialista del mañana-, están, por supuesto, compuestos de millones de seres humanos diferentes, con sus propios gustos e inclinaciones individuales. En la transición hacia el socialismo toda la estandarización uniforme de la producción, del tipo inducido por el capitalismo, será tendencialmente re-

ducida. A un determinado umbral de satisfacción de necesidades -o de saturación- ocurre naturalmente un cambio del consumo pasivo al activo, y una creciente individualización de las necesidades que solicita una mayor creatividad para satisfacerlas. De forma general, es probable que las *nuevas necesidades* entren en dos categorías. Estarán aquellas que son desarrolladas por minorías aventureras e imaginativas, ansiosas de experimentar con nuevos productos y servicios. Pero la producción masiva de nuevos bienes no será automática, como resultado de nuevos inventos. Debe ser una elección consciente tomada por la mayoría. El 20% de la población no tendrá el derecho de imponer la generalización de los nuevos bienes a todos los ciudadanos, si bien puede incrementar su propia cuota de trabajo para asegurar su producción. Por la otra parte, también habrá casos en los que la mayoría opte por un nuevo nivel de bienestar y servicios, y un reajuste fundamental del plan general asegurará un lugar para la nueva necesidad. Grandes revoluciones de consumo de este tipo han sido relativamente escasas en la historia del capitalismo del siglo XX. Tres principales se destacan: el automóvil, los electrodomésticos y los artículos de plástico, que han cambiado radicalmente la vida de millones de personas. Bajo el socialismo, estas transformaciones masivas no ocurrirán de forma salvaje y anárquica, sino racional y humanamente, por primera vez, a instancias y bajo el control de los afectados por éstas.

Eso brindaría la base objetiva para la desaparición de la producción de mercancías y el intercambio monetario. Al mismo tiempo, la intensidad del conflicto social puede disminuir, ya que existen instituciones que aseguran la satisfacción de las necesidades básicas de forma automática y regular, a partir de la autoevidente experiencia cotidiana. Eso brindaría la base subjetiva para la desaparición del dinero y la economía mercantil. Pues la lucha social es tremendamente violenta y agria cuando están en juego la alimentación, la tierra, los patrones básicos de trabajo, la educación y la salud elementales, los derechos humanos fundamentales y la libertad. Pero no hay ejemplos de millonarios matándose diariamente entre sí para entrar a las exclusivas playas de Bahamas, o guerras mun-

diales estallando en Old Masters, o por localidades en el Chicago Exchange (a pesar de lo doloroso, pero momentáneo, que esto pueda ser). Intrigas políticas ocasionales, corrupción en gran escala, y aún el asesinato pueden ser empleados para resolver conflictos sobre la asignación de estos "recursos escasos". Pero estos enredos no pueden ser comparados con los horrores de la hambruna irlandesa, la Gran Depresión o el sistema de castas de la India. Si conflictos de este tipo, generados por el hambre, el desempleo y la discriminación fuesen a desaparecer, tendríamos un mundo diferente, con otros patrones de comportamiento y otras estructuras mentales. Si la "codicia" fuese restringida a los bienes de lujo, y la competencia a la lucha por cigarrillos cubanos, habría fenómenos cualitativamente distintos de lo que se ven hoy. No dudamos en afirmar que un mundo así sería mejor para el 99% de sus habitantes.

¿Tiranía sobre los deseos?

Habría, de todas formas, quienes se resistan a estas conclusiones. Porque ni bien usamos el concepto de "jerarquía de las necesidades sociales", en el que algunas reclaman mayor prioridad que otras, asoma una desconfianza formidable, especialmente después de la experiencia de las economías burocráticamente centralizadas -esto es, gobernadas burocráticamente, y mal gobernadas- de nuestro tiempo. ¿Con qué derechos, en el nombre de qué autoridad, y con qué resultados inhumanos deben ser dichas "prioridades" impuestas sobre seres humanos realmente vivientes? ¿No es ese el "camino a la servidumbre"?

Este es un argumento que los socialistas, más profundamente devotos de la emancipación humana -esto es, de la libertad- que los adherentes de cualquier otra perspectiva política o filosófica, deben tomar muy en serio. Pero es importante señalarlo cuidadosa y escrupulosamente. En un trabajo recomendado por Nove, Dictators-hip Over Needs, Ferenc Fehér denuncia claramente a los dominadores de la URSS, China y Europa Oriental por ejercer una completa tiranía sobre los deseos de sus poblaciones. El argumento que

construye es poderoso. Pero es también parcial, y contiene una contradicción significativa en su seno. El origen de esta contradicción radica en un concepto que aparece una y otra vez, no sólo en el trabajo de Ferenc Fehér y Agnes Heller, sino también en los de Ota Sik, Branko Horvath, Włodzimierz Brus y muchos otros defensores del "socialismo de mercado". No es accidental que la misma noción se encuentre, igualmente, en los escritos de los neoliberales más sólidos teóricamente y más consistentes intelectualmente, para no hablar de los de liberales clásicos como von Mises, von Hayek o Friedman. El concepto en cuestión es el de "necesidades reconocidas socialmente". Para todos estos teóricos, cualesquiera sean sus otras decisivas diferencias, la escasez de recursos es el fundamento sobre el cual la teoría económica (toda teoría económica) debe ser construida. Pero la escasez de recursos implica automáticamente que no todas las necesidades individuales pueden ser satisfechas. Esa es la premisa oculta bajo la fórmula de las "necesidades reconocidas socialmente": *las necesidades individuales no son reconocidas automáticamente por la sociedad. Sólo lo son parte de ellas*. Por lo tanto, un individualista congruente debería concluir: la fórmula de las "necesidades reconocidas socialmente" implica en todos los casos una tiranía de la sociedad sobre las necesidades individuales. Eso sería tan cierto en una economía de mercado como en una economía planificada. La tiranía es ineliminable. El único problema es la forma específica que adopta, y las consecuencias socio-políticas que de esa forma se derivan.

Formas y consecuencias

Tanto para los liberales como para los "socialistas de mercado", parece obvio que el despotismo del mercado -"racionamiento por la

* Véase, entre otros, Włodzimierz Brus, *The Market in a Socialist Economy*, Londres, 1972; Branko Horvath, *The Political Economy of Socialism*, Londres 1972; Ota Sik, *The Third Way*, Londres 1976; R. Selucky, *Marxism, Socialism and Freedom*, Londres 1979; Ferenc Fehér y Agnes Heller, *Dictatorship over Needs*, Londres, 1984.

billettera" - es menos doloroso para el individuo y menos dañino para la libertad personal que el despotismo de un plan, o el racionamiento *Tout Court*. Esto puede parecer plausible si uno compara ciertos extremos en el hemisferio norte -por ejemplo, el racionamiento a través de las diferencias de ingresos en el Estado benefactor sueco con el racionamiento por la decisión del Gosplan en la Rusia de Stalin. Pero extremos de este tipo son históricamente la excepción más que la regla. Si uno toma el promedio histórico del racionamiento capitalista a través de las relaciones de mercado y las diferencias de ingreso, caracterizadas por la gran pobreza de las masas y la extrema desigualdad de ingresos (el promedio de todo el mundo capitalista en los últimos 150-200 años), la conclusión está lejos de ser obvia.

Cuando menor es la satisfacción de las necesidades básicas por la distribución del ingreso existente, mayor es la indiferencia de la gente hacia las formas específicas que adopta la ausencia de satisfacción. Recientemente, agencias de noticias informaron de un sacerdote católico en Santiago que afirmaba que después de la última devaluación del peso chileno los pobres de la ciudad (más del cincuenta por ciento de la población) *ni siquiera podían comprar pan con su ingreso monetario*. A Milton Friedman y sus Chicago Boys les hubiese sido difícil convencerlos de que son "más libres" que los ciudadanos de Alemania Oriental que no sufren por la falta de alimentos básicos, cualquiera sea la tiranía ejercida sobre sus otras necesidades menos básicas. El África contemporánea brinda otro ejemplo de estas verdades. ¿Hay alguien que, cuando el hambre devasta el Sahel, hubiese condenado la distribución de alimentos racionados a los hambrientos, como si se tratase de una asignación "dictatorial", que los reduce a "siervos", mientras que venderles alimentos los haría "más libres"? Si una grave epidemia estalla en Bangladesh, la distribución de medicinas en forma racionada, ¿es tomada como algo detestable comparado con su compra en el mercado? La realidad es que es mucho menos costoso y más razonable satisfacer las necesidades básicas a través de la distribución o redistribución de los recursos totales disponibles para ello, y no a través del camino indirecto de la asignación a través del dinero en el mercado.

Por el contrario, el dinero y las relaciones de mercado cumplen su función como instrumentos para permitir una mayor libertad del consumidor a partir de que las necesidades básicas han sido ya satisfechas. Pues la libertad del consumidor implica la elección del consumidor, y precisamente, confrontado con las necesidades realmente fundamentales, el consumidor no tiene opción. Normalmente, no se "elige" entre pan y un pasaje en avión, entre educación elemental y un segundo aparato de TV, entre el cuidado de la salud y una alfombra persa. El dinero como un medio para la libertad del consumidor sólo es eficiente —dado un alto grado de desigualdad en los ingresos— para decisiones entre lo que es relativamente superfluo. Como un medio de determinación de la dirección básica de la asignación de los recursos sociales, es probable que sea injusto e ineficiente al mismo tiempo.

Si una sociedad decide democráticamente dar prioridad de asignación a la satisfacción de las necesidades básicas, reduce automáticamente, por supuesto, los recursos disponibles para la satisfacción de necesidades secundarias o de lujo. Este es el sentido en el que no hay escape a cierta "dictadura sobre las necesidades", mientras los deseos insatisfechos no se hayan convertido en completamente marginales. Pero es aquí donde los méritos de los argumentos socialistas aparecen más claramente. Porque, ¿es más justo sacrificar las necesidades básicas de millones, o las necesidades secundarias de cientos de miles? Responder a esta pregunta no es sancionar la frustración de las necesidades más sofisticadas que se han desarrollado con el avance de la propia civilización industrial. El proyecto socialista es el de la gradual satisfacción de cada vez más necesidades, y no de restricción a los requerimientos básicos solamente. Marx no fue nunca un vocero del ascetismo o de la austeridad. Por el contrario, el concepto de una personalidad plenamente desarrollada, que está en el corazón de su visión del comunismo, implica una gran variedad de necesidades humanas y su satisfacción, nunca un estrechamiento de nuestros deseos a alimento y refugio elementales. La desaparición del mercado y de las relaciones monetarias concebidas por Marx debería implicar, para la satisfacción de estas necesidades, la gradual extensión

del principio de asignación *ex ante* a un número cada vez más grande de bienes y servicios, y en una variedad mayor y no menor que la existente hoy en el capitalismo.)

4. DESPOTISMO SOBRE LOS PRODUCTORES

Hasta aquí hemos seguido a Alec Nove —y a otros críticos del socialismo marxista— en lo relativo al problema del consumo. Pero, por supuesto, esta perspectiva es, en sí misma, parcial. Porque los ciudadanos comunes de un país industrial avanzado no son solamente, ni centralmente —esto es, para la mayor parte de su vida adulta—, consumidores. Antes que nada son productores. Todavía ocupan un promedio de al menos nueve o diez horas diarias, cinco días a la semana, trabajando o viajando hacia y desde el trabajo. Si la mayor parte de la gente duerme ocho horas diarias, esto deja seis horas para el consumo, la recreación, el reposo, las relaciones sexuales y la vida social.)

Aquí surge un doble constreñimiento, que los campeones de la "libertad del consumidor" no terminan de asumir. Porque, en una población dada, y a un nivel determinado de tecnología y organización del proceso de trabajo, cuanto más se multiplica el número de necesidades a ser satisfechas, mayor es la carga de trabajo que se demanda de los productores. Si las decisiones concernientes a esta carga laboral no son tomadas consciente y democráticamente por los productores mismos, les son impuestas; ya sea por la inhumana legislación laboral de Stalin o por las despiadadas leyes del mercado de trabajo, con sus millones de desempleados actuales. ¿Cualquier defensor de una sociedad más justa y humana se sentirá tan profundamente repelido por esta tiranía como por aquella sobre las necesidades del consumidor? Porque el sistema de "premios y recompensas" a través del mercado, ingenuamente celebrado hoy en día por muchos en la izquierda, no es más que un despotismo finalmente disfrazado sobre el tiempo y los esfuerzos de los productores, y por tanto sobre la totalidad de sus vidas.

Dichas recompensas y castigos implican no sólo mayores y menores ingresos, trabajos "mejores" y "peores". También implican despidos periódicos, la miseria del desempleo (incluyendo la miseria moral de sentirse inútil como ser humano), aumentos de producción sin aumentos de salarios, sujeción al control del reloj y a la línea de montaje, la disciplina autoritaria de las cuadrillas de trabajo, el riesgo físico y nervioso para la salud, el bombardeo de ruido, la alienación de todo conocimiento sobre el conjunto del proceso de producción, la transformación de los seres humanos en meros apéndices de máquinas y computadoras. ¿Por qué es obvio que millones de personas deban subordinarse a estos estreñimientos sólo para asegurar un 10% más de "satisfacción de consumo" al 50% de sus contemporáneos, o sólo al 20% de ellos? ¿Pero esto es exactamente lo que la economía de mercado los fuerza a hacer, si quieren escapar de la mendicidad o de la incapacidad de hacerse cargo de sus familias y de sí mismos? ¿Es este un precio que vale la pena pagar por la alienación en el proceso de trabajo? Lo menos que puede decirse es que el asunto está lejos de estar probado. No sería preferible posponer la viduocessera, el segundo cacho (quizás aún el primero, si hubiese un transporte público adecuado), el cuchillo eléctrico, y trabajar diez horas menos a la semana, con mucha menos tensión, si la satisfacción de todas las necesidades primarias no fuese amenazada por una reducción de este tipo? ¿Quién sabe qué decidirían los productores si fuesen realmente libres para elegir: esto es, si la alternativa no fuese una caída en la satisfacción de sus necesidades básicas y un incremento catastrófico en la inseguridad de su existencia?

En una economía de mercado -cualquier forma de economía de mercado, no importa cuán "mixta" sea, incluyendo la economía del "socialismo de mercado"- estas decisiones no pueden ser tomadas libremente por los productores. Son dictadas a sus espaldas, por empleadores decidiendo por ellos, o por "leyes objetivas" sobre las que no tienen control. Pero no hay nada fatal en este despotismo. El presumido emperador aquí no tiene ropas. No hay ninguna razón apremiante que les impida a los productores de una comunidad

libre decir: "Somos un millón. Trabajando veinte horas a la semana, con veinte millones de horas empleadas, utilizando un stock determinado de equipamiento, y cumpliendo con una organización dada de nuestro trabajo, somos capaces de satisfacer X necesidades básicas en esta etapa y en el futuro previsible (ni más ni menos). A través de la racionalización de nuestra tecnología y de la organización del proceso de trabajo, podemos tratar de reducir en los próximos veinte años esa carga de trabajo a dieciséis horas semanales. Consideramos esto una prioridad mayor. Hay todavía necesidades adicionales a ser satisfechas, pero no estamos dispuestos a trabajar actualmente más de cinco horas diarias, y cuatro horas diarias en veinte años para satisfacerlas. Por tanto *determinamos* hoy, una jornada legal de trabajo de veinticinco horas semanales, y una de veinte a ser introducida gradualmente en los próximos años, aún si esto implica que ciertas necesidades no serán satisfechas". ¿Por qué principios de "equidad", "justicia", "democracia" o "humanidad", deben ser quitados de las manos de los propios productores los derechos soberanos a decidir qué tiempo y esfuerzo dedicar a la satisfacción de las necesidades del consumidor?

5. COOPERACION OBJETIVA INFORMAL

Neve nunca enfrenta directamente esta cuestión. Pero responderá sin duda que su libro contiene una respuesta tácita. Porque a lo largo de *La Economía del Socialismo Factible*, afirma que, aún si el mercado tiene sus problemas, la única alternativa a éste, como una fuerza económica coherentemente organizada, es una poderosa burocracia centralizada. Este es uno de los puntos centrales de su trabajo. Pero es un prejuicio dogmático, que permanece sin ser probado. De hecho, puede ser empíricamente demostrado que, antes de que cualquier forma de socialismo marxista haya sido realizada, se está convirtiendo crecientemente en falso, tanto en el Oeste como en el Este. Porque lo que Neve ha pasado por alto es que la creciente contradicción entre la socialización objetiva del trabajo y la continuada frag-

mentación de la toma de decisiones puede ser cada vez menos contenida, tanto por el mercado como por la planificación burocráticamente centralizada. Lo que previene del colapso a los dos sistemas, ambos desajustados e irracionales, es el hecho de que están efectivamente atravesados por millones de actos diarios de cooperación objetiva informal.

¿Qué queremos decir con esto? Para entender lo que está en discusión es necesario hacer una distinción importante. Las relaciones monetarias no son sencillamente idénticas a las relaciones de mercado; pueden ser relaciones de cuasi-mercado o de seudo-mercado. En estos casos, la misma forma monetaria oculta contenidos reales bien distintos. La economía de mercado es aquella que está *dirigida* por fluctuaciones de precios. Los "agentes económicos", sean estos consumidores o firmas, *reaccionan a las señales del mercado*. Si dicha reacción no ocurre, entonces es difícil probar que la señal es económicamente relevante (a menos que sea un axioma que no necesita prueba, es decir, un dogma revelado). Pero, ¿qué es lo que nos dicen los estudios del comportamiento efectivo del consumidor (incluyendo el consumo de la clase obrera) en los países capitalistas avanzados? Muestran que la gran mayoría de los bienes producidos regularmente son comprados en los negocios o en los servicios de distribución acostumbrados, *independientemente de las fluctuaciones de precios*. No es una exageración decir que esto es válido para por lo menos el ochenta por ciento del consumo del consumidor promedio.

Por tanto, una fluctuación de precio no inducirá a un cliente habitual a cambiar repentinamente su panadero, verdulero, transporte automotor o subterráneo, su peluquero, supermercado, o a su camisería, para no hablar de la escuela de sus chicos o del hospital. La persona común no va de un frutero a otro para descubrir en dónde la libra de manzanas es cinco peniques más barata. Su tiempo (y en muchos casos el hábito, el deseo de hablar con vendedores o con otros clientes habituales) es más precioso que esas diferencias marginales. Típicamente, es sólo cuando ocurren catástrofes económicas (el precio del petróleo se incrementa un trescientos por ciento, o el ingreso cae un treinta por ciento como resultado del desempleo) que dichos patro-

nes de consumo responden a señales ortodoxas del mercado, y aún así, de ninguna manera, para todos los bienes y servicios. La evidencia indica que en muchos campos del comportamiento económico diario, las respuestas no mercantiles en curso han reemplazado a las reacciones del mercado. Aún en los barrios de clase trabajadora, una repentina oferta de manzanas más baratas puede ser mirada con recelo ("¿calidad inferior?", "¿un truco publicitario?"), y vender menos, y no más, que frutas un poco más caras. Si el ingreso y el empleo permanecen estables, un incremento relativamente moderado en el precio de un *tour* de vacaciones -digamos, del diez por ciento-, puede estimular antes que deprimir el gasto destinado al verano.

Relaciones económicas de este tipo no implican ni una economía de mercado real, ni planificación centralizada burocráticamente. Lo que representan son formas elementales de cooperación espontánea. Normalmente permanecerán relativamente estables por años, o por décadas. Pueden ser, por supuesto, cambiadas a voluntad por el individuo, o por el grupo familiar, y normalmente lo son; pero sin ninguna fuerza extraña dictando esos cambios, o un trastorno económico significativo como consecuencia de ellos. Lo mismo se aplica bien para muchas transacciones inter-firmas. Una búsqueda desesperada entre distintos proveedores para reducir los costos un cinco por ciento no tendrá sentido para una gran empresa, solamente porque sus proveedores habituales tenderán a garantizar tiempos de envío seguros y una calidad razonable, afirmada por la experiencia, lo que es más importante que pequeñas diferencias de precios. Así es como actualmente se llevan a cabo la mayor parte de las relaciones económicas en los países capitalistas -y en los "socialistas"-: basados en el hábito, la costumbre, la rutina y la cooperación natural que surge del conocimiento mutuo y los resultados previsibles.

Una objeción

Pero puede ser objetado: estos millones de actos de cooperación voluntaria, que no son guiados ni por las señales del mercado ni por las directivas burocráticas, son, sin embargo, sostenidos y he-

chos posibles por poderosas fuerzas que tienden a la centralización económica, ya sean de índole mercantil o planificada. La cooperación rutinaria solo regula pequeñas operaciones relativamente descentralizadas, y no las centralizadas de gran escala. Esta objeción contiene una parte de verdad. Pero es más pequeña de lo que aparece a primera vista. Su fuerza radica en la contraposición entre -digamos-, por una parte, los millones de clientes que van rutinariamente a los pequeños negocios o a los supermercados a comprar su leche condensada, sin fijarse con ojos de águila en los pequeños cambios de precios en una gran área para dirigir su compra al más barato; y por otra, las corporaciones Nestlé o Camation, a quienes el mercado fuerza, temiendo la quiebra, a atender con ojos de águila a los costos de producción y a las ganancias sobre esa leche. ¿El "mercado" no ha obligado a fusionarse a estos gigantes? ¿o no ha sido éste?

Con todo, la red de distribución de Nestlé a sus miles de bocas de expendio estará completamente rutinizada; y sus ventas de leche condensada estarán también altamente automatizadas y rutinizadas. De hecho, el mercado difícilmente entre en este circuito en forma relevante, desde que Nestlé, al ser un monopolio, puede imponer naturalmente los precios de venta, basados en los costos promedio de producción, más un margen de ganancia preestablecido. La población siempre necesita leche, y la consume en cantidades más o menos predeterminadas, por lo que los únicos factores económicamente significativos aquí son: qué porcentaje del ingreso nacional (o del gasto nacional) será destinado al consumo de leche, y qué parte de los recursos de producción serán asignados a la producción y distribución de leche bajo condiciones dietéticas e higiénicas óptimas. Dadas las avanzadas técnicas ya existentes, todas las demás fluctuaciones son absolutamente mínimas.

Un ejemplo aún más saliente es el de la producción de energía. Una red nacional de energía eléctrica -y, sin duda, la red internacional de la CEE-, no necesita de las fuerzas del mercado o de la centralización burocrática para funcionar adecuadamente. La elasticidad marginal de la demanda de electricidad puede ser establecida

con seguridad en base a series estadísticas. La carga máxima en cualquier momento dado a lo largo del año puede ser predicha por anticipado. Puede ser almacenada capacidad suficiente de reserva en previsión de cualquier peligro de interrupción súbita, o de rápido incremento de la demanda. El resultado es que la distribución estable de energía entre varios cientos de millones de consumidores no requiere ni de las fuerzas del mercado ni de las grandes burocracias. Puede ser llevada adelante sin problemas por computadoras que trabajan sobre la base de los datos estadísticos existentes.³ Ciertamente, lo que se está convirtiendo crecientemente en irracional es el "poner precio" a este bien (por lo menos para los consumidores privados y la empresa promedio; las pocas empresas que son grandes consumidoras de electricidad pueden seguir pagando). Si esto fuese abolido, podrían ser suprimidas cerca del noventa por ciento de las burocracias de la industria de la energía —del Oeste y del Este.

Casos como este no pueden ser generalizados a todos los bienes y servicios en toda rama de la industria o sector de la sociedad. Algunos problemas de centralización son de una naturaleza técnica en que la rutina no puede sustituir a las instituciones de toma de decisiones. La división *general* de los recursos económicos (a escala nacional e internacional) entre diferentes ramas de actividad y sectores de la sociedad debe ser regulada por una agencia especial. Pero, precisamente, la tendencia hacia una cooperación *de facto* cada vez más amplia entre personas comunes, que se ha desarrollado conjuntamente con la socialización objetiva del trabajo, muestra que hay una salida entre la Escala de las fuerzas ciegas del mercado y la Caribdis de las enormes burocracias centralizadas: la *auto-gestión democráticamente centralizada -esto es, conjunta-basada en la cooperación libre y voluntaria.*

³ Para el uso de la computadora para introducir en la U.R.S.S. sistemas de gestión de empresas completamente automatizados, llamados en inglés por su autor ASUP, véase Martin Cave, *Computers and Economic Planning*, Cambridge, 1980, pág. 153-67.

6. INNOVACION Y MOTIVACION

(Pero esta "tercera solución", no llevaría a una idealización de la rutina y de la costumbre, esto es, al estancamiento económico? No ciertamente en el campo de la producción, en el que el interés de los productores en la reducción de su carga de trabajo y en el mejoramiento de la ecología humana generaría un incentivo inherente para la reducción de costos.) Tal vez haría disminuir la embelesada de nuevos bienes de consumo. Una alteración en el flujo corriente de mercancías difícilmente implicaría en sí mismo muchas penas (después de todo, aún los consumidores más ricos han vivido felices en el pasado reciente sin juegos electrónicos o teléfonos inalámbricos). Sólo una visión misantrópica de la humanidad mediría su progreso relativo o su bienestar por el creciente número de objetos crecientemente inútiles que sus ciudadanos consumen. Una democracia socialista crecería en civilización más que en mero consumo; esto es, en una ampliación del rango de las actividades y relaciones humanas significativas: el cuidado de los niños y la expansión de la educación, el cuidado de los enfermos y los discapacitados, la práctica del trabajo creativo, el ejercicio de las artes y de las ciencias, las experiencias del amor, la exploración del mundo y del universo. Una sociedad que diese la máxima prioridad a la lucha contra el cáncer y las enfermedades del corazón, al estudio del desarrollo del carácter y la inteligencia de los niños, a la comprensión y reducción de la neurosis y la psicosis, ¿sería tan aburrida y tan poco excitante comparada con el dinámico mundo de felicidad en el que hoy vivimos?) La libertad de vivir más y con mayor bienestar mental y físico, ¿es menos importante que la libertad de comprar dos televisores color?

La ausencia de la competencia de mercado de ninguna manera se corresponde con una falta de innovación productiva. A través de la historia, muchos descubrimientos e inventos claves han sido hechos, por cierto, completamente fuera de todo nexo comercial. La ganancia no existía cuando el fuego fue conservado por primera vez. La agricultura y la metalurgia no nacieron gracias al mercado.

La imprenta no fue inventada con fines de lucro. Muchos de los grandes avances médicos —de Jenner a Pasteur y de Koch a Fleming— no fueron producidos con la esperanza de una recompensa financiera. El motor eléctrico nació en un laboratorio universitario, no en el taller de una empresa. Hasta la computadora, para no hablar de las naves espaciales, fue diseñada para propósitos públicos (aunque militares), y no para el enriquecimiento de sus propietarios privados. No hay la menor razón para afirmar que la desaparición de las relaciones de mercado y de las recompensas monetarias conducirían a la desaparición de la innovación tecnológica. Pues su impulso se ubica mucho más profundamente que en la competición mercenaria; en la propensión natural del común de los productores a conservar su propio trabajo, y en la libre curiosidad científico-intelectual de los seres humanos.

Asimismo, no hay fundamento para la noción ampliamente extendida de que la igualdad social es un obstáculo a la eficiencia económica. Evidencia en contrario puede ser encontrada en el *kibbutz* israelí, en el que, en un medio caracterizado por una ausencia básica de relaciones monetarias —tanto en los campos del consumo como de la producción—, está creciendo una tercera generación de hombres. El *kibbutz* no es, por supuesto, en ningún sentido, una comunidad socialista. Por el contrario, es una aldea militar colonizadora, que ha funcionado como una cuña colonial contra la población palestina, con todas las características y corrupciones que este papel conlleva. Más aún, está imbricado en una economía capitalista que lo subsidia, y está por eso crecientemente relacionado externamente con relaciones capital/trabajo asalariado. Pero precisamente a causa de estas condiciones nada prometedoras, es aún más remarcable que la simple abolición del dinero y de las relaciones mercantiles dentro del *kibbutz* hayan conducido a muchos de los re-

* César Milstein, ganador del Premio Nobel de Medicina en 1984, rehusó patentar un descubrimiento que podría estar generando un mercado de mil millones de libras en 1990: "Una patente hubiese significado mantener todo en secreto mientras pensábamos en las aplicaciones; un insulto ultrajante a la ciencia. Las patentes son una estafa intelectual". Sunday Times, 21 de octubre de 1984.

sultados socioeconómicos que Marx y Engels predijeron de esto. A pesar de la completa desaparición de recompensas y sanciones monetarias, los habitantes del *kibutz* producen normal y eficientemente; de hecho, en promedio, más eficientemente que en la economía de mercado circundante. No han surgido nuevas formas "no monetarias" de desigualdad económica, privilegio, explotación u opresión. La violencia y el crimen han desaparecido. No hay prisioneros o campos de trabajo "correctivos". El nivel promedio de salud, cultura y bienestar es llamativamente superior al de la sociedad israelí en su conjunto. Hay irrestricta libertad política y cultural. Todo esto es confirmado no solo por apologistas del sistema, sino por observadores fuertemente críticos como el psicoanalista Bruno Bettelheim, el liberal Dieter Zimmer, o el sociólogo Melford Spiro¹. Hay, por supuesto, muchos conflictos; entre generaciones y entre géneros, para el caso. El *kibutz* no es la utopía completa. La inclinación y el comportamiento individualistas no han de ninguna manera desaparecido como resultado de la igualdad socioeconómica. Después de todo, ¿por qué deberían desaparecer? El marco general de una sociedad sin clases no debería ser la similitud de los individuos que la componen, sino la mayor diferenciación posible del mayor número de individuos en su seno. El objetivo del socialismo no es tanto la socialización de la persona como la personalización de la sociedad; esto es, el mayor desarrollo posible de la distintiva e inimitable personalidad de cada individuo.

7. AUTOGESTION CONJUNTA DE LOS TRABAJADORES

La cuestión de la *motivación* —para la eficiencia, la cooperación y la innovación— no es, por tanto, un problema insuperable para una democracia socialista. Una dificultad más inmediata se encuentra en

¹ Véase entre otros, Bruno Bettelheim, *The Children of the Dream*, Nueva York 1969; Rabin-Beit Hellahmi, *Twenty Years Later*, Nueva York, 1982; Gunar Heinsohn (ed.) *Das Kibutz-Modell*, Frankfurt, 1982; Dieter Zimmer, "Die Form des neuen Menschen", en *Zeitfragen*, 12 de Octubre 1984.

la *institucionalización* de la propia soberanía popular. ¿Cómo puede combinarse un máximo de satisfacción básica del consumidor con un mínimo de carga de trabajo del productor? Alec Nove trata directamente con esta contradicción, que ningún marxista serio debería rechazar. Pero advertir que esta es una contradicción real —que no se puede producir bienes y servicios *ad infinitum* en horas de trabajo humano tendientes a 1 ó 0 por semana, salvo con una robotización "total", todavía perdida en las brumas de un futuro distante— no significa que no se pueda incrementar considerablemente la satisfacción de las necesidades básicas de consumo para todos los seres humanos, mientras que se reduce no menos considerablemente la carga y la alienación del trabajo de los productores directos. Un sistema de autogestión conjunta puede realizar estos objetivos. Sus mecanismos e instituciones centrales funcionarían de la siguiente manera:

Congresos periódicos —digamos, en aras de la simplicidad: anuales-nacionales, y lo antes posible, internacionales, de concejos de trabajadores y del pueblo determinarían las grandes divisiones del producto nacional, partiendo de alternativas coherentes previamente debatidas por todos los ciudadanos en la elección de ese congreso. Las opciones —esto es, las consecuencias más previsibles de cada opción— serán explicitadas claramente: carga de trabajo promedio (extensión de la semana laboral); necesidades prioritarias a ser satisfechas para todos a través de una asignación garantizada de recursos (distribución "gratuita"); volumen de los recursos destinados al "crecimiento" (fondo de reserva + consumo de la población adicional + inversión neta como una función de opciones tecnológicas, nuevamente explicitadas con claridad); volumen de los recursos librados para bienes y servicios "no esenciales", a ser distribuidos a través de mecanismos monetarios; ingresos monetarios mínimos y máximos; política de precios para bienes y servicios mercantilizables. El esquema global del plan económico sería establecido, entonces, sobre la base de elecciones conscientes, por parte de la mayoría de los afectados por este.

A partir de estas elecciones, se trazaría entonces un plan coherente, utilizando tablas de *inputs-outputs* y balances de stock, indican-

do los recursos disponibles para cada rama de producción particular (sectores industriales, transporte, agricultura y distribución) y para la vida social (educación, salud, comunicaciones, defensa, si esta sigue siendo necesaria, etcétera). El congreso nacional o internacional no iría más allá de estas instrucciones generales y no se excedería de las especificaciones para cada rama, unidad de producción o región.

Cuerpos autogobernados —por ejemplo, congresos de concejos obreros de las industrias del calzado, la alimentación, la electrónica, el acero o la energía— dividirían entonces la carga de trabajo resultante del plan general entre las unidades de producción existentes y/o proyectarían la creación de unidades de producción adicionales para el próximo período, en caso de que la implementación de los objetivos de producción lo hiciese necesario bajo la carga de trabajo dada. Tendiendo gradualmente al óptimo tecnológico sobre la base del conocimiento existente, calcularían entonces el nivel tecnológico de los bienes a ser producidos —esto es, la productividad media del trabajo, o los "costos de producción" promedio—, pero sin suprimir las unidades menos productivas mientras que la producción total no cubra en todo lugar todas las necesidades, y mientras que los nuevos empleos para los productores comprendidos en la producción no sean garantizados en condiciones consideradas por ellos satisfactorias.

En las unidades que producen equipos, el coeficiente técnico surgido de las etapas previas determinaría ampliamente el plan de producción. En las empresas que fabrican bienes de consumo, el plan de producción surgiría de consultas previas entre los concejos obreros y los representantes de los consumidores, elegidos democráticamente por los ciudadanos. Diferentes modelos —por ejemplo, distintos estilos de zapatos— les serían presentados, los que los consumidores podrían probar, criticar y reemplazar por otros. Salas de exhibición y formularios publicitarios serían los instrumentos principales de esa prueba. Estos últimos podrían cumplir un papel como mecanismo de "referéndum": un consumidor, teniendo el derecho de recibir seis pares de zapatos al año, podría elegir seis mode-

los de las cien o doscientas opciones contenidas en el formulario. El plan de producción sería entonces determinado por el resultado del referéndum, reflejándose las críticas de los consumidores con mecanismos correctivos de post producción. Comparado con el mecanismo de mercado, la gran ventaja de un sistema como éste, sería la mucho mayor influencia del consumidor en el plan de producción, y la eliminación de la sobreproducción, estableciéndose el equilibrio entre las preferencias del consumidor y la producción, existente esencialmente antes de la producción y no después de las ventas, con un tope de reservas sociales producidas adicionalmente —empíricamente (estadísticamente) optimizada en unos pocos años. Los concejos de trabajadores de fábrica serían entonces libres de trasladar como prefiriesen estas decisiones del nivel de rama al de la unidad de producción, organizando el proceso de producción y de trabajo de modo de realizar todas las economías de tiempo de trabajo que pudiesen lograr. Si pudiesen alcanzar el output programado trabajando veinte en vez de treinta horas por semana después de someter sus bienes a la prueba de calidad, se beneficiarían con una reducción de la carga de trabajo, sin reducción alguna del consumo social.

La superioridad de la autogestión

En un punto, Alec Nove destaca: "No existe sociedad en la que una asamblea de representantes pueda decidir, por 115 votos a favor y 73 en contra, a qué fábrica asignar diez toneladas de cuero, o si se deben producir otras cien toneladas de ácido sulfúrico".¹ En nuestro modelo de autogestión conjunta, ninguna asamblea de representantes tendría que tomar dos decisiones de este tipo al mismo tiempo, y ninguna asamblea "central", o comité de planificación, debería tomar ninguna de ellas. Pues, ¿por qué razón no podría decidir sobre la asignación de cuero el congreso de los concejos de trabajadores de la industria del cuero (si las cantidades muy

¹ La Economía del Socialismo Factible, pág. 117-118.

pequeñas deben ser dejadas a un consejo de fábricas es otra cuestión) a través de su voto mayoritario (probablemente en forma consensuada, después de algunas discusiones), una vez que los objetivos de los consumidores para los productos manufacturados con cuero han sido decididos por otros cuerpos? ¿Por qué no podría dividirse el total de —digamos— las 50.000 toneladas anuales de la producción de cuero entre distintas plantas (como sucede hoy en día en empresas capitalistas con diversas fábricas), asignando a cada unidad sus "clientes" (por ejemplo, los destinatarios de las cantidades requeridas de cuero)? Los delegados de dichos congresos ¿no serían más capaces de administrar estas asignaciones mejor que cualquier tecnócrata o computadora, porque conocen mejor su industria y pueden tomar en cuenta gran cantidad de imponderables que ningún mercado o comité central incluirá en sus cálculos, y en el mejor de los casos, sólo accidentalmente?

De hecho, ocurren constantemente "errores" gigantescos en la asignación en una economía de mercado, que ninguna asamblea razonable de trabajadores cometería alguna vez. Los planificadores capitalistas presupuestaron en 5 mil millones de dólares la construcción de la represa de Itaipú, en Brasil. Su costo hoy alcanza a 18 mil millones de dólares, y la cuenta no está todavía cerrada. En el trust de maquinaria agrícola estadounidense Deere, y a pesar de la competencia feroz, nuevos productos tuvieron que ser repetidamente rediseñados por las discrepancias endémicas entre los conocimientos y los intereses de los ingenieros de diseño y de construcción. En la depresión actual, la compañía automotriz bávara BMW descubrió repentinamente que podía reducir sus balances de once a cinco días de producción; es decir, más del 50 por ciento. Ejemplos como estos podrían ser multiplicados sin límite.

Más aún, cuerpos nacionales autogestionarios podrían hacerse cargo de la administración de los servicios públicos —vivienda, educación, salud, telecomunicaciones, transporte o distribución. Aquí también habría concejos elegidos por los ciudadanos afectados, que deberían ser consultados antes de que las decisiones pudiesen ser finalmente implementadas. Cuerpos regionales y locales

desplegarían entonces los recursos asignados, nuevamente, con el máximo de libre iniciativa para hacer el mejor uso de ellos en beneficio de la satisfacción del usuario y de la reducción del esfuerzo del productor. Un sistema de este tipo daría contenido concreto a la concepción marxista de la extinción gradual del estado. Permitiría reemplazar en un solo movimiento a, por lo menos, la mitad de los ministerios actuales por cuerpos autogestionarios. También provocaría una radical reducción del número de funcionarios, incluso en el campo de la planificación. Al mismo tiempo, significaría que, literalmente, millones de personas serían, no meramente "consultadas", sino, en rigor, participantas en la toma de decisiones y en la administración directa de la economía y la sociedad. La división social del trabajo entre administrados y administradores, entre los gobernantes y los gobernados, comenzaría a desaparecer.

La administración no continuaría siendo monopolizada en el "nivel central", ni tampoco la autogestión sería confinada al nivel de planta. Ambas se combinarían en niveles centralizados y descentralizados. Las grandes masas de ciudadanos participantes en esta toma de decisiones no serían comprometidas en dichas actividades sobre una base profesional de tiempo completo, ocupando su tiempo en reuniones o viajando a ellas. Desde que las decisiones en cuestión influirían directamente en sus condiciones de trabajo y bienestar, puede ser afirmado que no adoptarían hacia sus responsabilidades una actitud formal o indiferente, sino que participarían seriamente en el proceso de administración. La reducción en la semana de trabajo y el potencial de información y comunicación de la computadora brindarían la principal base material para una difusión exitosa del poder.

Un importante proyecto de investigación, dirigido por un conservador alemán, el profesor Dörner, ha mostrado experimentalmente que con la ayuda de computadoras, la gente común puede resolver muchos de los complejos problemas de la planificación socio-económica a nivel de medianas ciudades. Lo que necesitaban no eran una inteligencia por encima de la media, o una gran cantidad de conocimiento avanzado. La clave para desarrollar su habilidad era la sensación de que verdaderamente estaban al mando, la convicción de que poseían un auténtico poder para decidir. Véase Dörner (ed.) Lohausen, *Von Umgang mit Unbestimmtheit und Komplexität*, Borna-Stuttgart-Viena, 1983.

¿Más allá de la asignación garantizada de bienes y servicios gratuitos, cómo sería calculado el ingreso monetario adicional de las unidades de producción y distribución? Podría ser graduado de acuerdo con el control de calidad y el grado de satisfacción de los consumidores dentro de una gama dada, con un coeficiente para la dureza del trabajo (las minas y otros lugares de producción rigurosos percibiendo remuneraciones más altas). Para los bienes intermedios, los envíos precisos y en fecha formarían parte del control de calidad/grado de satisfacción del consumidor. Un sistema así tendría la ventaja de no contener ningún desincentivo inherente a un flujo de información abierto y sin trabas acerca de los recursos y potencialidades de las unidades de producción y distribución, ya que la fuerza de trabajo autogestionaria no tendría interés en esconder estos datos. Nove argumenta firmemente contra la idea de que los flujos de información sin trabas pueden darse por sentados. Pero tiende a pasar por alto la causa principal del falseamiento de datos en sociedades como la URSS: los intereses materiales de los administradores de las fábricas, atados a la producción física de sus plantas. No puede suprimirse la consecuencia si no se suprime la causa. Por supuesto, y por añadidura, los flujos de información computarizada, acompañando automáticamente los flujos de bienes, pueden ser efectivos para asegurar los datos correctos de *inputs* para la planificación democráticamente centralizada.

¿Cómo puede un sistema así organizarse a escala mundial? Debe ser subrayado desde el principio que la autogestión democrática no significa que todos deciden acerca de todo. Si uno fuere a asumir eso, la conclusión sería obvia: el socialismo no es posible. En este sentido, cuatro mil millones de seres humanos no pueden encontrar el tiempo necesario para resolver ni siquiera la fracción más pequeña de los asuntos de los demás. Pero no es necesario. Ciertas decisiones pueden ser tomadas mejor en el nivel del taller, otras en el nivel de la fábrica, otras en el nivel del vecindario, el local, el regional, el nacional, el continental, y finalmente, en el mundial. Siguiendo a Nove, nuestra discusión ha estado limitada centralmente en el nivel nacional. Pero, ¿qué decisiones pueden de-

ben- ser tomadas a escala mundial? Se presentan inmediatamente cuatro campos. El primero sería el de todas aquellas decisiones que obligan a una redistribución global de recursos materiales y humanos para asegurar la veloz desaparición de las enfermedades sociales y culturales del subdesarrollo -hambre, mortalidad infantil, enfermedad y analfabetismo en el Tercer Mundo. El segundo cubriría las prioridades en la asignación de recursos naturales verdaderamente escasos -aquellos que pueden ser completamente depredados, y sobre los cuales ninguna minoría de la raza humana tiene el derecho de privar a las próximas generaciones; sólo la totalidad de la población humana viviente tiene el derecho de decidir sobre este punto. El tercero incluiría todo lo que afecte al medio ambiente y al clima del conjunto del planeta; todos aquellos procesos que pueden contaminar o arruinar océanos, polos o la atmósfera, o destruir verdaderas bases del equilibrio ecológico como la selva amazónica. Finalmente, por supuesto, estarían las prohibiciones universales: armas de destrucción masiva, producción de drogas tóxicas, etc.

De estos parámetros globales surgirían constreñimientos sobre los recursos disponibles para planificación y satisfacción de necesidades, continentales o nacionales, que serían tratados en cada continente o país. Así, por ejemplo, una vez que el tonelaje total de acero que puede ser usado en América, Europa o Asia estuviese definido, los productores y consumidores de estas áreas estarían libres de asignarlo como decidiesen. Si, a pesar de los ambientales, y de otros argumentos, quisiesen mantener la dominancia del automotor particular como medio de transporte, y continuar contaminando sus ciudades, estarían en su derecho. Los cambios en las orientaciones de largo plazo de los consumidores son generalmente lentos; puede haber pocos que crean que los trabajadores en los Estados Unidos abandonarían su apego por el automóvil el día después de una revolución socialista. La noción de obligar a la gente a cambiar sus hábitos de consumo es mucho peor que otras pocas décadas de smog en Los Angeles. La emancipación de la clase obrera -hoy, al contrario de toda noción admitida, y por primera vez en la historia, la mayoría absoluta de la población mundial- só-

lo puede ser lograda por los trabajadores mismos, tal como son: seres humanos con sus debilidades como todos nosotros, y no miembros de otro mundo.

Hacia el socialismo)

Un complejo de este tipo -de asignación consciente de recursos, de planificación democráticamente centralizada y de autogestión-, sería mucho más eficiente que una economía de mercado (de capitalismo monopolista), o que una economía dirigida (centralizada burocráticamente). Pues tendría un poderoso mecanismo autocorrectivo inherente, que no posee ninguna de las dos alternativas existentes. No creemos que "la mayoría siempre tiene la razón", así como no creemos que el Duce, el Papa o el Partido siempre tienen la razón. Todos cometen errores. Esto será efectivamente cierto, indistintamente, para la mayoría de los ciudadanos, o la mayoría de los productores, o la mayoría de los consumidores. Pero habrá una diferencia básica entre ellos y sus predecesores. En cualquier sistema de poder desigual -sea este de desigualdad económica, monopolio político, o una combinación de los dos- los que toman las decisiones erróneas acerca de la asignación de los recursos difícilmente son los que pagan el precio por las consecuencias de sus errores, y no son nunca los que pagan el precio mayor.

Cuando los directores de un gran monopolio deciden una gran inversión que unos años más tarde no rinde ganancias, no serán ellos los condenados al seguro de desempleo, y sus suburbios no caerán en descomposición. Pero los trabajadores que han despedido, y sus comunidades, sufrirán ese destino, a pesar de ser completamente inocentes en relación con la decisión original. De igual forma, cuando el Presidium del PCUS, o el Concejo de Ministros, o las autoridades del Gosplan toman una decisión equivocada sobre políticas agrícolas, los miembros de estos elevados cuerpos generalmente no se abstendrán del consumo de carne; pero millones de personas pueden tener una dieta inadecuada por años, y áreas enteras pueden ser contaminadas o devastadas. Por el contra-

rio, cuando la masa de productores/consumidores vote mayoritariamente por una inadecuada asignación de recursos, serán ellos mismos los que primero pagarán el costo de su error. Dado el hecho de que existe una auténtica democracia política, y auténticas opciones culturales e información, es difícil creer que la mayoría preferiría, antes que corregir rápidamente su asignación equivocada, ver morir sus bosques, caer su consumo de carne, disminuir su cantidad de viviendas, o ver sus hospitales sin personal suficiente.

El sistema que hemos bosquejado no sería aún un socialismo "puro", del tipo previsto por Marx y Engels. Sería, todavía, una transición hacia el socialismo -aunque, definitivamente, hacia el socialismo-, no hacia un futuro desconocido o hacia el capitalismo, porque contendría todavía un sector dominado por el dinero y el mercado. Empresas privadas y cooperativas sobrevivirían en la producción en pequeña escala (en la agricultura, las artesanías, los servicios, etc). La iniciativa individual no sería prohibida, porque desde que todos los ciudadanos tendrían un nivel mínimo de consumo garantizado, podría no haber compulsión económica para vender su fuerza de trabajo a dichas empresas, y los contratos entre éstos serían genuinamente voluntarios. El "autoempleo" doméstico podría ser generalizado cuando los ciudadanos recibieran herramientas elementales para producir, en su tiempo libre, lo que deseen para su propia satisfacción o la de sus familias, amigos o vecinos. Los coches iguales hacen feas a las ciudades, que podrían ser transformadas si los automovilistas se convirtiesen en pintores creativos y pusiesen a trabajar su imaginación en las carrocerías de sus autos. El radio para iniciativas prácticas de *hágalo-usted-mismo* sería ampliado enormemente.

3. MISERIA CONJUNTA. UNA CRITICA GENERAL

Alec Nove ha propuesto un modelo de socialismo factible de cinco sectores, una combinación de empresas estatales, socializadas, cooperativas, privadas a pequeña escala e

DIF. con Nove

individuales.¹⁰ A primera vista, la diferencia entre este esquema y el modelo que recién hemos bosquejado puede parecer pequeña. Sin embargo, a pesar de ciertas áreas de superposición, los dos modelos divergen en tres aspectos esenciales. El primero concierne a la naturaleza de las unidades de producción o de distribución predominantes. Para Nove, el cálculo individual de costos implica, para estas unidades, rentabilidad individual, es decir, que los ingresos del grupo de personas implicadas debe estar en relación con las diferencias entre los costos medidos en dinero (o el valor) de los *inputs* y los *outputs*. En otras palabras, estas unidades son firmas independientes. No estamos de acuerdo con esta perspectiva. En nuestra visión, relacionar los ingresos grupales o personales con las "ganancias" es introducir poderosos impulsos hacia la irracionalidad económica, arriesgándose a la destrucción social en la medida en que múltiples decisiones son tomadas en función de intereses particulares y fragmentados. Por la misma razón, no creemos que los acuerdos entre productores y consumidores deben estar basados en recompensas y sanciones monetarias. En otras palabras, las verdaderas relaciones de mercado -esto es, intercambio de mercancías transaccionado en la concurrencia- deben estar limitadas esencialmente a las relaciones internas entre los sectores privado y cooperativo, de un lado, y el consumidor individual o el sector socializado, del otro. El efecto sería que, en los países industriales avanzados, dichas relaciones tendrían solamente un peso menor en la producción y el consumo. (La dinámica de la transición no sería hacia la extensión de la producción mercantil, sino hacia su extinción.)

En segundo lugar, Alec Nove establece una distinción entre un "sector estatal" centralizado, en el que afirma que la escala técnica y la complejidad imposibilitan la autogestión de los productores, y un sector "socializado" de empresas menos integradas en el que dicha autogestión podría operar. También parece sugerir que las diferencias de ingresos serían indispensables en ambos, quizás también aún en el sector cooperativo. Escribe entonces: "las diferencias de

rentas (una especie de mercado de trabajo) son la única alternativa conocida al trabajo dirigido. Es necesario evitar, en este punto, una confusión: algunos podrían decir que en el interior de una comuna, o de un buen *kibutz*, es posible la plena igualdad y la rotación de los puestos de trabajo (...) Pero esto no puede aplicarse a toda la sociedad, en parte porque sólo funciona en el caso de grupos reducidos que se conocen mutuamente y pueden reunirse a diario, y, en parte, porque estas comunas solo atraerán a aquellos entusiastas a quienes gusta este tipo de vida". El razonamiento parece aquí de suficiente sentido común, pero, de hecho, descansa sobre una serie de dogmas y prejuicios no probados. (Pues no es cierto que la única opción es entre una "dirección de trabajo" despótica y un mercado de trabajo. El trabajo distribuido cooperativamente es una alternativa verdadera. Tampoco es cierto que las organizaciones de gran escala no puedan ser administradas sin diferencias de rentas.) En el siglo XIX y comienzos del XX, sindicatos e iglesias que comprendían decenas y cientos de miles de miembros eran muy comunmente administradas por hombres que no recibían ningún privilegio material significativo. Al igual que lo eran -el propio Alec Nove lo señala- grandes organizaciones científicas, para no hablar de enormes cooperativas de productores. En cualquier otro lugar, Nove destaca directamente que pocos profesores preferían ser recolectores de basura, aún si fuesen mejor pagos. Pero esa observación más bien nos informa nuevamente de sus presupuestos generales. Es una razón para pagar más el trabajo desagradable, sucio o pesado, y no el trabajo administrativo o especializado (habida cuenta de que la sociedad paga por la adquisición de habilidad).

Pero quizás el defecto más importante del razonamiento de Nove radica en otra parte. Debe ser encontrado en la antítesis que postula entre "un pequeño número de personas" y las "grandes organizaciones". Porque no hay algo así como una gran organización *inestructurada* -esto es, atomizada. Una fábrica moderna, un banco, un hospital o una escuela secundaria no son ciertamente de este

10 La Economía del Socialismo Factible, pág. 306-307.

¹¹ Ibid, pág. 329.

tipo. Todas estas instituciones están edificadas, en realidad, sobre pequeñas unidades de cooperación socialmente objetiva: equipos de trabajo, oficinas, departamentos, clases, etcétera. ¿Por qué debería ser impensable que estas pequeñas unidades se administren a sí mismas, y elijan delegados (por rotación) que entonces administren las unidades más grandes, que luego administren todo el conjunto? Las precondiciones de la autogestión democrática deben hallarse en la forma en que funcionan las células efectivas de las antidemocráticas instituciones existentes; esto es, en las relaciones de trabajo de un pequeño número de personas que se conocen, se encuentran y se *necesitan* mutuamente: que, en otras palabras, no pueden hacer sus tareas sin cooperación mutua. Por ello creemos, a pesar de Alec Nove, que el campo para la autogestión es en principio, más que sectorial, universal, y que las recompensas monetarias y los privilegios materiales no son indispensables, sino más bien, enemigos del ejercicio democrático de la responsabilidad administrativa.

La tercera diferencia básica entre el modelo de Nove y el nuestro se refiere al papel de la competencia. Nove está advertido de los efectos disruptivos y corruptores de la competencia inexorable existente bajo el capitalismo. Pero quiere preservar en su socialismo los incentivos monetarios. Argumenta entonces que debemos distinguir entre formas "beneficiosas" y "nocivas" de competencia. Pero los ejemplos que usa para ilustrar la distinción de hecho muestran la escasa relevancia que tiene para los proyectos económicos. Pues es obvio que la competencia por un lugar en la Orquesta Nacional Escocesa, por la victoria en la Milla Olímpica, o aún por la elección al concejo obrero de un "Dupont socializado" tiene muy poco que ver con la competencia para vender petróleo, acero, equipo pesado, aviones o misiles en el mercado. La primera forma de "competencia" no ha causado nunca, por lo que sabemos, miseria para millones de personas (ha causado mucha miseria individual, pero el socialismo marxista nunca ha tenido la ilusión de

" Ibid. pág. 311.

que podía solucionar los problemas de este tipo). La segunda forma, por el contrario, no solo ha causado una y otra vez desempleo masivo y decrecientes niveles de vida —cuando no completa pobreza—, sino también guerras que cuestan millones de muertos.

Un dilema falso

Nove recurre, no obstante, a esta casuística involuntaria porque permanece sometido a una visión convencional del mercado. En su pensamiento, la combinación de "mercado" y "socialismo" conduce, inevitablemente, a desconcertantes contradicciones. Nove asigna repetidamente a los marxistas una visión utópica del socialismo. Lo que no alcanza a ver es que sus propias premisas —un nivel más elevado de responsabilidad social libremente aceptado, y al mismo tiempo, una estructura social atravesada por la competencia por remuneraciones financieras y ganancias materiales— representa el colmo de la utopía. Hacen recordar, en una forma más suave, los ingeniosos (o cínicos) alegatos de los funcionarios públicos soviéticos de que la URSS puede ir hacia la creación del "hombre socialista" manteniendo mientras tanto grandes inequidades de ingreso y de poder, y una lucha generalizada por los ventajas materiales. Nove se ve conducido a esta inconsistencia porque es prisionero de un dilema falso. La lógica de su error puede ser vista en el párrafo siguiente: "Supongamos que hay dieciséis empresas o más (socializadas y cooperativas) dedicadas a ofrecer bienes o servicios, ya sean tejidos de lana, dentífricos, rodamientos, hoteles de vacaciones o cualquier otra cosa. Estas empresas basan sus actividades productivas en negociaciones con sus clientes. Estos últimos pueden elegir de quien obtener los bienes y servicios que necesitan. Todos pueden obtener, de sus proveedores, que *ellos* pueden elegir, los factores de producción necesarios. Tienen un interés inherente en satisfacer al cliente (...) Todos esperamos que la motivación de los competidores no sea principalmente monetaria (...) pero no podemos suponer que el grueso de la población actuará

solamente por la satisfacción de triunfar, que no habrá necesidad de incentivos materiales, así como de desincentivos".

La primer parte de este razonamiento exige nuestra aprobación más completa. Solo agregaríamos la salvedad de que, para los más sofisticados o grandes bienes de equipo, no habrá dieciséis proveedores. Pero la segunda parte no se deduce para nada de la primera. Se la presenta como una especie de suplemento, o añadidura, pero de hecho carece tanto de relación como de fundamento. Lo que Nove ha hecho es presuponer que la gente sólo puede actuar o en forma totalmente desinteresada o por incentivos monetarios. Pero esta opción no es exhaustiva. ¿Por qué no puede haber incentivos y desincentivos de un carácter no monetario y no mercantil? La experiencia diaria testifica la importancia de éstos aún bajo el capitalismo. Después de todo, si más del 99 por ciento de los conductores de automóviles respetan las indicaciones de tránsito, no es básicamente porque quieran evitar el pago de multas por violarlas, sino porque quieren vivir más años. El saludable instinto de autopreservación no está desconectado de otro impulso humano común: el deseo de minimizar el trabajo problemático, mecánico, aburrido y no creativo, el trabajo hecho simplemente como medio de asegurar los bienes de consumo y los servicios; eso es perder el tiempo de vida. Hay siempre un incentivo potencial, muy poderoso, para acortar la carga de trabajo a través de su mejor organización. No obstante, por sobre y más allá de esto, Nove parece haber olvidado la posibilidad de un "dividendo social". ¿Por qué una cantidad adicional de bienes y servicios gratuitos no podría ser puesta en relación con el rendimiento económico anual de toda la sociedad, hecho transparente a través de debate público y telecomunicaciones? Si un incremento dado en la cantidad de bienes y servicios producidos y consumidos fuese puesto en relación con -digamos- una extensión específica de las vacaciones gratuitas y los viajes para todos (si esta fuese la opción mayoritaria), ¿no sería este un incentivo para todos los productores y distribuidores para incrementar la can-

tidad y mejorar la calidad de su *output*, y para racionalizar su organización laboral?

Por haber construido primero una polarización artificial de motivaciones subjetivas, que lo lleva hacia los incentivos monetarios, Nove pasa entonces a ignorar las consecuencias irracionalmente objetivas de combinar una gran economía de mercado con un sector de bienes y servicios gratuitos y de propiedad social. Porque, si la ganancia sigue siendo un mecanismo básico de asignación de recursos, no hay razón, por supuesto, para que sus efectos negativos, tan conocidos en el capitalismo, no deban aparecer. Es significativo que cuando Nove se refiere a los riesgos del recurso a los incentivos monetarios, sus ejemplos sean muy marginales; no el *enorme derroche* al que conduce la producción para la ganancia: capacidad ociosa, sobre-producción, desempleo, destrucción de equipos y bienes. Todos estos fenómenos típicos dañan indistintamente a productores y consumidores mucho más gravemente que los supuestos costos excesivos que surgen de la ausencia de la "disciplina de las ganancias y las pérdidas". Esta no es solamente una lección diariamente aprendida en el capitalismo. Está siendo dolorosamente adquirida también en las sociedades postcapitalistas. También en éstas -sobre todo en Yugoslavia y Polonia, pero otros ejemplos se sumarán- la experiencia práctica muestra que los intentos de corregir las distorsiones y disfunciones de la planificación centralizada burocráticamente a través de la creciente confianza en los mecanismos del mercado conduce, después de algunos éxitos iniciales, a una creciente combinación de los males de la burocracia con los del mercado, cada uno de ellos reforzando más que mitigando al otro.

Este patrón será válido aún en China, el caso más favorable para los defensores del socialismo de mercado, a partir de que el mayor atraso del país hace más indispensable la permanencia de los mecanismos de mercado, sobre todo en la agricultura. No hay duda de que la reversión del desastroso legado del Gran Salto Adelante -la noción completamente irracional y mistificada de una introducción inmediata del comunismo- ha conducido a un progreso muy grande

producción más y menos avanzadas técnicamente, los hombres más y menos activos socialmente, las regiones más y menos desarrolladas económica y culturalmente. Lo que la autogestión democrática representa es precisamente un sistema de salvaguardas inherentes para prevenir que estas contradicciones socaven cualquier planificación racional o cooperación social al fomentar renovadas luchas de clases y violencias destructivas. El "socialismo de mercado", por el contrario, no es solución para los males tanto de la leyenda capitalista de un mercado libre como del travestismo burocrático de un socialismo libre. La economía mixta que propone es, meramente, miseria mixta. La verdadera economía de un socialismo posible y deseable superaría cualquiera de estas alternativas. Contrariamente a la declarada creencia de Alec Nove, *tertium datur*.

Nuestro debate es en definitiva acerca del problema central de la historia humana: si la humanidad tiene el potencial para construir su propio destino, y bajo qué condiciones; si la autoemancipación y la autodeterminación para todos permanecerán como un sueño incompleto. Porque si las ciencias sociales y la praxis social fracasan en la adquisición de un control sobre la evolución social comparable al que las ciencias naturales han alcanzado sobre la naturaleza, entonces los avances de la ciencia natural amenazan explotarnos sobre nuestros rostros. En el viejo debate acerca del potencial de la razón y el peso muerto de la fatalidad, en definitiva, un conflicto entre el conocimiento y la superstición. Las "leyes del mercado" no representan más que la fe ciega bajo un disfraz de "racionalidad" parcial cada vez más delgado. ¿Es el conocimiento, por parte de la humanidad, de las leyes de su propia evolución una fruta que le estaría prohibido comer?

MERCADOS Y SOCIALISMO

Alec Nove

en el campo chino. La productividad y el *output* se han disparado, y un excedente creciente está siendo actualmente generado en la tierra. Este fue el resultado de la liberación de las poderosas energías productivas del campesinado chino, probablemente la clase campesina más capaz del mundo, que, con una tradición de cultivo intensivo detrás suyo de dos mil años no tiene equivalente en la mayor parte de Europa Occidental, menos aún en Europa Oriental. Pero el creciente excedente de granos traerá consigo un excedente creciente de trabajo rural, ya que menos hombres producen más alimento. ¿Qué le sucederá en quince, veinte o treinta años a esta población excedente? Si es dejada al mercado, el resultado será un gran crecimiento del desempleo en China: un problema que ya está siendo grave en las grandes ciudades. Únicamente la industrialización planificada puede absorber esta población rural excedente y sólo la industrialización *democráticamente* planificada puede hacerlo sin precipitar las convulsiones en el campo que la colectivización forzada trajo en la Unión Soviética, en sí misma, una reacción de pánico a las consecuencias del crecimiento del mercado en la URSS.

[Subestimando el peso de todas las consecuencias económicas negativas del mercado, Nove ofrece para este una razón política positiva fundamental; que extiende el poder de toma de decisiones, y que por eso es una defensa contra la tiranía. Esta es, por supuesto, una justificación liberal tradicional del mercado. Pero no es menos una concepción errónea, en apariencia socialista. La aceptación paralela de las diferencias de renta para los administradores lo hace claro. Porque si los administradores derivan ventajas materiales de las posiciones de control, tratarán, inevitablemente, de transformar estas en una posesión permanente; esto es, de quedarse con ellas, con toda la conducta económicamente irracional y políticamente opresiva inherente a dichos intentos. El poder tenderá a ser monopolizado. *La difusión del poder del que Nove habla no puede ser realizada a menos que su ejercicio se divorcie del privilegio.* Este no es un dogma de fe, sino una conclusión empírica de toda la historia humana recordada. Cuando el privilegio y el poder van

juntos, el camino se aleja de la democracia, hacia el monopolio de la información, el conocimiento y el poder por una pequeña minoría. Nove busca lograr un socialismo democrático. Pero una vez que adhiere a las recompensas monetarias para los administradores, no es accidental que tenga que terminar por hablar de la necesidad de un Estado fuerte.¹⁴ Pues a pesar de toda la agudeza de su crítica del "socialismo realmente existente", concluye con dos proposiciones que están mucho más cerca de la realidad del orden burocrático soviético que del socialismo marxista. Es significativo que Nove use los mismos términos que la burocracia polaca para criticar a Solidaridad por su negativa a aceptar una reducción en los estándares de vida de los trabajadores polacos.¹⁵ Haciendo esto, se olvida de que la responsabilidad por los problemas económicos no reside en las demandas de los trabajadores y en las huelgas, sino en el patrón general de desgobierno burocrático antes y después de 1980.¹⁶ De igual forma, no toma en consideración la contradicción insoluble entre la autogestión de los trabajadores y el "socialismo de mercado" que está explotando hoy en Yugoslavia. Si las "leyes económicas objetivas", operando a las espaldas de los productores -y esto es lo que significa realmente la ley del valor- deciden, en último análisis, sobre producción y empleo, entonces los trabajadores *no pueden* determinarse ni en el nivel de la fábrica, de la comunidad o de la nación.

[No hay alternativa? El énfasis de este artículo es en que, felizmente, sí existe una salida; la autogestión conjunta, democrática y centralizada, el autogobierno planificado de los productores asociados. La soberanía popular no depende de la premisa de una perfecta armonía en la comunidad entre intereses generales y particulares. Da por sentado, por el contrario, que habrá conflictos *ineliminables* entre los productores y los consumidores, las unidades de

¹⁴ Ibid. pág. 350.

¹⁵ Ibid. pág. 236.

¹⁶ Andreas Heessli ha escrito un destacable análisis y crítica del desgobierno de la burocracia polaca: *Die planlose Planwirtschaft?* Es esperable que este libro, próximo a aparecer en Alemania, sea rápidamente traducido al inglés.

Estoy agradecido a Ernest Mandel por su meditada crítica de mis ideas referidas al "socialismo de mercado" (*En Defensa de la Planificación Socialista*, NLR, 159). Recibí en el mismo día, por una coincidencia, copia de un ataque a estas ideas desde la Nueva Derecha: *Socialism, the Grand Illusion*, de Crozier y Seiden. Los autores están tan descontentos con toda mezcla de plan y mercado como lo está Mandel, pero, por supuesto, desde un punto de vista opuesto. Menciono esto como una forma de enfatizar que no soy un creyente en el *laissez-faire*, y que estoy bien advertido de sus imperfecciones y limitaciones. Un rol mínimo para el Estado y la búsqueda libre de trabas de la ganancia privada no aseguran el bienestar de la sociedad, y, ciertamente, para estos ideólogos es necesario distorsionar las ideas del verdadero Adam Smith, mientras invocan su nombre.

Mandel no niega que ^ala producción mercantil pueda ser necesaria inmediatamente después de una revolución anticapitalista", cuando el plan y el mercado pueden coexistir en "precarias e híbridas formas transicionales". Presumiblemente, entonces, para él, así como para Marx, la transición al socialismo implica la eliminación gradual del mercado. Aquí es donde disentió. Parte del desacuerdo puede surgir de lo que considero es una confusión de definiciones de su parte. Está en lo cierto, por supuesto, cuando advierte que en el "capitalismo tardío" hay corporaciones gigantes, con muchos grados de integración vertical, dentro de las cuales la "asignación jerárquica directa" reemplaza al mercado. Dediqué la mayor parte de las páginas 198-203 [304-309 de la edición citada de Siglo XXI, N. de T.] de mi libro *La Economía del Socialismo Factible* a destacar la importancia de esto, y también al hecho de que junto a estas hay muchos miles de firmas medianas y pequeñas. Debemos presumir que las economías (y las diseconomías) de escala —tecnológicas, informativas, de organización— varían muy ampliamente, y probablemente también variarían muy ampliamente en un socialismo verdaderamente imaginable, que es por lo que parece adecuado concebir distintas categorías de productores. Donde Mandel se equivoca es en trazar la línea entre el plan y el mercado entre *ex ante* y *ex post*. ¡Por supuesto que muchos bienes son hechos por pedido previo! ¡Seguro que la li-

nea entre el plan y el mercado no corre entre la confección por encargo y la *prete à porteri*. Mandel dice que "es el objetivo planificado de la producción total de camiones, y no el mercado, el que determina el número de chasis que deben ser fabricados" (pág. 6) [pág. 20 de la presente edición]. ¡Pero cualquier manual nos mostrará que la demanda de chasis (y de otros componentes) se deriva de la demanda de camiones del mercado! La planificación previa de algún tipo —es decir, la anticipación *ex ante*—, es, obviamente, la regla en las economías capitalistas de mercado, tanto si se basa en estudios de mercado como en contratos negociados previamente. También en una economía socialista uno se imagina que los barcos y los grandes equipos generadores serían producidos por pedido especial, mientras que los zapatos, las polleras y los repollos serían producidos o cultivados anticipándose a lo que los usuarios pudiesen requerir, una anticipación que puede mostrarse errónea y que puede requerir verificación *ex post*. Sin duda existe el mercado, la producción mercantil, cuando los bienes son fabricados para la venta, para el cambio y no para el uso, y esto es así cualquiera sea el grado de integración vertical en el proceso de producción de tal o cual bien.

Mandel se pregunta: ¿es apropiado utilizar la evidencia extraída de la experiencia soviética? Si, hubo factores específicos rusos o soviéticos: atraso, "desgobierno burocrático". Pero hay lecciones para aprender, referidas (por ejemplo) a la escala, la complejidad, los conflictos entre intereses parciales y generales, los indicadores del cumplimiento del plan, los criterios de inversión, los precios en la teoría y en la práctica, los incentivos laborales, las diseconomías de escala en la agricultura, la influencia de las necesidades del usuario en los planes y en el output, el papel de la política regional, etcétera. Si bien los logros soviéticos en la resolución de éstos y otros asuntos (incluyendo la contaminación ambiental) puede dejar mucho que desear, sería tanto ignorar la experiencia soviética a partir de la decisión previa de calificarla como "no socialista".

Si hay actualmente en la URSS varios millones de distintos tipos de bienes y servicios, producidos y distribuidos por cientos de miles de empresas (industriales, de construcción, agrícolas, de transporte,

de distribución, etcétera.), y si la evidente complejidad de la planificación no mercantil genera burocracia e ineficiencia, entonces, no es ciertamente muy atinado invocar a la "democracia" como a una solución. El derecho de distintos estratos a organizarse como grupos de presión, si bien deseable en sí mismo, sólo puede hacer el objetivo de la planificación aún más complicado. Mandel nos dice que el común de los mortales en verdad no elige entre millones de bienes y servicios, que las demandas de la mayor parte de la gente son repetitivas y ampliamente predecibles. ¡Si, ciertamente, la impredecibilidad total haría imposible la vida en cualquier sistema! Pero uno debe preguntar: si en la URSS (así como en el Oeste) hay millones de productos, ¿por qué es esto? El punto es que, mientras que Mandel y yo no consideramos conscientemente miles de pares de zapatos y miles de lugares de veraneo, éstos, para elecciones distintas a las nuestras, existen por miles. Cuando las economías crecen más allá de los niveles de simple subsistencia, "los hombres obtienen mayores placeres de comidas más diversificadas" (estoy citando aquí las propias palabras de Mandel), y también de zapatos, vacaciones, etc. Cuanto mayor es la variedad de los *outputs*, mayor también es la variedad de los *inputs*. Mayores también las cargas de los planificadores centrales. Mandel pregunta: ¿por qué los planificadores centrales? ¿Por qué mi énfasis en general en la escala? ¿No sabemos que el todo se compone de muchas partes, a las que se pueden transferir las decisiones? Creo que en este punto Mandel, y los que piensan como él, sufren de ceguera. Quisiera explicar en qué consiste esta ceguera.

Primero, en una moderna economía industrial interrelacionada, de planificación sobre la base de la evaluación consciente de las necesidades de los "productores asociados", existe la lógica centralizante. Las decisiones resultantes de producción y asignación deben reflejar las prioridades decididas (por cualquier medio) por la sociedad o sus representantes. Una vez tomadas, las decisiones deben ser implementadas, lo que implica la afectación de recursos producidos en distintas partes del país o fuera de él. A menos que se asuma la "abundancia", en el sentido de que hay suficiente para todos, y entonces no hay problema de elecciones mutuamente excluyentes, al-

gún cuerpo (alguien) debe asignar los recursos entre usos alternativos. Sí, el mercado también hace esto, y lo hace imperfectamente. Pero la existencia de lazos contractuales horizontales, libremente negociados, elimina del centro una carga de otra forma demasiado pesada, y no es sorprendente, por tanto, que esta sea la recomendación de los reformadores soviéticos más cercanos a Gorbachov.

¿Tertium datur? 1

Mandel me critica por considerar como alternativas sólo la asignación administrada y el mercado (compra y venta). Insiste: *tertium datur*. También enfatiza que el Hombre es no sólo un consumidor, sino también un productor, con libertad para hacer elecciones en los dos casos. Sí, por supuesto, pero pensemos en las implicancias. Algunas actividades son, aún hoy, por su propia naturaleza, no descentralizables. Tómese la red de electricidad y la red ferroviaria como dos ejemplos. La "autogestión" a nivel local (una central de energía, un segmento de línea o un tren) debe estar, por razones obvias, limitada estrictamente: si un aumento de la demanda de energía o de pasajes debe ser prevista para actuar sobre ella, esto debe suceder en un nivel superior en la jerarquía, tanto hoy como en una sociedad socialista imaginada. Esto es, en verdad, por lo que clasifico estos sectores como necesariamente planificados centralmente. Sin embargo, abogo por la descentralización del grueso de la economía, para que los hombres puedan ser tan libres como sea posible, como consumidores y como productores. (Es sorprendente leer (en la pág. 17) [pág. 39 de la presente edición] que, en la visión de Mandel, "la forma más simple y democrática de adaptar los recursos materiales a los deseos sociales no es interponer el medium dinero entre los dos, sino descubrir las necesidades de la gente preguntándoles sencillamente cuáles son estas"). Las dificultades son lo suficientemente obvias. ¿Cómo puede descubrirse, por esta ruta, la intensidad relativa de los deseos de la gente, que es señalada (si bien imperfectamente) por la disposición a pagar? ¿Cómo hay que vérselas con el resultado predecible; que los deseos totales excedan los medios de satisfacerlos? ¿Qué hacer con la calidad: quién optará, por ejemplo, por los cortes

de carne más baratos? Finalmente, ¿qué remedio está disponible para aquellos ciudadanos que encuentran que lo que no se les brinda lo que reclaman? Y, ¿qué poderes poseen los planificadores para asegurarse que lo que han decidido sea implementado efectivamente? No es una respuesta decir que algunas necesidades urgentes son prioridades claras: el alimento para los hambrientos y los medicamentos para los enfermos deberían tener prioridad sobre los lujos. Acordado, pero estamos algo más allá de un mundo tan simple; para citar nuevamente a Mandel, "los hombres obtienen mayores placeres de comidas más diversificadas".

Pero me he desviado de mi punto básico. Observemos detenidamente la lógica de la toma de decisiones descentralizada, tanto si la decisión es la de un consumidor, un productor, un innovador en potencia, una comunidad, o, a tal fin, la de una oficina de planificación local. Todos tienen una cosa, un requerimiento en común: la necesidad de una cantidad de *inputs* materiales. Algunos de éstos pueden ser provistos centralmente en cantidades bien predecibles: por ejemplo, agua, o electricidad. Otros, muchos miles, necesitan ser, contruidos y enviados por muchas empresas distintas. Pero éstas sólo pueden proveerlos si pueden obtener los medios de producción requeridos a tal efecto, y si tienen un grado de control suficiente sobre los bienes y servicios que estarán produciendo, de forma tal que puedan ofrecer lo que el consumidor efectivamente requiere. En este contexto podemos dejar de lado la cuestión importante por sí misma, de la forma en que se toman las decisiones, del grado de autogestión o participación al interior de la unidad de producción. (El punto esencial es que es una decisión descentralizada, que requiere de *inputs* materiales si es que va a ser implementada. ¿Cómo, en el mundo de Mandel, se los obtendrá? ¿A solicitud de los "productores asociados" o de alguna oficina de planificación? Teniendo en cuenta que cada decisión implica muchos *inputs* diferentes, provistos por una cantidad de empresas diferentes, cada una de las cuales, a su turno, requiere *inputs* diferentes, ¿no puede ver las abrumadoras complejidades que esto conlleva? El uso de computadoras puede hacer más rápidos los cálculos y ayudar a establecer balances de los mate-

riales existentes. Pero no serán las computadoras, sino los seres humanos, los que administren las prioridades y juzguen si alguna nueva proposición o innovación debe recibir ayuda material.

Mandel bien puede replicar que el innovador en potencia también hoy encuentra problemas, por lo menos en adquirir el capital necesario. Ciertamente. Pero si se supera este obstáculo, es mucho más simple obtener los *inputs* requeridos: por compra. [Imagina alguna vaga solución "democrática" que para mí no tiene ningún sentido, o, alternativamente, vive en un mundo de abundancia, en el sentido de que existe la capacidad de alcanzar todos los requerimientos razonables de *input*, y estos requerimientos son identificables *ex ante* con todo detalle.] O hay un equilibrio estático, que no contiene en su interior razón alguna para cambiar los patrones de producción y consumo existentes, o las redes de suministro.

Sí, por supuesto, el Hombre no es sólo un consumidor sino también un productor. Es por ello que dediqué espacio en mi libro al concepto de "preferencias de los productores". Sí, puede ser que la gente prefiera más descanso si "la codicia humana" no fuese estimulada por la propaganda y el mercantilismo militante; como las palabras entre comillas provienen de mi libro (pág. 7), está predicando al converso. Sí, el desempleo es un mal, y yo también estoy descontento con los excesos de la "disciplina autoritaria". [Mandel sugiere que aún la existencia limitada de las relaciones de mercado conduciría a una suma de consecuencias indeseables. Yo admitiría que hay aquí peligros, de la misma manera que la asignación no mercantil puede dar origen a la deformación burocrática.] Mi argumento es que, de hecho, no sólo puede, debe. Como traté de mostrar en mi libro, dos marxistas tan distintos como Isaak Rubin y Charles Bettelheim estaban de acuerdo en que la "producción de mercancías" estaba íntimamente ligada a la autonomía y al carácter independiente de las unidades de producción. [Cuanto más abarcador es el plan, menores pueden ser las elecciones hechas al nivel de la unidad de producción acerca de *outputs*, *inputs*, socios, y esto es así independientemente del grado de democracia en la elección de la asamblea que aprueba el plan.] También creo que todo ciudadano, o grupo de ciudadanos que desea proveer, a su riesgo, un bien o servicio que crea necesi-

rio, debe ser en principio libre de hacerlo, ser capaz de obtener los medios materiales necesarios, y, si tiene éxito, obtener un ingreso (ganancia). Esta sería una parte integral de sus derechos como productores, derechos que serían infringidos si a una "policía socialista" le fuese ordenado detenerlos. Si los bienes y servicios en cuestión fuesen provistos satisfactoriamente por el sector público, la oportunidad de obtener ganancias no existiría. Por ejemplo, he observado en la Unión Soviética que los campesinos no llevan su manijeta al mercado si hay suficiente en los almacenes estatales al precio oficial.

También creo que la gente debe poder elegir dónde y por cuánto tiempo trabajar. Esto puede ser contradictorio con la línea de montaje y con los procesos industriales continuos, pero, aún hoy, la mayoría de la población no está inmersa en este tipo de actividad. No es contradictorio con la elección de algunos ciudadanos de proveer bienes y servicios para la venta. Ni se interpone en el camino de las distintas formas de cooperación informal de las que habla Mandel, o de comunidades de productores y consumidores para aquellos que desean vivir y trabajar de esta forma.

Mandel dice que la producción de electricidad "no necesita del mercado o de la burocracia centralizada para funcionar correctamente". De hecho, este es un ejemplo de un sector que frecuentemente cito como "planificable": mercancías homogéneas, demanda extensamente predecible *ex ante*. De todas formas, está -y debe estar- centralizada, en Gran Bretaña, Francia o la URSS, precisamente porque sólo el centro posee información acerca de cargas pico, hoy o dentro de cinco años, que el sistema integrado debe tener la capacidad de alcanzar. La administración de una central eléctrica local no puede saber lo que el sistema necesita.

Mandel afirma, correctamente, que más de un gran invento que benefició a la humanidad fue hecho "sin el incentivo de relaciones de mercado y recompensas monetarias", y yo estoy de acuerdo con que Pasteur y Fleming estaban actuando con otros y más altos motivos. En un nivel mucho menos destacable, ni Mandel ni yo estamos tratando de ganar dinero en este debate. De todas formas, la aplicación en gran escala de los descubrimientos, y aún la producción de la New Left Re-

view, requiere de la adquisición y uso de *inputs* materiales -medios de producción que tienen usos alternativos. (Mandel nunca enfrenta el problema de cómo los medios de producción deben ser producidos o asignados. Sí, uno puede imaginar un encuentro de delegados discutiendo el uso del cuero (su ejemplo). Pero aún los productos más simples requieren gran cantidad de insumos, algunas veces muy específicos, y ¿cómo puede uno asegurar que de las reuniones de delegados referidas a cada uno de los miles de *inputs*, resulte, sin una pirámide de autoridad jerárquica, una coherencia *input-output*, a menos que los *inputs* puedan ser comprados y la pirámide declarada innecesaria? ¡Ay! *tertium non datur*.)

No tenemos necesidad de argumentar acerca de la importancia de los sectores a los que no debe ser aplicado el criterio de rentabilidad: la salud, la educación, la vivienda pública, el correo, el transporte público urbano, la protección del medio ambiente, el suministro de agua, el alumbrado y limpieza de las calles, los parques, etcétera, no son mantenidos por el deseo de hacer dinero. De todas formas, aún en estos casos debemos notar que la autoridad pública debe ser capaz de adquirir los medios materiales para implementar sus decisiones democráticas. De otra forma -como sucede en la Unión Soviética- un soviét local decide construir o reparar una escuela, pero no puede hallar los materiales de construcción necesarios, que son escasos, y racionados por una distante oficina de distribución.

[Es claro en mi libro que estoy a favor de la autogestión como principio. Veo limitaciones en los sectores de gran escala con una fuerte posición monopolista: en primer lugar, la ausencia de competencia -es decir de elección del usuario-, puede dar origen al abuso de poder del productor, de aquí la necesidad de regulación central; en segundo lugar, puede no haber bases racionales para la toma de decisiones independiente de las sub-unidades, como en el caso, siempre citado, de una central eléctrica dentro de una red.]

Corrección económica

El error puede ocurrir en cualquier sistema, aquí Mandel y yo estamos de acuerdo. También acuerdo con que un mercado no regulado

puede dar origen a quiebras en gran escala y al desempleo masivo, que son formas dispendiosas de registrar el error. Es por esto (entre otras razones) por lo que debato con los ideólogos de "Chicago", y con aquellos infectados con la enfermedad de la privatización. Pero es en verdad una fantasía suponer, como lo hace Mandel, que la democracia efectiva asegurará que la mayoría votará por la acción correctiva necesaria. Esto supone que estará clara cuál es la acción necesaria. En una economía centralizada es extraordinariamente difícil saber exactamente quién o qué es responsable por este o aquel funcionamiento defectuoso, y la acción correctiva (en ausencia de abundancia) usualmente implica una transferencia de recursos entre usos alternativos. Tal vez Mandel comparte la ilusión de que, como creyó alguna vez Bujarin, los "productores asociados" sabrán claramente qué hacer, siendo esto indicado por "los sencillos datos del cálculo estadístico". Esta es, de hecho, una receta para politizar las conflictivas demandas sobre los recursos. Sin embargo, Mandel opone esto a los estragos que vislumbra si las "firmas independientes" toman decisiones "en función de intereses particulares y fragmentados". Si los intereses son particulares, como lo son usualmente, y los hombres actúan a la luz de una visión necesariamente limitada y parcial de lo que les parece lo mejor, las contradicciones resultantes aparecerán de todas formas; y la alternativa a la independencia es la subordinación jerárquica, dependiente. En mi perspectiva esto es, hasta cierto punto, inevitable, pero trato de buscar caminos para minimizarlo, a través de la autonomía relacionada con el mercado.

A Mandel le desagrade la competencia, pero, como he enfatizado varias veces, es un complemento ineliminable de la elección del usuario. La *New Left Review* compite con otras revistas por las preferencias de los lectores. Un restaurant, un teatro, los fabricantes de polleras y de componentes electrónicos, necesitan buscar compradores, y éstos deberían tener el derecho de buscar otros proveedores si no están satisfechos. Mandel piensa en la eliminación de los incentivos monetarios. Yo también prefiero formas más elevadas de motivación, como el compromiso, la lealtad, el orgullo por el trabajo bien hecho, el sentido del servicio a la comunidad. Comparto con él el desprecio

44

por la mentalidad *yuppie*. De todas formas, la obtención del poder de compra es -y probablemente permanecerá como- uno de los motivos humanos más importantes (aunque, creo, no el único). El dinero también ofrece un patrón de medida indispensable para calibrar las relaciones entre costos y resultado, y también la intensidad de las necesidades. ¿Por qué es utópico imaginar la combinación de un "deseo de ganancias materiales" con la "responsabilidad social libremente aceptada"? Yo siento en verdad la influencia de ambos motivos! ¿Por qué un cirujano, bueno y consciente, no puede hacer lo mejor posible por sus pacientes, no sin antes preguntarles cómo le pagarán, y aspirando llevar a su familia de vacaciones a Madeira? Mandel se refiere a un dividendo social, otorgado a la comunidad toda si trabaja bien. Esto podría funcionar en una pequeña comunidad, donde todos se conocen. En una nación de alrededor de cien millones uno tiene el problema del anonimato, la ausencia de conexión visible entre esfuerzo y resultado; el efecto estimulante sería muy difuso.

Mandel cree que aún la confianza limitada en el mercado conduciría inexorablemente a "la capacidad ociosa, la sobreproducción y el desempleo". No necesariamente, si el estado usa conscientemente sus poderes de planificación para evitar tales peligros. No niego que esos peligros existan. Ni veo por qué las "recompensas monetarias para los administradores" deberían conducir "a la posesión permanente y a la conducta opresiva", en especial si los administradores son responsables frente a la fuerza de trabajo (que puede estar preparada para pagar más para adquirir un buen administrador!). En la URSS se está señalando que los bajos ingresos relativos de los administradores están haciendo difícil persuadir a los capaces para que acepten el empleo! Mi afirmación es sólo que las recompensas y diferencias (tanto para administradores, como para mecánicos de instrumentos, basureros o profesores) deberían ser suficientes para estimular el esfuerzo deseado, ni más ni menos. Finalmente: "el autogobierno de los productores asociados", a escala de un gran país, para no hablar del mundo, no es para mí un programa práctico, sino un eslogan. En este punto más bien básico seguimos en desacuerdo.

III

EL MITO DEL SOCIALISMO
DE MERCADO

Ernest Mandel

Debemos estar agradecidos a Nove por la controversia en el punto esencial, evitando las distracciones y cuestiones secundarias.¹ Nuestro debate no se refiere a la estrategia más adecuada para obtener, inmediatamente, rápido crecimiento económico y creciente igualdad social en países relativamente menos desarrollados. Tampoco es su objeto la(s) causa(s) del creciente funcionamiento defectuoso de las economías administradas burocráticamente de la URSS y de Europa Oriental, y el próximo paso de estos países; ni es tampoco la determinación del camino para acabar con el capitalismo en Occidente, o el descubrimiento de ciertas "leyes generales" que gobiernan la transición entre el capitalismo y el socialismo. Nuestra controversia gira en torno a dos cuestiones: si el socialismo, como fue concebido por Marx —es decir, como una sociedad gobernada por los productores libremente asociados, en la cual la producción mercantil (la economía de mercado), las clases sociales y el estado se han extinguido— es posible, y si es deseable como un prerequisite necesario para la máxima emancipación posible y la autorrealización del máximo número de seres humanos. Mi respuesta es un categórico "sí" a las dos cuestiones. La respuesta de Nove es un categórico "no" a la primera pregunta, y un "no" más bien dudoso a la segunda. Esto no significa que los otros problemas a los que hemos aludido no tengan importancia, o que sean irrelevantes para el debate acerca del peso relativo que se debe dar a los mecanismos de mercado *hic et nunc*, en el Este y en el Oeste. Es bien posible que partidarios resueltos del "socialismo marxista", como de una sociedad sin producción mercantil, defiendan una extensión y no una restricción de los mecanismos de mercado en sociedades postcapitalistas en un momento dado —como hizo Trotsky en los primeros treinta. Volveremos luego a esta cuestión. Pero es un problema *distinto* al de si una sociedad sin producción mercantil es a la vez posible y deseable. Si no resolvemos primero este problema —el problema del *objetivo* del intento socialista— nos encontramos en la

¹ Todas las referencias son a Alec Nove, "Mercados y Socialismo", NLR 161, Enero-febrero de 1987, pág. 98-104 [pp. 73-84 de la presente edición].

desafortunada situación del ministro restauracionista de Luis XVIII, el duque de Richelieu; que no sabía adónde iba, pero que estaba absolutamente seguro de que allí llegaría.

Economía de mercado y fluctuaciones económicas

Nove comienza haciendo una afirmación acerca de las lecciones de la experiencia soviética. Escribe: "Mandel se pregunta: ¿es apropiado utilizar la evidencia extraída de la experiencia soviética? Si, hubo factores específicos rusos o soviéticos: atraso, "desgobierno burocrático". Pero hay lecciones para aprender, referidas (por ejemplo) a la escala, la complejidad, los conflictos entre intereses parciales y generales, los indicadores del cumplimiento del plan, los criterios de inversión, los precios en la teoría y en la práctica, los incentivos laborales, las diseconomías de escala en la agricultura, la influencia de las necesidades del usuario en los planes y en el output, el papel de la política regional, etcétera. Si bien los logros soviéticos en la resolución de éstos y otros asuntos (incluyendo la contaminación ambiental) puede dejar mucho que desear, sería tonto ignorar la experiencia soviética a partir de la decisión previa de calificarla como "no socialista" (pág. 99) [pág. 76 de la presente edición].

Nadie argumentaría seriamente que se debe "ignorar" la experiencia soviética porque obviamente no es socialista, es decir, no ha conducido a una sociedad sin clases." Por el contrario, uno debería estudiar muy cuidadosamente esa experiencia, al menos para tratar de evitar los muchos errores a los que el desgobierno burocrático ha conducido a la economía y a la sociedad soviética. Nuestra diferencia con Nove a este respecto, se refiere sobre todo al hecho de que la mayor parte de las lecciones que quiere sacar

* La cuestión de si uno debe adherir a la definición marxista clásica (o pramarkista) del socialismo como una sociedad sin clases y sin producción mercantil, o si debe adoptar la definición "reduccionista" que ignora al socialismo y a la desaparición de la propiedad privada de los medios de producción ha sido discutida en nuestro artículo "Bureaucratie et production de marchandises" *Quatrième Internationale* N° 24, París, Abril de 1987.

de la experiencia soviética deben ser vistas en el marco del atraso relativo, el aislamiento y el desgobierno burocrático de la URSS.

El problema es determinar en qué medida los bajos rendimientos de la economía soviética resultan de los "principios de planificación central" en sí mismos, y en qué medida son más bien los productos del atraso y el despolismo burocrático, los que pueden ser evitados en circunstancias más maduras. Para dar sólo un ejemplo: ¿en qué medida las famosas colas en la URSS son el resultado de escaseces que surgen inevitablemente de la "planificación central", y en qué medida son el producto de la decisión sistemáticamente errónea de negarse a invertir en transporte, distribución y agricultura, comparados con la inversión en industria, especialmente en la industria pesada? Dicha desproporción en la inversión no es ni económicamente racional ni automáticamente producto de la planificación central. Por el contrario, es la prueba del inmaduro, errado, desproporcionado, "no planificado", incoherente y dispendioso desgobierno burocrático. En un sistema democráticamente centralizado de administración de los trabajadores, en países industrializados maduros, y a escala internacional, puede ser evitado, y será evitado.

Este no es para nada un argumento en contra de analizar la experiencia concreta, salido de algún dogmatismo y prejuicio "socialista" (¡seguramente no marxista!). Por el contrario. Pero es también un argumento en favor del análisis del formidable cuerpo de datos estadísticos acerca del comportamiento de consumidores y productores en los países más desarrollados del mundo -y no solamente en la URSS- para trazar patrones posibles de comportamiento en un mundo socialista. Nuestro punto de vista es que, realmente, el zapato está en el otro pie. En el desarrollo del debate acerca de la "facticidad" del socialismo, son los partidarios de las proclamadas ventajas "eternas" de la economía de mercado -incluyendo al "socialismo de mercado"- los que muestran un dogmatismo obstinado, una creciente ceguera frente a los datos empíricos, oponiendo tendencias cada vez menos relevantes (del pasado o de economías más atrasadas) a lo que ha estado realmente suce-

diendo en las economías avanzadas durante los últimos cuarenta o cincuenta años. Esto nos conduce a otro efecto de bumerang del razonamiento de Nove. El arguye que "un mercado no regulado puede dar origen quiebras en gran escala y al desempleo masivo, que son formas dispendiosas de registrar el error. Es por esto (entre otras razones) por lo que polemizo con los ideólogos de 'Chicago' y con aquellos infectados con la enfermedad de la privatización" (p. 103) [pág. 82-83 de la presente edición]. Pero, ¿por qué Nove desestima más de doscientos años de experiencia de intentos de "regular" mercados, todos los cuales han fracasado en la prevención de las crisis económicas periódicas y del desempleo periódico de masas? ¿Por qué se esconde detrás de la apologetica fórmula de que "un mercado no regulado puede (!) dar origen al desempleo masivo", cuando ese fenómeno ha sido presenciado en todos los países occidentales basados en la economía de mercado durante por lo menos veintiún ciclos económicos desde 1825, y cuando lo estamos presenciando ahora por vigésima segunda vez? ¿Es lógicamente inconsistente insistir fuertemente en la necesidad de sacar lecciones de 160 años de "real" economía de mercado internacional en el mundo Occidental?

Los límites de la "regulación de mercado"

(El hecho de que ninguna economía de mercado ha sido capaz de evitar las desgracias de las catástrofes económicas periódicas - como las quiebras masivas (destrucción/desvalorización masiva de equipamiento productivo/capital), el desempleo masivo, la declinación periódica de los estándares de vida, el incremento periódico de la miseria moral para millones - no es, por supuesto, accidental. Está relacionado con la verdadera naturaleza del sistema económico.)

La producción para el mercado es producción para personas desconocidas en cantidades desconocidas, y con resultados financieros desconocidos. Nove afirma que esto no está relacionado con la diferencia entre asignación *ex ante* y *ex post* para el conjun-

to de todos los recursos sociales existentes en relación a las necesidades sociales reconocidas. Esta afirmación nos parece, por lo menos, extravagante. ¿No es precisamente la característica del mercado que ni las unidades de producción ni las de consumo conocen por adelantado, *a priori*, las decisiones de los demás? Pero, la unidad de producción del eje de dirección de una fábrica de autos, ¿no conoce por adelantado exactamente cuantos ejes necesita la fábrica para el número de autos que planea producir?

Cuando Adam Smith y otros clásicos sostienen que la "mano invisible" del mercado permite equilibrar oferta y demanda, dan a entender que esto sucede siempre *post festum*, es decir, *a posteriori*. Si los precios libremente formados no fueran *señales* para que los "agentes económicos" *modifiquen* su comportamiento, ¿cuál debería ser su utilidad para aquellos que defienden la economía de mercado? Pero las *modificaciones* de comportamiento implican la necesidad de corregir decisiones *previas* (cambiar las cantidades producidas, adaptar sus cualidades, transformar las técnicas de producción, modificar la relación trabajo/capital fijo en los inputs, etcétera.) esto es, implican una *indeterminación básica* (incertidumbre) de las decisiones tomadas previamente.

Nove afirma que, después de todo, el producto *final* de la fábrica automotriz es una mercancía que debe ser vendida en el mercado, y que su venta es incierta. Perfectamente cierto. Pero, lejos de debilitarlo, este hecho obvio fortalece nuestra opinión acerca de la diferencia básica entre la asignación de recursos *a priori* y *a posteriori*, o si se prefiere, asignación *directa y determinada por el mercado*. Si las ventas de autos descienden de dos millones a un millón y medio, el mercado ha impuesto una reasignación de recursos. Pero el mercado no puede imponer un *output* de un millón de ejes o de siete millones de ruedas para un millón y medio de autos. Dentro de la fábrica no es el mercado el que gobierna, sino los coeficientes técnicos. La asignación de recursos se sigue automática y rígidamente de la decisión de producir X número de autos, no fluctúa en función de los "cuadros de ventas" o las "ganancias" inter departamentales. Al nivel de la sociedad en su totali-

dad, las prioridades deliberadamente establecidas gobiernan asimismo con una asignación *a priori*. De la incertidumbre se derivan inevitablemente las fluctuaciones de los ciclos económicos. No se puede reducir el *output* o introducir técnicas revolucionarias de producción, ahorradoras de trabajo, sin causar desempleo." No se puede provocar caídas agudas en los precios (en los márgenes de ganancia y en las tasas de ganancia) sin provocar un número de quiebras. Todos estos males inevitables de la incertidumbre del mercado están fuertemente intensificados por la propiedad privada y la competencia. Hacen que *pasarse de largo* sea inevitable. Pasarse de largo amplifica la extensión de las fluctuaciones.

Ninguna firma de negocios puede hacerse cargo de actuar desde el punto de vista de la maximización del "bienestar general" o del "dividendo social". Bajo la presión de la competencia, todos son *forzados a incrementar* la inversión "cuando la cosa va bien" (cuando los mercados y las ganancias parecen estar expandiéndose) y, de igual forma, a reducir la inversión cuando estalla una crisis, independientemente del efecto general que este comportamiento tiene sobre la economía como un todo. Por lo tanto, nos movemos periódicamente de "demasiada" inversión (cerca del pleno empleo, sobrecalentamiento) a muy "poca" inversión (desempleo masivo). La "regulación de mercado", es decir, la intervención del sector público, solo puede neutralizar estas fluctuaciones bajo dos tipos de circunstancias. Puede hacerlo después de que hayan ocurrido, en este caso no habrían sido evitadas, sino solamente limitadas en el tiempo. La corrección sólo puede ser efectiva si la inversión pública fuese una parte importante -y creciente- de la inversión total, y si el sector público estuviese bien aislado de las consecuencias del ciclo económico, es decir, si fuese de na-

Incidentalmente, esto casi siempre implica un incremento sustancial a medio y largo plazo del volumen del *output* que debe ser vendido a la tasa de ganancia promedio. De aquí la naturaleza dual de toda teoría adecuada de la crisis (del ciclo económico), que debe analizar no sólo la producción de valor sino también la realización de la ganancia; no sólo el flujo y la estructura del valor (las cantidades del trabajo) sino también la demanda monetaria (el poder de compra) generada por el flujo de producción y su estructura de clases, y las relaciones proporcionadas (o desproporcionadas) entre ellos.

turalidad no mercantil. La segunda alternativa sería *prevenir* que ocurran males como el desempleo, incrementando la inversión pública antes de que la declinación de la inversión privada se haga presente. Pero, aparte de los efectos perversos de dicho comportamiento en el conjunto de la economía, es imposible hacer una predicción exacta acerca de la escala y la periodización de la baja en la inversión privada -a menos que la inversión privada se haya convertido en completamente marginal-, precisamente porque esta se deduce de la existencia de verdadera incertidumbre.

(Por lo tanto, la "regulación de mercado" eficiente es sencillamente imposible: el análisis teórico confirma el registro histórico. Querer mantener una economía de mercado considerable evitando al mismo tiempo el desempleo masivo y las numerosas quiebras es lo mismo que comerse la torta y venderla al mismo tiempo.)

Prioridades sociales y recursos limitados

La cuestión es aún más así porque los recursos totales son limitados. Todo uso de éstos por el sector público, o para propósitos no mercantiles de satisfacción directa de necesidades, restringe automáticamente su disponibilidad para la producción orientada al mercado. El propio Nove afirma que "la salud, la educación, la vivienda pública, el correo, el transporte público urbano, la protección del medio ambiente, el suministro de agua, el alumbrado y la limpieza de las calles, los parques, etcétera, no son mantenidos por el deseo de hacer dinero [no deberían serlo]" (pág. 102) [pág. 82 de la presente edición]. Si se agregan a esta lista -como debería hacerse- los servicios de cultura e información (comunicación), alimento básico y vestido, se debería cubrir 70 u 80 por ciento del gasto civil en la mayoría de los países industrializados del mundo, dejando, en todo caso, solamente un sector minoritario de la economía a disposición de las relaciones de mercado. Es nuestra firme convicción que por razones sociales y psicológicas de gran importancia, el alimento básico, la vestimenta, la vivienda igual para todos, y los bienes culturales deberían ser incluidos en la lista de

aquellos productos y servicios cuya distribución debería estar basada en la satisfacción de las necesidades solamente en la forma de valores de uso, es decir, debería ser desconectada de las relaciones monetario/mercantiles.

(Por miles de años la humanidad ha vivido en la línea del hambre, la inseguridad, la enfermedad, las epidemias, las catástrofes naturales y el miedo repentino a la declinación desastrosa en la satisfacción de sus necesidades básicas. Sólo hay dos mecanismos esencialmente diferentes a través de los cuales la seguridad económica puede ser garantizada en una base de largo plazo: o a través de la acumulación de grandes sumas (fortunas) de dinero a través de la lucha individual, o a través de un acuerdo social que garantiza a cada individuo la satisfacción de sus necesidades básicas, independientemente de su situación individual o su esfuerzo. El primer mecanismo estimula el comportamiento social (incluyendo valores sociales, y si se quiere usar el término, un *ethos* social) basado en la competencia, el egoísmo, la agresión, la corrupción universal de la vida social (la venalidad), la alienación creciente; en síntesis, la competencia inexorable. Esto no es cierto solamente en las sociedades capitalistas, pero en éstas alcanza, obviamente, su clímax. También es cierto en la producción mercantil simple pre-capitalista. Se aplica, seguramente, a la producción parcialmente mercantil postcapitalista, como lo confirman los evidentes ejemplos de la URSS, Europa Oriental y China. Si bien esto puede ser inevitable mientras las condiciones materiales no permitan una radical extinción de las relaciones monetarias y de mercado, es sin duda un mal social que impone tormentos físicos y mentales a millones de seres humanos.²⁰ También conduce a una creciente dislocación social y a peligros mundiales.

²⁰ The Sunday Times, del 28 de febrero de 1988 informa que Lin Zhun, juez de la Corte de la República Popular de China afirma que en 1987 5200 "tratantes de mujeres" fueron enjuiciados, un 150 por ciento más que en 1986, pero que este número sólo representaba una parte del total. ¡Y, por tanto, trata de blancas en el "socialismo de mercado", ¡y en qué forma! ¡Es esto sorprendente cuando el salario medio es de alrededor de veinte libras mensuales, pero los vendedores de jóvenes mujeres de las zonas y estratos empobrecidos, para prostituir las, pueden obtener unos 5000 libras?

En un momento en el que los cuatro jinetes del apocalipsis -la aniquilación nuclear de la vida; la destrucción del ecosistema y la biósfera; el hambre en el Tercer Mundo; el empobrecimiento masivo entre las víctimas de la "sociedad dual" en el hemisferio norte- están respirando sobre nuestros cuellos, la humanidad no puede soportar nada parecido a las dosis actuales de comportamiento agresivo y competitivo. (Un acuerdo social que estimule el *ethos* opuesto de la cooperación, la solidaridad y las reglas morales universalmente aceptadas, y en primer lugar el desarme total, se ha convertido en una condición *sine qua non* para la mera supervivencia física del hombre.) El comportamiento cooperativo, es decir, el socialismo, o la miseria y la barbarie, con un riesgo palpable de extinción efectiva: estas la opción que la humanidad hoy enfrenta. Creer que se puede estimular el comportamiento cooperativo que tiende al respeto de reglas morales universales sin la seguridad material básica y la satisfacción de las necesidades es una utopía del peor tipo. Creer que se puede asegurar la satisfacción de las necesidades a través de la avaricia, los impulsos de la codicia privada, la competencia y la lucha generalizada, y estimular, simultáneamente, la cooperación creciente, la solidaridad y el respeto de las reglas éticas universales, es, nuevamente, el intento de conservar la torta y al mismo tiempo comerla.

El mismo argumento sobre prioridades sociales en contra de los mecanismos del mercado se aplica al caso exhibido por Nove de las iniciativas privadas de los productores: "todo ciudadano, o grupo de ciudadanos que desea proveer, a su riesgo, un bien o servicio que crea necesario, debe ser en principio libre de hacerlo, ser capaz de obtener los medios materiales necesarios, y, si tiene éxito, obtener un ingreso (ganancia). Esta sería una parte integrante de sus derechos como productores, derechos que serían infringidos si a una "policía socialista" le fuese ordenado detenerlos. Si los bienes y servicios en cuestión fuesen provistos satisfactoriamente por el sector público, la posibilidad de obtener ganancias no existiría" (pág. 101-102) [pág. 80-81 de la presente edición]. Después de doscientos años de crítica socialista del trabajo asalariado.

uno está más bien asombrado de que Nove, siguiendo el *credo* liberal (neoliberal), no realice la conexión obvia entre los distintos mecanismos que hacen posible que la "libre empresa" funcione de forma satisfactoria para *algunos*, para una minoría pequeña y declinante."

[La verdadera historia de la "libre empresa" capitalista, con tecnología desarrollada y trabajo asalariado, *no* es la historia de cada vez más gente obteniendo los "medios materiales necesarios". Por el contrario: es la historia de más y más gente que es *separada* de los "medios necesarios" para producir su existencia por su propia cuenta, y en primer lugar, del acceso a la tierra. La "libre empresa" con trabajo asalariado para el beneficio de pocos fue establecida gracias a la destrucción de la "libre empresa" sin trabajo asalariado, para el beneficio de muchos. Antes de que los mecanismos económicos -las leyes específicas de apropiación del producto y de distribución de la plusvalía en el modo de producción capitalista- normalizaran la reproducción de la fuerza de trabajo masiva, esto se lograba por la violencia, la guerra, la conquista, la rapiña, el robo, la piratería, la opresión extendida. La sustitución de la *compulsión económica* por la *violencia física directa* no cambia la injusta naturaleza del proceso, tanto más porque, por sí misma, la compulsión económica no puede funcionar a largo plazo sin la intervención periódica de la represión física.]

[Lo que ayer fue cierto lo será también mañana. La reintroducción en gran escala de un verdadero mercado de trabajo en una comunidad socializada, para no decir socialista, no sería posible sin compulsión económica y política contra la masa de los productores. Si éstos tuviesen *garantizado* un adecuado nivel de consumo -la satisfacción de todas las necesidades básicas y un nivel creciente de confort y cultura- no estarían disponibles ni los medios ni los incentivos para proveer los "medios materiales necesarios" para la "libre empresa" capitalista que opera con

"Queremos destacar que los productores y empresarios independientes son hoy menos del 10 por ciento de la población en EEUU, Gran Bretaña y Suecia, y menos del 15 por ciento en muchos otros países.

trabajo asalariado, en oposición a empresarios *individuales* que trabajan con sus propias manos.)

No sería necesaria ninguna "policía socialista" para asegurar esta regla. En una comunidad socialista la totalidad de las instituciones y valores, sumados, condicionarían fuertemente a los hombres contra la búsqueda del enriquecimiento individual. Pero la salvaguarda más fuerte sería el poder efectivo de los productores libremente asociados sobre todas las unidades de producción que fabrican medios de producción, su decisión *a priori* de *garantizar a todos* un ingreso mínimo (nivel de consumo) decente. Los capitalistas potenciales tendrían que ofrecer salarios sustancialmente por encima de ese ingreso anual garantizado. No habría muchos oferentes; no habría muchos demandantes. Sólo si se destruye esa libertad de la necesidad para la gran mayoría se aseguraría la libertad para que unos pocos empresarios tengan un elevado número de trabajadores asalariados.

¿Es esto el "despotismo de la mayoría"? Se lo puede llamar así si se quiere, así como, desde el punto de vista de la minoría, se puede llamar "despótico" a todo gobierno mayoritario. Pero las "penas" impuestas sobre los posibles empresarios capitalistas serían, por lo menos, suaves, comparadas con las penas que el capitalismo impone a los desempleados y a los pobres. Ellos también disfrutarían de los niveles garantizados de consumo. Sólo tendrían que dejar ciertos lujos adicionales. También serán dueños de cada vez más tiempo libre, que podrían usar para cualquier tipo de actividad individual o cooperativa -incluyendo a la producción- que desearan realizar. Como el despotismo alternativo del trabajo asalariado con su lógica disruptiva y destructiva impone sufrimientos mucho más pesados sobre cantidades mucho mayores, el "despotismo de la mayoría" aparece -en la búsqueda de una sociedad más justa-, como un mal menor que el "despotismo de la minoría", incluido el despotismo del mercado.

Dinero, satisfacción del consumidor y prioridades sociales

Nove sostiene que las relaciones de mercado sólo pueden ser eliminadas para los servicios sociales y para unos pocos bienes homogéneos, como el agua y la energía eléctrica (pág. 102) [p.82 de la presente edición]. Ignora nuestro argumento de que pueden extinguirse también para todos los bienes cuya elasticidad de demanda está cayendo hacia cero o se ha convertido en negativa. El hecho de que haya decenas de variedades de pan, cientos de modelos de medias, no hace, a la luz de la evidencia estadística existente, menos predecible el consumo total de estos bienes. Y si su producción ya no se realiza para la obtención de ganancias, sino que está basada en las órdenes y elecciones del consumidor —sumándose a esto controles de calidad públicos— el resultado será una mucho mayor satisfacción y variedad que la existente en el sistema de mercado. Podemos dar muchas razones para esto; nos concentraremos en unas pocas.

Primero, en un sistema comercial, los costos de distribución son inflados artificialmente a expensas del consumidor, pues los distintos intermediarios agregan sus márgenes de ganancia, y los costos publicitarios —cuyo efecto es comunmente el de engañar, manipular y frustrar al público— también son cargados sobre el consumidor. Recientemente, la Cámara Belga de hoteles, restaurantes, cafés y bares (HORCA) admitió que de una taza de café que cuesta en un bar 35 francos (\$ 1.00), el precio del café era de sólo de 0.5 francos, es decir, del 1.5 por ciento. Reducir los costos de distribución a los insumos materiales y al ingreso de aquellos ocupados en ese sector haría posible un incremento sustancial en las unidades de distribución, un acceso mucho más fácil de los consumidores a estas bocas de suministro, y una retroalimentación entre los deseos del consumidor, el acceso a la distribución y una mayor variedad de productos que la existente en el sistema de la ganancia, y a un menor costo para la comunidad.

Segundo, en el sistema de la ganancia no es el costo promedio sino el margen de ganancia el que determina si un bien es o no producido.

Nove toma, imprudentemente, el caso de la publicación de la *New Left Review* —es decir, de la libertad de prensa— que “requiere de la adquisición y uso de *inputs* materiales, medios de producción que tienen usos alternativos” (pág. 102) [pág. 81 de la presente edición]. Pero si el estado hoy puede decidirse a destinar *a priori* el 6 por ciento de sus recursos a la producción y administración de armas, o, si en el “socialismo de mercado” de Nove, la comunidad decide destinar el x o el y por ciento de los recursos nacionales a la educación, la salud, el transporte público, la vivienda pública, etcétera, ¿por qué debería ser dejada al mercado la asignación de recursos para una prensa libre y variada? ¿Por qué la comunidad no puede decidirse a destinar *a priori* el 0.5, o el 1.5 por ciento de los recursos disponibles para asegurar que haya suficientes imprentas, trabajadores gráficos, papel y puestos de distribución para darle a cada número determinado de consumidores la publicación diaria, semanal o mensual de su gusto; estableciendo este número mucho más bajo que en las actuales circunstancias comerciales, para hacer así posible una mayor diversidad (pluralidad) de la prensa que la actualmente existente? La alternativa es precisamente una restricción de la libertad de prensa a través del control centralizado, ya sea por el gran capital o por el Estado. Hace un par de años, las implicancias del sistema de mercado para la libertad de prensa fueron ilustradas ominosamente en Francia. Una declinación en la tirada de menos del 5 por ciento de uno de los diarios más importantes del mundo, *Le Monde Diplomatique*, amenazó privar a más de un millón de personas de su lectura diaria preferida. ¿Fue esta la mejor manera de asegurar la elección del consumidor y la diversidad?

Tercero, en la producción orientada hacia la ganancia en el mercado, las firmas monopolísticas u oligopólicas frecuentemente tienen interés en sustituir la producción de una mercancía por otra, si esta segunda promete incrementar las ganancias, independientemente de las preferencias del consumidor, y aún si la primera mercancía es todavía rentable. Los consumidores pueden verse, por tanto, privados de una mercancía deseada porque esta ya no se produce más. Esto es lo que ha comenzado a pasar con el cambio del disco al Compact Disc.

[Es bien significativo que, ni Nove, ni ningún otro de los defensores del "socialismo de mercado", tiene mucho que decir acerca de la tendencia inevitable de la competencia de mercado a eliminar a los competidores más débiles, es decir, a conducir hacia el monopolio, que, a su vez, conduce a la competencia entre monopolios en un nivel más alto, que, a su vez, conduce a monopolios aún mas grandes (hoy, esencialmente multinacionales).] Estos procesos de concentración y centralización del capital han acompañado regularmente el desarrollo de la economía de mercado desde los días anteriores al capitalismo industrial, es decir, al menos, por cuatrocientos años. ¿Puede ser desconocida esta experiencia práctica de la "economía de mercado realmente existente"? No es cierto que, en una comunidad rica, y una vez que las necesidades primarias básicas han sido satisfechas, las relaciones de mercado aseguren una mayor soberanía al consumidor. Lo cierto es exactamente lo opuesto.

(Nove afirma una y otra vez que "el dinero ofrece un patrón de medida indispensable para calibrar (...) la intensidad de las necesidades" (pág. 103) [pág. 84]. Pero, ¿lo hace verdaderamente? La proposición es, aún desde el punto de vista del individuo, y para decirlo suavemente, dudosa. Si uno gasta ingreso adicional en unas vacaciones más costosas y no en un piano para nuestro hijo, esto es función de distintos factores, entre los que el costo de producción de los distintos bienes juega un papel más bien clave.

Si la proposición es bastante dudosa en el nivel microeconómico,

²⁰ Los casos de monopolio de mercancías que cubren necesidades sociales básicas de los consumidores se están incrementando, lo opuesto del mito ampliamente extendido. Sus implicancias y potencialidades son omisivas. Escribiendo en The New York Review of Books, el 3 de marzo de 1988, el profesor M. F. Perutz revela que, mientras que en 1964 doce firmas producían vacunas en EEUU, en 1984 ese número se había reducido a cinco. La contracción se dio cuando los avances en biología molecular estaban conduciendo al desarrollo de vacunas contra la malaria, la hepatitis B, el cólera y otras enfermedades que afectan a la mayor parte de la población del mundo, y cuando se necesita desesperadamente una vacuna que detenga la epidemia del SIDA. Esta posición cuasi-monopolista ha permitido a las pocas firmas restantes incrementar el precio de una vacuna contra la difteria, el tétanos y la tos ferina de 16 centavos a 10 dólares, un incremento que, utilizando distintas excusas, como el alza de los costos de litigio, dobla el precio dieciséis veces.

es completamente errada desde un punto de vista macroeconómico. Como el poder de compra -la demanda agregada- está distribuido desigualmente, la producción irá donde se encuentran la mayor cantidad de dinero y las ganancias más rápidas, no donde la necesidad sea más intensa. Sin dudas, nadie argumentará seriamente que la necesidad de segundas residencias es más intensa que la necesidad de vivienda para quienes no la tienen. Sin embargo, las segundas residencias (y las casas lujosas) se construyen en gran cantidad, mientras que todavía hay millones de personas sin vivienda propia en los países más ricos, para no hablar del resto del mundo. ¿Y qué hay acerca de la "intensidad de las necesidades" de alimentos entre los hambrientos del Tercer Mundo, en oposición a la necesidad de un segundo televisor o una computadora personal entre las ricas clases medias de Occidente? Sin embargo, a través del mercado se destinan muchos más recursos para satisfacer estas últimas necesidades que para satisfacer las primeras.

[Si la proposición es errónea en términos macroeconómicos, es aún más errónea desde un punto de vista macrosocial, que agrega todos los costos sociales de determinadas elecciones de asignación impuestas por las fuerzas del mercado y sus implicancias para distintas necesidades simultáneamente existentes, es decir, que hace surgir el problema de las prioridades sociales. El dinero no es aquí un patrón de medida racional -a menos que aceptemos la inhumana lógica última del análisis monetario del "costo-beneficio", midiendo el "valor" de las vidas y las muertes de miles de seres humanos sobre la base de la capitalización de sus "ingresos" futuros (incluyendo aquellos de los niños cuyas futuras profesiones son todavía desconocidas!).

El ejemplo más desolador es, a este respecto, el del automóvil particular, el que, como medio de transporte entre el hogar y el lugar de trabajo o el hogar y el centro de compras, es una fuentes de derroche económico de proporciones enormes.²¹ Hay aquí una flota de decenas de millones de autos con cuatro o cinco asientos, pe-

²¹ El automóvil privado es un instrumento de autonomía (de libertad) en la búsqueda de placer. Pero esta función puede ser cumplida por una flota de automóviles no poseída privadamente, pero puesta a disposición de aquellos que los usen cuando los necesiten. Esto implicaría una gran reducción macroeconómica de los recursos destinados a tal fin.

ro que sólo transportan una o dos personas cada uno, que no funcionan más de una o dos horas por día y que obstruyen nuestras ciudades por ocho, nueve, o aún veintidós horas, haciendo cada vez más lento el tránsito, cuando no paralizándolo completamente, y simultáneamente, contaminando nuestras ciudades y campos con una nube de gases venenosos cada vez más mortal. Sumado a esto, esta flota conducida en forma irresponsable y no profesional es un instrumento de asesinato masivo sólo comparable a las grandes guerras. De hecho, en las tres últimas décadas, y en todo el mundo, más hombres han sido asesinados y lisiados por el automóvil ¡que en toda la primera Guerra Mundial!

Desde un punto de vista *macrosocial*, ¿no sería preferible tener las calles principales de todas las ciudades recorridas por una flota de pequeños transportes automotores colectivos, circulando digamos cada tres minutos, lo que garantizaría a todos los pasajeros posibles un asiento confortable, y reduciría los problemas de estacionamiento y contaminación al 10 por ciento de los niveles actuales —en especial si fuesen eléctricos—, y reduciría el gasto de energía de forma similar? Y un sistema de satisfacción de necesidades de este tipo, si fuese *gratis* para todos los ciudadanos, es decir, si la comunidad decidiese asignar *a priori* el 2 ó el 3 por ciento de sus recursos disponibles para garantizar este servicio completamente gratuito ¿no cortarían el así llamado "instinto codicioso"? En estas circunstancias, ¿cuántos hombres todavía comprarían autos particulares y pagarían privadamente el combustible? No se necesitaría ninguna "policía" para "prohibir" dichas compras. La comparación de costos de consumo haría este trabajo para la mayoría, y también contribuirían los costos prohibitivos del estacionamiento.

Aún si esto fuese acompañado por diseconomías de escala en la producción de colectivos y automóviles, y aún si las fábricas de propiedad pública fuesen microeconómicamente menos eficientes

* Una espléndida crítica socialista del automóvil privado se encuentra en la *magnum opus* de nuestro amigo Winfried Wolf: *Eisenbahn und Autobahn*, Hamburgo, 1987.

que las actuales corporaciones automotrices —una afirmación que no consideramos de ninguna manera probada—, con todo, los resultados *generales* de esta reducción radical en la loca carrera diaria hacia la contaminación implicarían un gran ahorro de recursos materiales y vidas humanas. La satisfacción del consumidor —es decir, la satisfacción de las necesidades— estaría en alza. El dinero desempeñaría exactamente el papel inverso del que le es generalmente atribuido: el de un desincentivador, y no el de un estimulante. Nuevamente: ¿con qué derecho un tiránico defensor del "socialismo de mercado" impediría a una comunidad decidirse, por voto mayoritario, en favor de un sistema de transporte público de este tipo: gratuito, confortable y eficiente, administrado comunalmente en forma bien descentralizada, y sin necesidad de una burocracia piramidal de cualquier tipo, o, en verdad, mucho menor que la de los actuales monopolios?

¡Utque tertium datur!

Negando que haya una alternativa viable y deseable, tanto a la centralización burocrática como al "socialismo de mercado", No ve rechaza el "tertium datur" sobre la base de que la asignación centralizada de recursos (básicamente, de *inputs* materiales) es inevitable en las economías contemporáneas: "aún los productos más simples requieren gran cantidad de insumos, algunas veces muy específicos, y ¿cómo puede uno asegurar que de las reuniones de delegados referidas a cada uno de los miles de *inputs*, resulte, sin una pirámide de autoridad jerárquica, una coherencia *input-output*, a menos que los *inputs* puedan ser comprados y la pirámide declarada innecesaria? ¡Ayl *tertium non datur*!" [p.82]. Esto es sencillamente volver al punto de partida, como si toda la discusión previa no hubiese existido.

En primer lugar, el mercado *no* conduce automáticamente a la "coherencia *input-output*". La capacidad ociosa y la escasez existen periódicamente una al lado de la otra. Esta última crea *booms*, la primera, bancarrotas. Las fluctuaciones económicas, durante

SL

dos siglos atadas a la "economía de mercado realmente existente".
son prueba de grandes *incoherencias* "input-output".

En segundo lugar, la mayor parte de los "miles" de inputs no dependen de las fluctuaciones de precios. La "compra" no es determinante de la elección, es sólo formal. Los inputs son hechos a pedido, generalmente sin ningún tipo de competencia de precios, y son dependientes de especificaciones técnicas establecidas previamente. Sólo en el caso de graves fallas (mala calidad, falta de respeto de los tiempos programados de envío, sobreprecios flagrantes) podrá haber disputas serias.

En tercer lugar, la asignación *central* de recursos -que es de hecho inevitable- no es igual a la asignación *detallada*, así como la asignación *descentralizada* no es idéntica a la asignación en función de las fluctuaciones de precios, es decir, a través del mercado. Nove no responde a nuestra afirmación de que la autogestión *conjunta* es perfectamente posible. Un congreso nacional (o internacional) de delegados sólo tiene que decidir democráticamente qué parte del PBI se destina a cada una de las veinte o treinta ramas industriales y sociales clave, eligiendo entre las distintas variantes *coherentes* de input-output. Delega entonces la planificación más detallada de, digamos, la industria del acero o del cuero, a representantes de estas industrias y servicios, reunidos en otros congresos (incluyendo a los representantes de los consumidores). Estos pueden delegar, entonces, las decisiones más detalladas a los concejos regionales, locales o de empresa. Las demandas alternativas sobre los recursos *unificados* no son ignoradas ni ocultadas. Son establecidas *democráticamente* en niveles diferentes. De estas

" Los preparativos actuales para el "libre mercado común de 1992" entre doce naciones de Europa occidental revelan claramente como estas prioridades sociales se imponen a sí mismas, aun en el capitalismo. Concierne, entre otras cosas, al establecimiento de 300 "directivas internas de mercado", que incluyen fenómenos tan diferentes como los controles veterinarios, los cosméticos, los pesticidas, los sifones, las cantidades de agua, la profundidad de las bandas de rodamiento de los neumáticos, el peso de los camiones, la garantía de los juguetes, los seguros de vida, los escapes de los autos, la contaminación por asbestos, los teléfonos móviles, el ruido de las cortadoras de césped, las regulaciones de seguros, las calificaciones educativas, etcétera, etcétera.

instituciones no surgen rígidas estructuras jerárquicas. Esto garantiza expresamente la soberanía del productor/consumidor -es decir, la autodeterminación, la libertad en el verdadero sentido de la palabra- tanto contra la tiranía de las fuerzas ciegas del mercado como contra la tiranía de los tecnócratas y burócratas arrogantes. ¿Seguro que esto es posible? ¿No conduciría a una politización excesiva? Tal vez. Pero la politización en una sociedad libre, con pluralismo político, libre acceso a los medios, publicidad constante y control público es, ciertamente, un mal menor que el enorme gasto consecuencia del desempleo masivo y del desgobierno burocrático.

La creencia de Alec Nove en la necesidad del "socialismo de mercado" surge, en parte, de la idea de que la autogestión de los ciudadanos es algo poco realista en una economía moderna compleja. Pero la propuesta socialista en favor de la autogestión presupone la dependencia de ciertas condiciones sociales, no consideradas por Nove: educación superior de acceso libre, reducción radical de la semana de trabajo, difusión de tecnología informática entre grupos de productores y consumidores, amplio acceso a los medios de información. Los conflictos de opinión y de intereses sin duda seguirán surgiendo, pero esto es por lo que los socialistas deben comprometerse con una democracia pluralista. Esta cuestión se hace más clara si volvemos a la definición básica de la explotación como una desigualdad institucionalizada. Los que proponen el "socialismo de mercado", generalmente reconocen que las relaciones de mercado generarán sistemáticamente desigualdad; ciertamente, hoy se encuentran en la URSS y en China defensores de la mercantilización que proclaman la necesidad de la de-

" La edad de la computadora -es decir, la tercera revolución tecnológica- facilita enormemente la gestión de los trabajadores: "En una planta manufacturera repentinamente hay información en las manos de los hombres que manejan las máquinas; ya no está más reservada para los hombres dos o tres escalones por encima en la jerarquía" dijo Mr. Eberle (ex vicepresidente de fabricaciones de Proctor & Gambler). "Los supervisores de primer nivel no aprecian el poder de esta información hasta que llega a manos de los trabajadores. Entonces su resistencia es enorme" (International Herald Tribune, 15 de febrero de 1988).

sigualdad, haciéndolo, generalmente, aún con menos calificaciones que Alec Nove. En último análisis, la explotación significa que muchos tienen que trabajar largas horas para que unos pocos puedan consumir más y vivir mejor. La mayoría tiene que ser instada a consentir la explotación. Si, paulatinamente, descubren el engaño, tienen que ser obligados. Si terminan por rebelarse contra la coerción "puramente económica", entonces tienen que ser persuadidos mediante coerción extra-económica. Así es como surge el Estado al servicio de la explotación. Podemos, por ello, concluir con una advertencia. Algunos, en una oposición feroz a la burocracia, optan por el "socialismo de mercado". Pero están condenados a terminar por reinventar el estado como un aparato de represión, aislado de la masa de los ciudadanos. Aquellos que creen que la extinción de la producción mercantil es utópica se verán obligados a concluir que la extinción del Estado también lo es.

Sobre la libertad humana

Volvemos al centro del debate. Nuestro punto de vista es que este no concierne a la mayor eficiencia económica posible (sin una definición mucho más precisa que la que los economistas generalmente proponen, ¿es ésta medible?) sino, esencialmente, a la mayor libertad humana posible, o a la emancipación de los constreñimientos externos impuestos sobre los individuos, sean estos económicos, políticos o socioculturales. Es un debate acerca de la autodeterminación como el objetivo de la existencia humana.

(Para nosotros, es autoevidente que sin la satisfacción de las necesidades humanas básicas para todos, la libertad y la autodeterminación son imposibles. La eficiencia económica como medio para garantizar la satisfacción de estas necesidades básicas, sin distinción o discriminación, halla su lugar, por tanto, en este esquema conceptual. Pero como un objetivo permanente del esfuerzo humano, sobreimpuesto por encima de todas las demás consideraciones y motivaciones, se vuelve irracional y crecientemente contraproducente.)

Por lo que el verdadero debate gira en torno a esta precisa cues-

tión: (Una vez que las necesidades básicas son satisfechas, ¿debería continuar reinando soberanamente el objetivo de la mayor eficiencia económica posible, independientemente de sus costos individuales y sociales?) o debería ser subordinado a objetivos como la reducción radical de la semana de trabajo (el tiempo de trabajo durante toda la vida adulta), la reducción radical de la división del trabajo entre administradores y administrados, la expansión explosiva del ocio creativo, la salvaguarda del medio ambiente, la lucha contra las aflicciones físicas y mentales, etcétera?

(Aquellos que afirman que todo esto es utópico, en realidad están diciendo que la humanidad está condenada a someterse a la tiranía de las "leyes económicas objetivas" y a la desigualdad social, cualesquiera sean las circunstancias.) Agregan que negarse a aceptar estos constreñimientos conduciría a estándares de satisfacción de necesidades inaceptablemente bajos. Esto es una repetición de la superstición del pecado original. Asociado a este prejuicio está el mito del homo oeconomicus, que no es más que un intento de generalizar, para toda la experiencia humana, a través del tiempo y el espacio, lo que es el patrón de conducta del burgués competitivo (de los grandes y de los pequeños), adquirido recientemente en la historia humana. No hay base científica para tales afirmaciones.

(El "socialismo marxista", como lo entendemos Nove y yo, significa eso: la emancipación de los productores libremente asociados de la obligación de usar los recursos materiales y humanos de acuerdo a ciertas "leyes económicas eternas". Es una sociedad en la que estos productores/consumidores determinan libremente sus prioridades, las sociales así como las económicas.) Si quieren renunciar al segundo aparato de televisión a cambio de más ocio o trabajo menos desgastante o menos monótono, tienen el derecho de hacerlo. Nadie les dictará estas preferencias; ni mercados ni expertos, ni científicos/filósofos, ni líderes carismáticos ni partidos, que la historia ha probado que son, todos, cualquier cosa menos omniscientes. Tendrán el derecho de tomar estas decisiones libremente, a la luz de sus propias conciencias y su discernimiento. De esto se trata la libertad. De esto se trata la planificación socialista.)

IV

¿SOCIALISMO DE MERCADO O
SOCIALIZACION DEL MERCADO?

Diane Elson

Las virtudes del mercado y las deficiencias de la planificación centralizada se han convertido en sentido común para muchos economistas socialistas, tanto en los países capitalistas como en aquellos de "socialismo realmente existente".²⁷ Ciertas defensas fogosas de las formas no mercantiles de coordinación económica han sido hechas recientemente, en especial por Ernest Mandel,²⁸ pero, desde mi perspectiva, éstas no dan respuestas completamente satisfactorias a los defensores del socialismo de mercado. En este ensayo discutiré los argumentos expuestos por Mandel en números recientes de la *New Left Review*, y los de Alec Nove, su principal blanco de crítica. A pesar del argumento de Nove en contrario, comparto la visión de Mandel de que hay una alternativa entre el mercado y la planificación burocrática. Pero comienzo a explorar una alternativa por rumbos bien diferentes. Estoy de acuerdo con Nove en que el mecanismo de precios es un instrumento de coordinación indispensable para una economía socialista, pero sostengo que debe ser socializado si es que va a trabajar en favor y no en contra del socialismo. El debate entre Mandel y Nove es, más que sobre la "mercantilización" del socialismo realmente existente, sobre la posibilidad de una sociedad de productores libremente asociados en la que la producción de mercancías ha sido superada. Es necesario reconocer que los defensores del socialismo de mercado ven al mercado como a una forma de asociación libre: éste es, sin duda, uno de los puntos centrales de sus argumentos. El mercado no puede ser desechado *a priori*: la argumentación debe ser, más bien, acerca de si las condiciones necesarias para que el mercado funcione adecuadamente como una forma de asociación libre pueden ser mantenidas efectiva-

²⁷ Quisiera agradecer a los participantes en los seminarios en la Universidad de Manchester y en la *New Left Review* por sus comentarios a una redacción previa. Agradezco particularmente a Andrew Glyn, Ben Fine, Geoff Hodgson y a Ian Steedman por sus detalladas sugerencias.

²⁸ E. Mandel, "En Defensa de la Planificación Socialista", *New Left Review* 159, septiembre-octubre de 1986, y "El mito del socialismo de Mercado", *NLR* 169, mayo-junio de 1988 (incluidos en la presente edición). Ver, también, P. Devine "Market Mania of the Left", en *Marxism Today*, junio de 1988, y *Democracy and Economic Planning*, Oxford, 1988.

mente. La discusión tampoco debe ser clausurada definiendo al socialismo en términos de la ausencia de producción mercantil y haciendo una ecuación simple entre la producción mercantil y la compra y venta. No intento aquí adentrarme en una consideración detallada de los conceptos de Marx de mercancía y fetichismo de la mercancía. Sólo propondré que el aspecto de estos conceptos que los hace útiles analíticamente es la idea de las mercancías como "productos [que] semejan seres dotados de vida propia, de existencia independiente, y relacionados entre sí y con los hombres".²⁰ En los escritos de Marx, la mercancía no es básicamente un bien que se compra y vende con dinero. Puede haber aisladas oraciones en las que la mercancía aparece sin tener más que este sentido, pero la estructura del texto de Marx como un todo sugiere algo menos banal. El estatus problemático de las mercancías no se deriva del mero hecho de la compra y venta, sino del hecho de la compra y venta en condiciones que hacen posible que éstas tomen una vida propia independiente. Es esta independencia de las mercancías la que hace posible una relación social entre hombres que asume la forma fantástica de una relación entre cosas: "las personas sólo existen las unas para las otras como representantes de sus mercancías, o lo que es lo mismo, como poseedores de mercancías".²¹

[Una interpretación de este tipo deja abierta la posibilidad de crear una sociedad en la que los bienes son cambiados por dinero pero no tienen una vida propia independiente; y en la que las personas no existen para las demás como meros representantes de mercancías. Esta posibilidad, que no requiere la abolición sino la socialización de la compra y la venta y del proceso de formación de precios, será discutida en la segunda parte de este ensayo. La primera parte sienta los fundamentos, mediante una crítica de las proposiciones clave formuladas por Nove y Mandel.]

[A pesar de que este ensayo trata sobre las formas de coordinación económica, su punto de partida no es ni el mercado ni

²⁰ Karl Marx, *Capital*, Volume One, NLR/Penguin, Hammondsworth, 1976, pág. 165 (El *Capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pág. 38).

²¹ *Ibidem*, pág. 42.

el plan, sino la producción y reproducción de la fuerza de trabajo. En una economía capitalista, el hilo conductor es la producción y reproducción del capital; el poder creativo de los seres humanos y la expresión y desarrollo de las necesidades se subordina a la lógica de la ganancia. El hilo conductor de una economía socialista debe ser la producción y reproducción de la fuerza de trabajo. Darle esta prioridad requiere transformaciones en las relaciones con los medios de producción y los medios de consumo; transformaciones en los lugares de trabajo, y en los hogares; transformaciones en las relaciones entre productores y consumidores. La piedra de toque para juzgar cualquier forma particular de coordinación económica será sus implicancias para el proceso de producción y reproducción de la fuerza de trabajo. Esta es una visión más amplia que el énfasis tradicional en los trabajadores, que tiende a concentrar la atención en las implicancias del proceso de trabajo asalariado para la fuerza de trabajo. Esta es, sin duda, una dimensión importante, y el modo en que la fuerza de trabajo es utilizada tiene, claramente, efectos poderosos sobre las condiciones de su reproducción. Pero, como las feministas siempre han sostenido, el proceso de trabajo no pagado en el hogar y en la comunidad están en el corazón de la producción y reproducción de la fuerza de trabajo. Hay que darle a "productores" un sentido más amplio que el de "trabajadores con trabajo retribuido"; un sentido que tome en cuenta que todo productor fue alguna vez un niño, y que alguna vez verá su fuerza reducida por la enfermedad y la edad. Los defensores de la planificación socialista han puesto más énfasis que los defensores del socialismo de mercado en las implicancias - para el trabajo - de las formas de coordinación económica, pero, con unas pocas excepciones, han tendido a tomar una visión "obrerista" estrecha del trabajo". Por el contrario, le daré al hogar un papel central.

²² Entre las excepciones está el Ayuntamiento de Londres [Greater London Council], *The London Labour Plan*, 1978.

1. EL SOCIALISMO DE MERCADO DE NOVE Y LA PLANIFICACION SOCIALISTA DE MANDEL

[La defensa del socialismo de mercado hecha por Nove¹¹ es comprendida en el nombre del realismo: el socialismo realmente existente ha fracasado por las deficiencias de la planificación central, y la tradición marxista sólo tiene para ofrecer gulas utópicas o completamente erradas. La única solución factible es reducir el rol de la planificación central e incrementar el rol del mercado.]

La economía dual de Nove

En la visión de Nove, la única economía socialista realizable es una economía dual: un sector dominante que está organizado a través de "un sistema de instrucciones vinculantes procedentes de las instancias planificadoras" (pág. 44) [69], y un extenso sector, aunque subordinado, que está organizado a través de mercados.

Lo que diferencia básicamente una economía así de una "economía mixta" capitalista es la ausencia de toda propiedad privada a gran escala de los medios de producción. Esta economía se compone de tres tipos de empresas: de propiedad estatal, cooperativas, y empresas poseídas individualmente. La elección y la democracia dependen en gran medida del funcionamiento del mercado y de un sistema político en el que los planificadores son responsables frente a una asamblea representativa. Hay cierto interés en la transformación de las relaciones sociales y materiales de producción, pero no en las de cambio, distribución y consumo. Más allá de una defensa de las pequeñas firmas, no hay mucho énfasis en la reorganización del proceso de trabajo, y ninguno en la reorganización de las relaciones entre la producción de bienes y servicios y la producción y reproducción de la fuerza de trabajo.

¹¹ A. Nove, *La Economía del Socialismo Factible*, Londres, 1983. A menos que se indique otra cosa, las referencias a Nove son a este libro [la paginación de la ed. cast. cit. se indicará entre corchetes]. Pero véase también, A. Nove, *Mercados y Socialismo*, NLR 161, enero-febrero de 1987.

[Este descuido no es específico de Nove: el grueso de la discusión sobre la organización de una economía socialista tiene la misma inclinación productivista.] Se refiere a la transformación de las relaciones de producción en el lugar de trabajo, pero omite repensar las relaciones entre producción y consumo entre el lugar de trabajo y el hogar, y considerar el modo en que el consumo y la reproducción de la fuerza de trabajo necesitan ser reorganizados. Una aproximación feminista a la cuestión de la economía socialista debería convertir en absolutamente central la articulación de la producción de bienes y servicios y la reproducción de la fuerza de trabajo. Esto requiere replantear, entre otras cosas, el modo en que los hogares adquieren bienes y servicios de las organizaciones exteriores (quién realiza el trabajo de compras, de obtención de un lugar para vivir, de relación con las escuelas y los servicios médicos, etcétera, y a través de qué relaciones sociales y materiales). Nove, al igual que muchos autores que escriben sobre este problema, no se preocupa por esto. Hay cierta problematización de la transformación de la producción, pero el nexo entre empresas y hogares seguiría siendo o el mercado o los sistemas administrativos jerárquicos; y la iniciativa en la determinación del diseño de los bienes y servicios a ser usados por los hogares permanecería en las organizaciones productivas.

No hay señales de la política de los valores de uso, o de la participación popular en la planificación a través de una cooperación directa entre las organizaciones de productores y los hogares que usan sus productos.¹² Nove le da poca importancia a la autoorganización en la base, y es particularmente suspicaz en lo referente al papel de los sindicatos, que son vistos como obstáculos a las reformas económicas necesarias, tanto en los países capitalistas como en los socialistas. (Para los miembros de la sociedad socialista de Nove, la acción pública parece confinada a comprar, vender y votar.)

¹² Estos problemas han estado en el centro del nuevo socialismo municipal en Gran Bretaña. Ver M. Mackintosh y H. Wainwright (editores), *A Taste of Power: The Politics of Local Economics*, Verso, Londres, 1987.

Por tanto, la concepción del socialismo de Nove enfatiza la propiedad formal, y está definida centralmente en términos de la ausencia de empresas capitalistas de gran escala. Las ventajas que declara para su forma de economía socialista son la flexibilidad, la eficiencia, la elección y la evitación de los excesos tanto del capitalismo libre de trabas como de la planificación centralizada libre de trabas.²² Como lo señala Mandel, Nove no se mete con el problema de para quién la flexibilidad, para quién la eficiencia, para quién la elección. En una economía capitalista, todas estas operan a favor del capital. La eficiencia significa eficiencia en la obtención de ganancias: desde el punto de vista del trabajo puede significar, en términos de tiempo y esfuerzo, mayores costos, pues los así llamados logros en la eficiencia son, comúnmente, consecuencia de la transferencia de tareas del trabajo pagado al no pagado, o de la intensificación del trabajo pagado. Puede significar costos más altos en términos de enfermedad, pues la protección de la salud y la seguridad cuestan dinero. Como veremos, la solución de Mandel prioriza las necesidades de los hombres en la producción de bienes y servicios, y tiende a ignorar las necesidades de los hombres en el uso de esos bienes y servicios para la producción y reproducción de su fuerza de trabajo. Pero, aún en el caso de ausencia de empresas privadas, debemos hacer frente al problema de que existe cierta tensión entre los productores y los consumidores de un bien. La flexibilidad, la eficiencia y la elección para el usuario significan disrupción, cansancio e incertidumbre para el productor. Una respuesta satisfactoria debe proponer alguna forma de superar estas tensiones: ésta es la esencia de la política de los valores de uso. Pero tanto Mandel como Nove proponen respuestas

²² Otros trabajos recientes sobre la organización de una economía socialista han llegado a conclusiones similares en relación a las virtudes y a lo inevitable del mercado. Geoff Hodgson, por ejemplo, que presta mucha mayor atención que Nove a la cuestión de la participación de los trabajadores en la organización de la producción y la democratización de la planificación, insiste, también, en que la "descentralización del control sobre la industria significa inevitablemente el establecimiento de un mecanismo de mercado: no se han encontrado alternativas realistas" (*The Democratic Economy*, Hammondsworth, 1984, pág. 174).

unilaterales: Mandel desde el punto de vista del productor, Nove desde el punto de vista del consumidor. Postular una oposición entre "productor" y "consumidor" es, en todo caso, artificial, porque todos somos las dos cosas. Pero reconocerlo no resuelve la tensión. En este ensayo discutiré esta tensión en términos de interacciones entre dos tipos distintos de instituciones sociales, empresas y hogares. Tanto las empresas como los hogares están implicadas en la compra y la venta, pues los hogares venden fuerza de trabajo y las empresas compran fuerza de trabajo y otros inputs. Las dos instituciones tienen, pues, un aspecto de "consumidor" y uno de "productor".

Nove brinda una discusión escasamente detallada acerca de lo que los mercados son en realidad; de cómo funcionan en el capitalismo, de cómo deben ser organizados en el socialismo. La imagen que emerge de las escasas referencias diseminadas es la de un sistema de "contratos libremente elegidos y negociados" (pág. 44) [69], o la de una negociación entre proveedores y clientes. Por ejemplo: "Sólo se podrá establecer el precio de la gran mayoría de bienes y servicios por medio de un proceso de negociación entre el proveedor y el cliente, en el que deberán incluirse características detalladas, plazos de entrega, calidad, etc. Naturalmente, es de esperar que las empresas intenten "administrar" los precios, y que los mayoristas y minoristas traten de obtener el "márgen de ganancia" que consideren adecuado pero, en ausencia de insuficiencia y en presencia de posibilidades de elegir, los compradores pueden rechazar, acudir a otro sitio, negociar. Dicho de otro modo, la competencia debería evitar que los productores abusen de su poder" (pág. 210) [522].

Un modelo irreal

Este "modelo de negociación" no es una descripción realista de una moderna economía de mercado, en la que, como es reconocido ampliamente por los economistas, predominan los mercados con precios preestablecidos. Por supuesto, las opciones de los compradores restringen indirectamente los precios; las firmas no

pueden fijar los precios que deseen. Pero dondequiera que los compradores se enfrentan a los precios establecidos, los vendedores establecen los precios, y la elección de la estrategia de precios es una función ejecutiva especial. Así, por ejemplo, los hogares no negocian los precios con los minoristas: en los casos en que pueden negociar, por ejemplo con un constructor o un decorador, la capacidad para conducir una buena negociación depende de la capacidad para desplegar recursos considerables de tiempo y conocimiento. En la gran mayoría de los casos, la elección sólo puede ser ejercida dentro de una gama de bienes preestablecida a precios preestablecidos, que los hogares sólo pueden tomar o dejar, y en condiciones en que las empresas emplean gran cantidad de recursos para moldear las preferencias y para controlar el conocimiento que los hogares tienen de las características del producto. Los hogares no están en condiciones de emplear compradores especializados para asegurarse que logren la "mejor compra". Como ha argumentado Joan Robinson, "nadie que haya vivido en el mundo capitalista se engaña con la pretensión de que el sistema de mercado asegura la soberanía del consumidor. Encontrar un camino para darle realidad es una tarea de la economía socialista".²⁰ A continuación, ella sugirió que para una economía socialista: "la mejor perspectiva parece ser el desarrollo de una clase de funcionarios, haciendo las veces de comerciantes al por mayor, cuya carrera y autoestima dependa de la satisfacción del consumidor. Podrían mantenerse en contacto con la demanda mediante los comercios; la investigación de mercado, que en el capitalismo está dirigida a descubrir como engañar al ama de casa, podría ser dirigida a descubrir qué es lo que en verdad necesita; el diseño y la calidad podrían ser impuestos a las empresas manufactureras, y el plan de producción establecido mediante la formulación de directivas, de modo de mantener un equilibrio entre economías de escala y variedad de gustos."

²⁰ J. Robinson, "Consumer's Sovereignty in a Planned Economy", en A. Nove y D. Nuti, *Socialist Economics*, Harmondsworth, 1972.

Robinson es uno de los pocos economistas que ha considerado que la reorganización de la compra es un elemento del proceso socialista, tanto como lo es la reorganización de la producción. La importancia de su comentario no radica en la solución particular que ofrece, sino en su reconocimiento de que la transformación del lazo entre los hogares y el proceso de producción es un aspecto vital del socialismo. (Nove) no considera su aproximación ni formula ninguna sugerencia propia acerca de como mejorar el poder de negociación de los hogares en relación a los proveedores, porque se apoya en la "competencia" para resolver estos problemas. Pero, ¿qué quiere decir exactamente competencia? Es instructivo considerar el ejemplo que da: "Supongamos que hay dieciséis empresas o más (socializadas y cooperativas) dedicadas a ofrecer bienes y servicios, ya sean tejidos de lana, dentífricos, rodamientos de bolas, hoteles de vacaciones o cualquier otra cosa. Estas empresas basan sus actividades productivas en negociaciones con sus clientes. Estos últimos pueden elegir de quién obtener los bienes y servicios que necesitan. Todos pueden obtener de sus proveedores, que ellos pueden elegir, los factores de producción necesarios. Tienen un interés inherente en satisfacer al cliente, por lo que no son necesarias medidas especiales para ello (aparte de las disposiciones "normales" sobre la pureza de los alimentos, la ausencia de adulteraciones, el etiquetado correcto, etc.)" (pág. 204) [312].

Esta es una visión muy idealizada de la competencia: productos estándar; asunción implícita de conocimiento adecuado y capacidad de negociación por parte de todos los consumidores; indiferenciación entre productos de consumo final como la pasta dentífrica y bienes de producción como los rodamientos de bolas y, lo más importante, ausencia de discusión sobre la dinámica de la competencia. Lo que implica es que el alegre estado de cosas que significan dieciséis empresas productoras rivalizando con las demás para atraer a los clientes, mediante la estrategia de mantener los precios bajos y la calidad elevada, persistirá en el tiempo. Las formas más predatorias de la competencia no son consideradas: fusiones de empresas, control de unas compañías por otras, estra-

tegiar para quebrar a los competidores; ni a las medidas para restringir la competencia mediante el enfrentamiento entre proveedores. La dinámica de la centralización y concentración en los mercados competitivos, enfatizada, entre muchos otros por Marx, Schumpeter y Kalecki, no es problematizada en lo más mínimo. (La competencia es tratada no como un generador potencial de monopolio, sino como la antítesis del monopolio; como un proceso que limita el poder de las empresas antes que como uno que lo estimula.)

La visión idealizada del monopolio que posee Nove no es quizás sorprendente, dado que se ha pasado una vida estudiando las economías de Rusia y de Europa Oriental, en las que los mercados y la competencia han estado extensamente ausentes.* La imagen que resulta de los estudios empíricos de las economías capitalistas es, sin embargo, bien distinta. Hay abrumadora evidencia para sostener la noción de centralización y concentración: esto no significa que las pequeñas firmas son eliminadas, sino que las grandes predominan, mientras que las pequeñas desempeñan papeles de subcontratación, o puramente localizados. Para las firmas estadounidenses¹, la evidencia de la estabilidad en el valor agregado (ventas menos compras de otras firmas) a las ventas, no mella esta conclusión: las firmas están ciertamente implicadas en un comercio activo con otras firmas. Pero una gran parte de este comercio no es de "amplio radio", a través de mercados impersonales; es más bien un comercio entre una gran firma "central" y su periferia de contratistas subordinados. La concentración y centralización es un

* En Yugoslavia, donde el papel del mercado ha sido mucho mayor que en otros países de "socialismo realmente existente", hay evidencias de concentración y centralización. En 1970, las 130 empresas manufactureras y mineras más importantes concentraron el 45,1 por ciento del total de las ventas y el 33,7 por ciento del total del empleo. Para 1977, estas cifras habían subido a 70,1 por ciento y 48,3 por ciento. De 1965 a 1967, el 12 por ciento de todas las empresas yugoslavas estaban comprometidas en fusiones, y esto continuó en los setentas. (A. Zimbalist y H. J. Sherman, *Comparing Economic Systems*, Orlando, 1984, pág. 429.) Si bien Nove discute algunos de los resultados de la experiencia yugoslava, este no es uno de los que menciona.

¹ Ver P. Auerbach, M. Desai, A. Shamsavari, "The Dialectic of Market and Planning", NLR 170, 1988.

proceso ciertamente dinámico: no se debe considerar que las referencias a éste implican sustento para la propuesta analítica del "capitalismo monopolista" y la tendencia al estancamiento. Tampoco evita la competencia de nuevos participantes en nichos particulares: Amstrad bien puede desafiar a IBM en el mercado de computadoras personales; pero sólo ajustándose a los estándares técnicos establecidos por IBM. Por más dinámico que sea, ningún empresario individual puede esperar desafiar a IBM en centrales.

La feroz competencia que conduce a la centralización y concentración significa que las condiciones de producción y reproducción de la fuerza de trabajo están crecientemente determinadas por las estrategias de acumulación de las grandes firmas, y que la diferenciación entre hogares y empresas se hace cada vez más pronunciada. Para la mayoría de los hogares, es cada vez más difícil vender algo que no sea su fuerza de trabajo. Si la función de la autoridad central debe estar limitada al establecimiento de las "regulaciones" en cuyo marco los precios y las cantidades son determinadas por interacciones privadas entre compradores, ¿qué es lo que impedirá que los intereses de las empresas productoras dominen sobre los de los hogares como consumidores, y como vendedores de fuerza de trabajo? El "socialismo factible" de Nove es más utópico de lo que a primera vista aparece.

(Despreocupación por los mercados como instituciones y como procesos)

(Entre los participantes en el debate acerca de la economía socialista, Nove no es el único en prestarle poca atención a lo que un mercado es y a cómo funciona efectivamente.) La mayor parte de la considerable bibliografía sobre la teoría de la coordinación económica y de los planes *versus* los mercados, no toma en cuenta a éstos como instituciones sociales y materiales.² En cambio, una o más imágenes de las tres favoritas son invocadas: el modelo de negociación de Nove; una subasta en la que los compradores y

² Esta falta ha sido discutida recientemente por G. Hodgson, *Economics and Institutions*, Oxford, 1988; y L. M. Lachmann, *The Market as an Economic Process*, Oxford, 1986.

vendedores pujan unos contra otros; y un mercado organizado por medio de intermediarios en el que un intermediario ofrece comprar o vender sus reservas en los precios de compra y venta establecidos, frente a los que reaccionan aquellos que desean adquirir o desprenderse de bienes. Pero estas imágenes son bien insustanciales. En general, el hecho de que los mercados requieran recursos para operar no es considerado pertinente para el debate sobre la coordinación de los sistemas económicos." En agudo contraste, la magnitud de los recursos requeridos para la planificación socialista ha sido siempre un dato en los argumentos contra ésta. Las grandes cantidades de vendedores, expertos en *marketing*, ejecutivos de publicidad, intermediarios, etc. reunidos para hacer funcionar los mercados han sido generalmente ignoradas, "como lo ha sido el extenso número de empleados comprendidos en las actividades de planificación dentro de las grandes empresas." Así, por ejemplo, Hayek postuló a la economía en la producción de información como una ventaja decisiva de la asignación de mercado sobre la asignación planificada." Pero, como lo señala Helm, Hayek estaba haciendo la afirmación implícita de que el mercado brinda información sin costo. Sin embargo, los rematadores, los intermediarios y el personal de ventas tiene que comer; sus actividades requieren recursos. No tienen conocimiento perfecto; tienen que buscar información. Con demasiada frecuencia la proclamación de la superioridad de la asignación de mercado ha estado ba-

" Entre las pocas excepciones están S. Moss, *An Economic Theory of Business Strategy: An Essay in Dynamics without Equilibrium*, Londres, 1981, y D. Helm, "Price Formation and the Costs of Exchange", en M. Baranzini y R. Scanzieri (editores), *Foundations of Economics*, Oxford, 1986.

" Un estudio de la respuesta de una firma textil yugoslava a las reformas de 1965 mostró que su departamento de *marketing* pasó de menos de 12 personas a 39 en el lapso de un año. La necesidad de responder más rápidamente al inestable mercado y el esfuerzo para influir en las condiciones del mercado condujo a la creciente concentración de la toma de decisiones en manos de un creciente número de ejecutivos de nivel medio, a pesar de las provisiones formales para la participación de los trabajadores. Zinbali and Sherman, op. cit., pág. 439.

" R. Murray, "Ownership, Control and the Market", *NLR*, 164, Julio-Agosto de 1987, estima que, solamente en Londres, hay 375.000 personas implicadas en distintos aspectos de la planificación de la "empresa privada", incluyendo economis-

sada en la comparación entre un sistema de mercado con precios dados exógenamente o sin costo, y un sistema planificado con una gran cantidad de costos administrativos visibles; y el problema de cómo funcionan exactamente los mercados no ha sido planteado.

El mercado es un nexo efectivo entre compradores y vendedores, pero ese nexo no existe por sí mismo; debe ser construido. Un mercado implica uno o más agentes que actúan como constructores de mercado (*market makers*), estableciendo precios y proveyendo información acerca de la oferta y la demanda; acercando a los compradores y a los vendedores. En la teoría walrasiana del equilibrio general -que ha dominado el pensamiento sobre la coordinación económica tanto para los socialistas como para los liberales-; el constructor de mercado es un rematador "fantasmal" que se coloca fuera del proceso económico, y que no busca ganancia. La Escuela Austríaca, a la que Hayek pertenece, tiene una actitud más sensata, considerando a los mercados como contruidos por agentes que buscan ganancias, empresarios, comerciantes y financieros. Pero tampoco le presta mucha atención al hecho de que construir mercados requiere del control de recursos económicos, como el crédito, las comunicaciones, el transporte, lugares de almacenamiento e información.

En una economía capitalista, los mercados son básicamente privados, en el sentido de que los medios económicos requeridos para construirlos están controlados en gran medida por empresas que buscan ganancias. En los mercados hay intervención gubernamental, regulación y directivas gubernamentales y provisión de parte de la infraestructura requerida para las transacciones económicas, como los caminos. Pero la intervención y la regulación sólo buscan influir los términos en los que las empresas ejercen su poder de construcción de mercados; dejan a los constructores de mercados con una gran capacidad para la evasión y para la "captura re-

tas, contadores, analistas de rendimientos, diseñadores y planificadores colectivos, sin contar el personal ayudante, como secretarías y procesadores de datos.

" F. von Hayek, "Economics and Knowledge", *Económica*, nueva serie, 4, 1937.

gulatoria", en la que las agencias estatales que aparentemente regulan el mercado devienen, en cambio, apoyos de los constructores de mercados.

En gran parte de las discusiones sobre la mercantilización del socialismo hay una abrogación por la devolución de la capacidad de construcción del mercado a empresas autofinanciadas, que deben recuperar a través de las ventas los costos de la construcción del mercado. Un mercado así es también privado, en el sentido de que está construido por empresas individuales, de acuerdo a los criterios que incrementan sus excedentes individuales. Los precios, en estos mercados privados (ya sean capitalistas o socialistas), son establecidos por agentes específicos, formadores de precios. Otros agentes en el mercado reaccionan frente a estos precios: son tomadores de precios. Los mercados funcionan para hacer públicos los precios establecidos por los formadores de precios; y las repuestas de los tomadores de precios determinan la sustentabilidad de los precios establecidos. La determinación de los precios en estos mercados no implica necesariamente la fluctuación continua de precios. Algunos mercados, como los financieros y los de productos primarios, dan empuje a las fluctuaciones de precios (mercados de precios flexibles). Pero los mercados para la mayor parte de los bienes manufacturados se caracterizan por listas de precios que se cambian de tiempo en tiempo, pero no diariamente (mercados de precios fijos).

Los precios sólo pueden dar señales útiles si los tomadores de decisiones pueden formarse cierta idea acerca de si los niveles de precios vigentes son o no "normales". Si son considerados "anormales", no se esperará que persistan, y las decisiones serán tomadas de acuerdo a esto. Las instituciones de mercado tienen la importante función de establecer patrones: en general, el intercambio es estructurado y la información publicada selectivamente por un número limitado de constructores de mercado de modo que ayude a la formación de expectativas y promedios de precio, una práctica comúnmente conocida como "orderly trading".⁴ Por tanto, el establecimiento de los precios por un nú-

mero limitado de constructores de mercado toma a su cargo la útil función de establecer "promedios" de precios, sin los que la toma de decisiones en un mundo incierto sería muy difícil. Pero la realización de esta útil función les da a los que establecen los precios una desproporcionada influencia sobre lo que pasa: los procesos históricos del mundo real son "dependientes de la senda", y los que establecen los precios tienen la iniciativa en la definición del punto de partida. Como dice Lachmann, "importa quién establece los precios y quién los toma". Por supuesto, el proceso de producción y reproducción de la fuerza de trabajo es básicamente un proceso de "toma de precios".

Críticas del mercado

La alternativa de Mandel -tanto al mercado como al plan central-, implica un sistema de "autogobierno conjunto de los trabajadores", que intenta proporcionar un sistema de coordinación descentralizado y no mercantil. Si bien acuerdo con Mandel en que una economía socialista debería ir más allá de la coordinación de mercado, y en que hay formas descentralizadas de hacerlo, su solución es profundamente insatisfactoria. La debilidad principal de la propuesta de Mandel es que no sólo rechaza a los mercados, también rechaza a los precios. Argumentaré que una economía socialista descentralizada necesita de un mecanismo de precios centralizado, pero esto no implica la formación de precios a través de mercados privados (es decir, no implica la fijación de los precios por empresarios privados actuando como constructores de mercado).

¿Cuál es el problema con la coordinación de mercado? Los puntos más relevantes son: que significa producción para el lucro más que para la necesidad; que es la antítesis de la cooperación; que es impersonal y "ciega"; que es una forma para disciplinar a los trabajadores; y que conduce a la inestabilidad económica por-

⁴ Para una mayor discusión de este punto, ver Hodgson, *Economics and Institutions*, pág. 185.

que no provee ningún medio para conocer previamente si lo que se produce será vendido. Pero, a menos que estos argumentos sean especificados con mayor precisión, para los defensores del mercado es fácil descartarlos.

La coordinación de mercado, arguyen sus defensores, conduce a la satisfacción de las necesidades porque permite la elección del consumidor. La rentabilidad es un indicador del grado en el que la producción satisface las necesidades. Las necesidades que son satisfechas son, por supuesto, las que están respaldadas por el necesario poder de compra, pero si el problema es que los pobres no pueden expresar sus necesidades en el mercado en el mismo grado en que lo hacen los ricos, la solución no es abolir el mercado, sino cambiar la distribución del poder de compra por medio de impuestos y prestaciones, y por cambios en la propiedad de los medios de producción. La coordinación de mercado, se arguye, facilita la cooperación y la ayuda mutua, porque satisface el interés común de vendedores y de compradores en hacer una venta y una compra.*

La impersonalidad de la coordinación de mercado puede ser considerada una ventaja, una defensa de la libertad individual y una barrera contra la tiranía personalizada. Será señalado que todo mecanismo de toma de decisiones descentralizado es "ciego", en el sentido de que el resultado no es deseado conscientemente por los participantes, sino que emerge de la agregación de sus decisiones individuales. Así, en una elección, cada votante vota por el candidato de su elección, pero el resultado es producto de la operación "ciega" del método de agregación. La necesidad de un método para mantener la disciplina del trabajo en cualquier sistema económico será enfatizada, como lo será la posibilidad de un desajuste entre la demanda y la oferta en toda economía compleja. Lo que importa, se argumentará, no es prevenir tal desajuste, sino poseer un adecuado mecanismo para corregirlo. El mercado, se afir-

* Sin embargo, como lo señala Sen, si bien los mercados trabajan sobre la base de cierta congruencia de intereses, el mecanismo de mercado es inútil para resolver los conflictos de intereses en lo que se refiere a la distribución de los beneficios entre comprador y vendedor. A. K. Sen, *Resources, Values and Development*, Oxford, 1984, pág. 93-94.

ma, es un buen mecanismo de ajuste: esta fue, ciertamente, la ventaja decisiva de la "mano invisible" para Adam Smith; que no estaba preocupado por la obtención del estático equilibrio óptimo general de Pareto -que ha tendido a dominar la discusión sobre el mercado como un sistema de coordinación por parte de los economistas neoclásicos en el siglo veinte- sino con la reasignación de recursos en la dirección adecuada cuando cambian las condiciones de la oferta y la demanda.* Si el mecanismo de ajuste del mercado opera con demasiada lentitud, se sugerirá que los problemas macroeconómicos resultantes de desempleo o inflación pueden ser subsanados con la política fiscal y monetaria adecuada, suplementada, para aumentar la rapidez de la operatoria del mecanismo, con la intervención. Por lo que los defensores del mercado concluirán que ninguna de estas objeciones es decisiva. Los socialistas deberían aprovecharse del mercado como de un instrumento que permite la toma de decisiones descentralizada y flexible, y que motiva a los individuos a satisfacer el interés público a través de la búsqueda de sus propios intereses.

Toma de decisiones y mercados

Indudablemente, los socialistas deben reconocer el aspecto progresivo de la coordinación de mercado. Marx lo hizo claramente: sus escritos contienen párrafos que son como himnos que alaban la forma en que los mercados arrasan con los lazos de dependencia personal propios del feudalismo, y que reconocen ampliamente la forma en que los mercados pueden facilitar la satisfacción mutua de las necesidades. Pero, como Marx también lo enfatizó, los mercados no son simples instrumentos de libertad y medios de acción para los individuos y para la cooperación entre individuos: aún los mercados idealizados, como los concebidos por Nove, pueden, en su momento, ejercer un poder sobre los individuos, un poder que Marx llamó el "fetichismo de la mercancía", y que apa-

* Hayek subraya también los beneficios dinámicos del mecanismo de mercado y rechaza el óptimo de Pareto como esquema de evaluación.

rece en el discurso corriente como las "fuerzas del mercado".

Este surge porque los mercados no se limitan a descentralizar la toma de decisiones; la atomizan. Porque en la relación de mercado básica, el nexo monetario [*cash nexus*], cada unidad de toma de decisiones está desconectada de otras unidades de toma de decisiones y, sólo está conectada por las cantidades y los precios de los bienes. (Esto se aplica tanto si el que toma las decisiones es un tomador o un formador de precios). El negociante de la City que se dedica a comprar y ventar frente a una pantalla de video con listas de precios brinda una ilustración elocuente. Pero aún cuando las instituciones del mercado no los separan físicamente, los compradores y los vendedores están, sin embargo, aislados uno del otro, en el sentido de que el mecanismo de mercado como tal —el nexo monetario— no les brinda a las unidades compradoras y vendedoras individuales información directa acerca de las intenciones y valores de los demás. Cada uno debe actuar independientemente, en ignorancia de lo que los demás intentan hacer, y debe esperar que las preferencias de los demás sean reveladas por la forma en que cambian los precios y las cantidades. En estas circunstancias, las unidades individuales tienen una base pequeña para estimar de antemano cual será la influencia —si es que la hay— que sus decisiones tendrán en el producto final. (En muchos razonamientos económicos, este problema es evitado mediante la afirmación de que el tomador de decisiones es marginal, es decir, que las elecciones que cada uno hace no tienen efecto en los resultados). La importancia de las decisiones individuales en el resultado final sólo se convierte en aparente después de que han sido hechas, cuando cambian los precios, y los niveles de stock, producto y empleo. Es solamente a través de los cambios en los precios y en las cantidades producidas que se realiza la interconexión entre distintos tomadores de decisiones: "las relaciones entre unos y otros productores (...) cobran la forma de una relación social entre los propios productos de su trabajo".* Compárese esto con la toma de deci-

* Marx, op. cit., pág. 37.

siones en un comité o en un equipo, donde cada participante puede conocer, antes de que se tome una decisión, las intenciones y preferencias de los demás participantes.

El aislamiento de los tomadores de decisiones significa que el problema que cada uno considera es: ¿qué debo hacer para favorecer mejor mis intereses, conociendo los precios corrientes y la disponibilidad de bienes, pero sin conocer lo que los demás intentan hacer y lo que estarían dispuestos a hacer? Este es el eje de la "paradoja del aislamiento", la que ha sentado la base para la discusión de la toma de decisiones individualizada y colectiva en la economía del bienestar contemporánea. Surge porque las elecciones que cada uno de nosotros considera apropiadas no son independientes de las elecciones que otros intentan hacer, pues la satisfacción producida por la elección de cada uno depende de las elecciones que otros han hecho. El mecanismo de mercado no nos brinda información directa sobre las intenciones, deseos y valores; transmite sólo información referida a los resultados de las decisiones tomadas en la oscuridad. El sentido adecuado en el que el mecanismo de mercado puede ser descrito como "ciego" es que no ilumina nuestra ceguera. La teoría marxista del fetichismo de la mercancía, que a menudo les parece a los economistas uno de los conceptos más opacos que Marx despliega, puede ser vista como una metáfora dramática para el problema del aislamiento; "lo que aquí reviste, a los ojos de los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre objetos materiales no es más que una relación social concreta establecida entre los mismos hombres".* En los mercados, los tomadores de decisiones no pueden realizar una conexión directa con los deseos, aspiraciones y valores de los demás. En cambio, los deseos, aspiraciones y valores de los demás son traducidos a precios y cantidades de mercado que parecen operar con la fuerza de lo natural, y a los que cada unidad de toma de decisiones debe ajustarse sin oportunidad alguna de reflexión y discusión social colectiva que pueda conducir a una gama de elec-

* Ver, por ejemplo, A. K. Sen, op. cit., introducción y cap. 4.

* Marx, op. cit., pág. 38.

ciones distinta. Los resultados de la operatoria del mercado son entonces sentidos como una presión coercitiva externa, a la que los individuos deben amoldarse; y los procedimientos de mercado no ofrecen canales para que, a la luz del resultado agregado que sería la consecuencia probable de un patrón determinado de elecciones, los tomadores de decisiones puedan reconsiderar sus elecciones antes de dedicarse a las compras y a las ventas, ni para considerar, junto con otros individuos, cambios en los objetivos.

Este problema no es percibido cuando se afirma que no hay interdependencias entre la satisfacción obtenida por una persona en su elección y las elecciones realizadas por otros. Estas interdependencias son consideradas, en gran parte de la teoría económica, como casos especiales sin importancia. Los ambientalistas nos han mostrado cuán poderosas son las interdependencias, pero han tendido a concentrarse en interdependencias físicas, como la contaminación y la congestión del tránsito. La economía parietana del bienestar —la base con la que se les enseña a los estudiantes de economía a juzgar las fuerzas y debilidades del mecanismo de mercado— está deseosa por contemplar la intervención gubernamental en los mercados para enfrentar problemas como los de la contaminación. Sin embargo, es incapaz de reconocer otro tipo de interdependencia que surge, no por la ausencia de mercados (la razón para interdependencias del tipo de la contaminación) sino por el desequilibrio secuencial propio de cualquier proceso de mercado real (aún aquel de un mercado futuro), en el que los individuos, aislados, deben tomar decisiones en un momento en el tiempo anterior al disfrute de los productos de esas decisiones. En la brecha entre la toma de la decisión y el disfrute de sus resultados pueden tener lugar muchos cambios que afectan el resultado final, a causa de la intervención de las decisiones de otros. Dicha interdependencia atraviesa las decisiones acerca del uso de la fuerza de trabajo y las decisiones de inversión, pero el mecanismo de mercado no provee una forma de expresar esta interdependencia.⁴

Cuando existen poderosas interdependencias entre las decisiones tomadas por distintos hombres (o grupos de hombres), hay

ventajas inmensas para la toma de decisiones sobre cuestiones públicas, aún desde el punto de vista del interés propio.⁵ Para cada tomador de decisiones es contraproducente el perseguir únicamente su propio interés —el resultado final inmediato—, y no también las repercusiones de sus elecciones para los demás y para las instituciones. El mercado no facilita, sin embargo, la toma de decisiones sobre cuestiones públicas, y más bien tiende a socavarla. En las economías de mercado los tomadores de decisiones no se quedan satisfechos con la "atomización" y la ausencia de información directa acerca de las intenciones de los demás. Como Marx lo señaló: "junto con el desarrollo de esta alienación, y sobre la misma base, se hacen esfuerzos para superarla: surgen instituciones en las que cada individuo puede obtener información acerca de la actividad de los demás e intentar adecuar la propia de acuerdo a ésta, por ejemplo, listas de precios corrientes, tasas de cambio, interconexiones entre aquellos activos en el comercio a través de los correos, los telégrafos, etc."⁶ Se forman asociaciones empresariales: los tomadores de decisiones intercambian información acerca de sus planes en almuerzos de negocios; los mercados son rodeados por una red de contactos no mercantiles que no están mediados por el dinero. Sin embargo, como lo reconocen al menos ciertos defensores del socialismo de mercado, la extensión y el grado del intercambio cooperativo entre empresas del tipo de información que el nexo monetario no puede brindar está limitado por la búsqueda de ventaja competitiva.⁷ Los flujos de información están fragmentados; no hay acceso abierto a las redes de información; hay un derroche de recursos en la medida en que la actividad de reunión de información tiene que ser duplicada en aras del se-

⁴ Este tipo de interdependencia ha sido llamada una externalidad "monetaria" o "dinámica". Ver T. Scitovsky, "Two Concepts of External Economics", *Journal of Political Economy*, 1954.

⁵ Para una discusión más detallada de este punto, ver F. Hirsch, *Social Limits to Growth*, Londres, 1977, cap. especial.

⁶ Marx, *Grundrisse*, NLR/Penguin, Harmondsworth, 1973, pág. 161. (Hay traducción castellana en Siglo XXI).

⁷ "En la esfera del mercado competitivo, la cooperación honesta y a largo pla-

crem. O. (para usar los modos de expresión de Marx en los Grun-
drisse, en una economía de mercado, los intentos cooperativos pa-
ra superar la alienación del mercado no trascienden esa alienación;
más bien están limitados por ésta. Por lo que los resultados de la
operatoria del mercado continúan impactando sobre los individuos
como fuerzas externas.)

~~Este problema por lo que los resultados de la operatoria del
mercado continúan impactando sobre los individuos como fuerzas
externas.~~

El Proceso de ajuste y la producción y reproducción de la fuerza de trabajo

La importancia de la preocupación sentida en relación a las
fuerzas del mercado depende de las convicciones acerca de la fa-
cilidad y la estabilidad del ajuste, y del grado en que se presentan
alternativas a la coordinación atomizada que ofrece el mercado. Si
para los individuos es relativamente fácil ajustar sus ventas y sus
compras para estabilizar sus hábitos en respuesta a las cambiantes
condiciones económicas, y si tienen abierta la posibilidad de una
multiplicidad de opciones atractivas, entonces no tienen mucho de
que lamentarse por las presiones coercitivas del mercado.

Los defensores del mercado tienden a creer que el ajuste es re-
lativamente fácil si el funcionamiento del mercado no es interrup-
pido, si bien no todos basan esta afirmación en la misma teoría.
Por ejemplo, la teoría walrasiana del equilibrio general (la base in-
tellectual de la economía neoclásica) incorpora la siguiente afir-
mación de que los individuos pueden ajustar sus planes para pro-
ducir o consumir en respuesta a las señales de los precios antes de
que efectivamente compren o vendan y dediquen recursos a la
producción. Estas respuestas repetidas a la variación de las señales

no, si bien existente hasta cierto grado, es socavada por la competencia entre los
dineros y transitorios agotes. En el mercado hay una población cambiante y vo-
látil, en el que cada individuo está persiguiendo sus objetivos de acuerdo con el
cálculo manifiesto de ganancias y pérdidas" (Hodgson, op. cit., 1988, pág. 210).

de los precios revela sus preferencias, salvando así el obstáculo
de su ausencia de conocimiento de las intenciones de los demás.
La hipótesis es que el mercado se comporta como si estuviese co-
ordinado por un rematador (que trabaja gratis). Cuando el merca-
do abre, el rematador establece al azar una serie de precios, y los
que participan en el mercado deciden qué es lo que quisieran com-
prar o vender a esos precios. Pasan (sin costo) esta información al
rematador, que establece entonces una nueva serie de precios,
más bajos para los bienes ofrecidos en exceso y más altos para los
demandados en exceso. Todos deciden nuevamente qué quisieran
comprar y vender, y la secuencia se continúa hasta que se alcanza
una serie de precios que compensa el mercado, igualando deman-
da y oferta. Sólo entonces tienen lugar efectivamente las compras
y las ventas. Los problemas asociados con la toma de decisiones
secuencialmente atomizada son así evitados: el rematador coordi-
na la toma de decisiones, y las compras y ventas efectivas no son
secuenciales sino simultáneas. La producción sólo tiene lugar una
vez que todos están advertidos de cuáles serán las implicancias del
plan. El proceso de ajuste así implicado es un proceso ficticio que
tiene lugar fuera del tiempo."

La Escuela Austriaca (Menger, von Mises, Hayek, y sus conti-
nuadores modernos, como Lachmann y Kirzner) ofrece una expli-
cación más sólida, en la que el papel de héroe lo desempeña el
empresario más que el rematador. El ajuste no es simultáneo sino
secuencial, y tiene lugar por medio de las acciones de los empre-
sarios para arbitrar, especular o innovar. El énfasis es en la ver-
satilidad y la flexibilidad de los seres humanos más que en los
constreñimientos con los que se enfrentan. Descartando las difi-
cultades de convertir espadas en rejas de arado, o mineros en inge-
neros electrónicos, los representantes de esta escuela tienen una
tendencia a sobre-generalizar la facilidad con la que los comer-
ciantes pueden pasar de comprar a vender, o los financistas, de
una industria a otra. Descartando el concepto de equilibrio estáu-

" Para una descripción crítica de este concepto de ajuste, ver G. Dumenil y D.
Levy, "The Classical and the Neo-Classical: a Rejoinder to Frank Hahn", Cam-
bridge Journal of Economics, vol. 9, n. 4, 1985.

co, que es central para la economía neoclásica, enfatizan la incertidumbre y el cambio. Pero la Escuela Austríaca todavía incorpora la idea de una tendencia hacia el equilibrio producida por empresarios rivales que elevan los precios cuando la demanda es mayor que la oferta, y que los impulsan hacia abajo cuando la oferta es mayor que la demanda. De hecho, en la mayoría de los mercados hay buenas razones para que los precios no se muevan en direcciones que compensen el mercado. Cuando los agentes en un mercado determinado son compradores o vendedores permanentemente, y no ocupantes temporarios de los dos papeles; cuando los vendedores y los compradores estiman la continuidad de sus relaciones con los demás; y cuando la compra es un proceso costoso; para los empresarios podría ser bien racional no reducir los precios cuando cae la demanda, y aún elevar los precios frente a una demanda decreciente.⁵⁵ Pero, como lo admite Lachmann, los economistas austríacos no han sido capaces de dar cuenta de cómo se forman efectivamente los precios, o de discutir la relación entre formadores y tomadores de precios en los mercados. La posibilidad de que la rivalidad entre empresarios pueda producir fallas de ajuste no es considerada.

Ninguna de las dos escuelas considera necesario distinguir al trabajo de los demás factores de producción en el proceso de ajuste. El ajuste conducido por el mercado implica una reducción de la mayor parte de los hombres comprometidos en la producción al *status* de meros factores de producción, que deben ser subordinados a la obtención del producto más rentable. Significa considerar a los hombres en forma instrumental, no como fines en sí mismos. El mercado no me estimula a referirme a los demás como conciudadanos, miembros de la misma comunidad, que poseen una multiplicidad de objetivos al margen de comprar productos, sino sólo como factores en procesos de producción que han producido los

⁵⁵ Para una comparación de los enfoques neoclásico y austríaco, ver D. Lavoie, *Rivalry and Central Planning*, Cambridge, 1985.

⁵⁶ Ver, por ejemplo, A. Okun, *Prices and Quantities: A Macroeconomic Analysis*, Washington, 1981.

bienes que puedo comprar. Soy capaz de comprar estos bienes porque he adquirido poder de compra vendiendo mi fuerza de trabajo como un factor en la producción de bienes para algún otro. A esto se refiere la afirmación de Marx de que en una economía de mercado las relaciones entre los productores toman la forma de una relación social entre cosas, "una relación que existe aparte y por fuera de los productores".

Por supuesto, los hombres se resisten a ser reducidos al mismo *status* que los robots. No se ajustan pasivamente a los cambios en la oferta y la demanda. Tratan de cambiar los parámetros en su favor, de adquirir y ejercer poder de mercado; de estar menos a merced de las fuerzas del mercado. Los que tienen más educación, habilidades, recursos, conexiones y organización, son más exitosos; los que tienen menos soportan lo más arduo del peso del ajuste. Esta resistencia es frecuentemente deplorada por los defensores de la coordinación de mercado, que argumentan que la resistencia misma incrementa los costos del ajuste; y que el costo sería menor si las personas aceptasen sencillamente que no hay alternativa.

Lo irónico es que una economía habitada exclusivamente por agentes pasivos como éstos estaría lejos de ser exitosa. Por ejemplo, los progresos tecnológicos dependen de los intentos de los hombres de cambiar los parámetros, sin aceptar que no hay alternativa; los altos niveles de productividad dependen, aún en la más rutinaria línea de montaje, del ejercicio de la imaginación, la iniciativa y la previsión por parte de los hombres; si es que los estándares de calidad van a estar altos, la gente necesita sentir cierto apego a su ocupación, cierto orgullo y satisfacción por su trabajo. La respuesta de clase a esto es permitir que una parte privilegiada de la fuerza de trabajo —empresarios, ejecutivos, investigadores científicos, profesores universitarios, etc.— ejercite la iniciativa y la imaginación; y obligar a la masa de la fuerza de trabajo a adaptarse pasivamente. Cuando rechazan esa pasividad, la única opción que tienen muchos de ellos en la reformulación del proceso de trabajo es ser obstrutores defensivos del ajuste. La respuesta de clase no es, obviamente, una solución para aquellos que están

genuinamente interesados en la obtención de una sociedad socialista.

Una ironía ulterior es que ninguna economía puede ajustarse únicamente a través de un proceso de ajuste dirigido por el mercado porque hay recursos claves que no pueden ser completamente mercantilizados. Los más importantes son el trabajo y el medio ambiente. Si bien la fuerza de trabajo puede ser comprada y vendida, no es completamente mercantilizable porque no es producida como una mercancía. Si bien los costos y los beneficios económicos juegan un papel central en la decisión de tener hijos, los hijos no son tratados como un recurso económico, a ser descargados si cambia la relación entre costos y beneficios. Las máquinas pueden ser desechadas y las cosechas quemadas si pasan a ser no rentables, pero excepto en casos extremos, una vez que los niños han nacido, serán tratados en gran medida como fines en sí mismos, y no meramente como recursos económicos, y serán criados de la mejor manera posible. Una economía de mercado requiere, en el hogar, de un comportamiento altruista y cooperativo, y de un patrón de asignación de recursos que no está completamente determinado en respuesta a las señales de los precios.¹¹ La respuesta patriarcal es alentar a las mujeres para que se autosacrifiquen en forma altruista por el bien de todo el hogar, proveyendo con su trabajo no pagado un colchón flexible, que a los hombres les permita responder a las señales del mercado. Esta respuesta debe ser rechazada tajantemente por los socialistas, no porque queramos desincentivar las formas de comportamiento cooperativas y altruistas, sino porque las queremos incentivar en condiciones de interdependencia de todas las partes, y no de dependencia de una parte.¹² El proceso de ajuste en una economía de mercado, en la que hay desigualdades sustanciales dentro del proceso de trabajo pago y del hogar, depende, por tanto, de aquellos con gran poder,

¹¹ N. Folbre, "Cleaning House: New Perspectives on Households and Economic Development", *Journal of Development Economics*, vol. 22, 1986.

¹² La útil distinción entre dependencia total y parcial es formulada por Marx en *The German Ideology*, Londres, 1974, pág. 35 (hay traducción castellana, varias ediciones).

capaces de persuadir o coaccionar a aquellos con menos para que sean adaptadores pasivos o altruistas autosacrificadores; la autodefinición que surge de la toma de iniciativas, tan celebrada por la Escuela Austriaca, está reservada a unos pocos.

Las bases micro de los problemas macro

Al margen de los requerimientos de conducta para un ajuste exitoso dirigido por el mercado, están también los problemas de la calidad del producto y de la estabilidad de la secuencia. La toma de decisiones atomizada del mercado permite que se elija entre ajustes alternativos graduales, marginales, pero no entre estados alternativos del mundo; la elección en lo pequeño no suministra la elección en lo grande. Esto es particularmente importante para las cuestiones ambientales. Hirsh da el siguiente ejemplo: "Como el transporte público se deteriora, se nos da un incentivo extra para usar nuestro medio de transporte particular, que a su vez resulta en un deterioro ulterior y en una empeorada posición del transporte público frente al privado. La elección es situada en cada nivel en un proceso dinámico; no hay posibilidad de elección entre los estados al fin del proceso".¹³ La brecha entre la micro-racionalidad y la macro-racionalidad que la toma de decisiones atomizada y secuencial da a conocer tiene implicancias de particular importancia para la estabilidad global de los sistemas de mercado; esto es, para establecer si el proceso de ajuste tenderá a convergir en algún estado de equilibrio o si conducirá a excesos, a booms seguidos de quiebras, al repentino ajuste destructivo a través de las crisis, a períodos prolongados de inflación.

Aún los más ardientes defensores del mercado reconocerían la existencia de problemas como el del ciclo del cerdo.¹⁴ Incluso mu-

¹³ Hirsh, op. cit., pág. 18.

¹⁴ Cuando el precio del tocino está alto, los granjeros crían más cerdos; cuando todos los cerdos están lo suficientemente crecidos para ser vendidos, esto empuja el precio hacia abajo y resulta en una reducción de la cría de cerdos, que a su vez conduce a un alza en los precios del tocino, y así sucesivamente. Nove (op. cit., pág. 210) [pág. 318] reconoce este problema y sugiere que algunos productos agrícolas básicos deberían estar en la lista de los precios sujetos a control.

chios otros reconocerían problemas de inestabilidad en los mercados financieros, que han desempeñado un papel central en la generación de la carga actualmente insostenible e impagable de la deuda del Tercer Mundo, y en el *boom* reciente y la súbita crisis de las bolsas de valores del mundo. Como lo dice un mensaje *post-mortem*, en el Financial Times, "Caídas de precios del 20 por ciento en un día ridiculizan las afirmaciones académicas de que los mercados de valores son 'eficientes'. Esta inestabilidad está estrechamente ligada a los modos en los que un proceso de toma de decisiones secuencial y atomizado trata con la inestabilidad. El problema es que los pasos que da un tomador de decisiones aislado para limitar sus riesgos en un proceso secuencial pueden incrementar el riesgo al que está sujeto el sistema como un todo. Así, las tasas de interés flotantes, los préstamos sindicados y las cláusulas "cross-default", que fueron todos diseñados para reducir los riesgos que debía enfrentar cualquier banco que prestase a gobiernos del Tercer Mundo," incrementaron los riesgos al que estaba sujeto el conjunto del sistema de préstamos bancarios a los gobiernos del Tercer Mundo. De forma similar, la existencia de mercados de valores "líquidos" -en los que es posible hacer transacciones en cualquier momento con poco costo por transacción-, limita los riesgos que enfrentan los inversores individuales, pero incrementa el riesgo al que está sujeta la inversión total. Fue este factor el que condujo a Keynes a describir los mercados de valores como "casinos", y a proponer que deberían ser inaccesibles y caros." Desde que él escribió se han convertido, por supuesto, en mucho más accesibles y baratos, una de las razones por las cuales la velocidad de la caída de los precios en el *crash* del '87 fue mucho más rápida que en el *crash* del '29.

El mismo problema de riesgo sistémico -resultado de los intentos de los atomizados tomadores de decisiones, ligados únicamente

* H. Lever y C. Huhne, *Debt and Danger: The World Financial Crisis*, Harmondsworth, 1985.

" J.M. Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Londres, 1973, pág. 159 (hay traducción castellana en FCE).

te por el nexo monetario, de reducir aisladamente su propio riesgo- es también la fuente fundamental del problema macroeconómico de la deficiencia de la demanda en una economía de mercado. Frente a un futuro incierto, las unidades económicas aisladas intentan mantener flexibilidad por medio de la retención de dinero, que como poder generalizado de compra es mucho más flexible que los bienes y los servicios específicos. Este es el rasgo de una economía monetaria capitalista que Keynes destacó como preferencia por la liquidez. Pero la misma flexibilidad que el dinero, como recurso social, permite a las unidades económicas aisladas, hace también fundamentalmente volátil a una economía compuesta de unidades de este tipo. Gracias a la flexibilidad conferida por la posesión de dinero, las unidades individuales pueden cambiar rápidamente sus planes en respuesta a un simple cambio en el estado de las expectativas. La "confianza" se convierte en un determinante básico del nivel de inversión y de la utilización de la capacidad instalada. Como lo dice Bhaduri: "Paradójicamente, poseer dinero como una opción individual para enfrentarse mejor a la incertidumbre puede fracasar como un recurso social, magnificando las influencias de la incertidumbre en las actividades económicas en curso."²

(Es probable que este aspecto negativo predomine en una economía en la que el dinero no funciona simplemente como un medio de cambio y como depósito de valor, sino también como capital; es decir, como dinero que es poseído para facilitar la adquisición de más dinero, y no de bienes *per se*.) Considérese la forma en que los hogares utilizan el dinero. Cambian un tipo de bienes (digamos, fuerza de trabajo) por otros tipos de bienes (digamos, alimentos y vestido) mediante el cambio de fuerza de trabajo por dinero, y de dinero por alimentos y vestido. La reproducción de esta cadena de compras y ventas depende en cierto grado del estado de las expectativas; el hogar puede demorar la realización de las compras y conservar el dinero, si por ejemplo, espera que caigan

² A. Bhaduri, *Macroeconomics-The Dynamics of Commodity Production*, Londres, 1986, pág. 91.

los precios. Pero el grado en el que un hogar se abstiene de comprar esperando caídas futuras de precios está limitado por el hecho de que las necesidades de alimento y de vestido no pueden ser postergadas más allá de cierto punto. Si la despensa se vacía, la comida debe ser comprada hoy, aún si la próxima semana pueda costar menos.

La situación es distinta para las empresas que están compelidas a hacer de la ganancia su objetivo dominante. No están interesadas (y no pueden estarlo) en los bienes por sí mismos. Para éstas, lo que importa por sobre todo es el dinero que aparece en la última columna de la hoja del balance. (Como se afirma que dijo Henry Ford, él no estaba en el negocio de hacer autos, sino de hacer dinero). Esto puede ser expresado en el concepto marxiano del ciclo del capital dinero, D-C-D', en el que el objetivo no es cambiar un conjunto de bienes por otro, sino una cantidad de dinero por una cantidad mayor de dinero. Es mucho más probable que la reproducción de este ciclo sea interrumpida por la preferencia por la liquidez de lo que lo es la cadena de compras y ventas realizada por los hogares. Si una empresa no confía en la venta de su producto, es más razonable conservar el dinero que usarlo para comprar medios de producción y fuerza de trabajo. No hay límite establecido para su acumulación de efectivo por la necesidad de bienes; las corporaciones no necesitan comer. En dichos casos, el dinero es fetichizado, adquiriendo una vida propia.

Las empresas que buscan rentabilidad pueden atesorar efectivo aún cuando los precios de los insumos estén cayendo; por ejemplo, aún si los trabajadores aceptan recortes salariales, y aún si esto conduce a caídas en los precios de otros insumos. Si la caída en los precios genera expectativas de una caída posterior en los precios, entonces es bien racional continuar conservando dinero y posponiendo el gasto.* No importa, por lo tanto, cuán flexibles sean los precios y cuán rápidamente los mercados tiendan a moverse hacia la compensación; en una economía de mercado no hay ga-

rantía de que la Ley de Say funcione. Hay siempre una posibilidad de demanda deficiente. Mandel tiene toda la razón al insistir en que los problemas macroeconómicos están enraizados en el proceso de mercado.)

(La Respuesta keynesiana: la intervención en los mercados)

(La respuesta keynesiana a la brecha entre la micro-racionalidad y la macro-racionalidad es la intervención del Estado en los mercados como comprador, exactor, y prestador del último recurso para contrarrestar la posibilidad de una demanda deficiente; por ejemplo, proveer más liquidez para compensar un incremento en la preferencia por la liquidez que de otra forma podría conducir a la depresión. Pero hay ciertos problemas inherentes a los procesos de mercado que no pueden ser superados tan sencillamente. La intervención en los mercados cambia los parámetros corrientes que deben enfrentar los constructores de mercado y otros tomadores de decisiones (precios, tasas de interés, tasas de cambio, nivel de la demanda, etc.), pero no las características del proceso de mercado en sí mismo. En especial, no cambia el aislamiento social de los tomadores de decisiones, por lo que subsisten presiones abrumadoras para que cada uno persiga en forma miope sus propios intereses, y para evitar o subvertir los cambios introducidos por las autoridades centrales. La intervención en el mercado tiende a ser ineficaz o extremadamente costosa si los agentes responden únicamente a las fragmentadas ventajas individuales; pero el aislamiento social impuesto por el mercado hace difícil hacer alguna otra cosa. La intervención en los mercados no desarrolla instituciones que faciliten la reflexión colectiva antes de que las unidades individuales tomen decisiones.)

Esto es particularmente evidente en el problema de cómo enfrentar la estanflación en los países industriales avanzados. Los remedios fiscales y monetarios keynesianos convencionales no son

* Ibid, pág. 91.

* Véase Hirsch, op. cit., cap. 9.

capaces de enfrentar una situación en la que los precios y los salarios están en alza mientras que el *output* y el empleo están cayendo. Esto ha abierto el camino para que las políticas "monetaristas" enfrenten el problema mediante una combinación de deflación e intentos de hacer a los mercados más "competitivos", en el sentido de mercados más parecidos a la teoría walrasiana y austríaca, con precios en baja cuando cae la demanda. Estas políticas imponen costos enormes en términos de desempleo y de recursos derrochados, y son en definitiva contraproducentes. Muchos mercados no se comportan como los de las teorías walrasiana y austríaca, no por ausencia de competencia, sino precisamente por la existencia de competencia. Una exposición accesible de este punto es brindada por Okun, que concluye que: "...el funcionamiento adecuado de los mercados de consumo y de los mercados de trabajo de los profesionales requiere de un claro abandono de la flexibilidad de precios del modelo competitivo. Los consumidores y los proveedores, los empleados y las firmas, desarrollan métodos de reducción de las variaciones de precios que ayudan a perpetuar las relaciones y minimizan en el largo plazo los costos de transacción."⁶ Al nivel micro hay buenas razones para que las firmas eleven los salarios y conviertan los incrementos de costos en incrementos de precios mientras reducen el *output* y el empleo. Haciéndolo, pueden estar mejor capacitadas para mantener la cooperación y la lealtad de sus clientes y de su fuerza de trabajo que por medio de recortes en los salarios y en los precios.

La conclusión política comúnmente extraída de este tipo de razonamientos es la necesidad de suplementar la política monetaria y fiscal keynesiana por algún tipo de política de ingresos que impedirá que las firmas eleven los salarios, y entonces haga posible para las políticas keynesiana convencionales, el mantener un nivel de demanda más elevado sin meterse en el problema de la in-

⁶ Okun, op. cit., pág. 342. Hay una creciente bibliografía sobre las bases micro de los problemas macroeconómicos, que examina cómo los problemas del tipo de la estancflación derivan de la naturaleza de los procesos de mercado. Véase, por ejemplo, S. Fisher, "Recent Developments in Macroeconomics", *Economic Journal*, vol. 98, n. 391, Junio 1988.

flación. Sin embargo, si no hay ningún mecanismo complementario que contenga los precios, esto penaliza a los hogares en relación a las empresas. Reconociendo esto, ciertos defensores de las políticas de ingreso también defienden los controles de precios. Pero si el proceso de establecimiento de los precios se deja en manos de las empresas, existe un desequilibrio fundamental: los hogares no pueden seguir la formación de precios de un modo que les permita establecer controles sobre las empresas del mismo modo en que las empresas pueden seguir la formación de los salarios y establecer un programa de control salarial sobre los trabajadores.⁷ Más aún, el vital conocimiento de los costos unitarios y de los márgenes de ganancia permanece en manos de las empresas, y sin éste las Comisiones de Precios no tienen poder, por lo que la implementación de las líneas directrices de precios no puede ser efectivamente monitoreada. Este desequilibrio sólo puede ser superado por la socialización del proceso de formación de precios, haciéndolo transparente a los hogares, haciendo pública la información sobre los costos unitarios y los márgenes de ganancia. Las empresas capitalistas siempre lo resistirán, pues el secreto les da una ventaja competitiva y la propiedad privada otorga el derecho a conservar información. Las empresas estatales, si están dedicadas a centralizar sus esfuerzos en la maximización de sus excedentes y a relacionarse con otras empresas y con los hogares básicamente a través del mercado, también resistirán esta apertura. No es sorprendente que la formación de precios sea un asunto tan explosivo en la mercantilización del socialismo.

Por lo tanto, no se puede confiar en que las políticas keynesianas de intervención en los mercados, de suplemento de las políticas monetarias y fiscales por políticas de ingresos y de precios dirigidos, superen los problemas macroeconómicos que están imbricados en los procesos de mercado. No tiene sentido decir que usaremos el mercado para resolver los problemas de asignación microeconómica y que usaremos las políticas keynesianas para su-

⁷ Okun, op. cit., pág. 344-46.

74

perar los problemas macroeconómicos, porque los dos tipos de problemas están ligados íntimamente. (El mercado, como institución, tenderá a minar la implementación exitosa de las políticas keynesianas.)

"No hay Tercer Camino"

(Nove reconoce muchas de estas desventajas del mercado, pero está convencido de que debemos aceptarlas porque el mercado es la única alternativa a la burocracia.) La coordinación sólo puede tener lugar a través de un nexo monetario o de un nexo reglado, o de alguna combinación de los dos. Sin embargo, muchas personas han argumentado que existe otro tipo de nexo, y que juega un papel vital en la coordinación económica. Dietrich[•], por ejemplo, rechazando la dicotomía plan/mercado, afirma que tanto los mecanismos de planificación como los mecanismos de precios requieren para su funcionamiento de un tercer tipo de nexo, que llama "relaciones informales". Sugiere que ningún tipo de sistema de planificación, ya sea en el sector público o en el privado, puede depender únicamente de sus procedimientos codificados. La racionalidad limitada de los tomadores de decisiones significa que las relaciones informales entre ellos son necesarias para que el sistema funcione: en apoyo de esto, cita estudios de las operaciones de corporaciones internacionales y de sistemas administrativos. De forma similar, al interior de los mercados el nexo mercantil es suplementado por relaciones informales, y la razón fundamental para esto es que las decisiones independientes no conducen necesariamente a resultados óptimos cuando las unidades son interdependientes. Okun[•] se refiere a estas relaciones informales como a un "apretón de manos invisible", en contraste a la "mano invisible" del mercado. Este "apretón de manos invisible" es visto como

• M. Dietrich, "Organisational Requirements of a Socialist Economy: Theoretical and Practical Suggestions", *Cambridge Journal of Economics*, vol 10, n 4, 1986.

• Okun, op. cit., pág 89.

un contrato implícito o como un compromiso moral que ayuda a cementar la continuidad en las relaciones entre compradores y vendedores. Rescatando un libro de historia del comercio, Hannah escribe: "Gran parte de los desarrollos actuales en el análisis del éxito económico indican que ni la "mano invisible" del mercado de Adam Smith, ni la "mano visible" de la jerarquía burocrática de Alfred Chandler pueden explicarlo. Mas bien, una "tercera mano" de redes y de interrelaciones -algunas veces basadas solamente en la confianza y la reciprocidad, y algunas veces en tejidos de conexiones más fácilmente observadas y medidas- se constituye en un componente importante".[•] (Gran parte de la bibliografía sobre el éxito económico de Japón, Corea del Sur y Taiwan enfatiza lo mismo: un nexo de confianza, buena voluntad y reciprocidad ha desempeñado un papel vital en el desarrollo económico nacional.)

La Tercera Vía de Mandel

(Mandel también se refiere a un nexo de este tipo: lo llama "cooperación objetiva informal", y enfatiza, en forma similar a Okun, el valor de la continuidad en las relaciones entre comprador-vendedor.[•] De todas formas, Mandel va más allá del simple registro de la existencia de este tercer nexo: argumenta que está reemplazando el nexo mercantil y haciendo a los precios económicamente irrelevantes. Argumentaré que esto no es así, pero comparto con Mandel, y con los mencionados más arriba, la idea de que hay un tercer tipo de nexo coordinador. El problema no es la ausencia de un tercer camino; el problema es cómo institucionalizarlo; y cómo asegurar que la cooperación sea brindada libremente, un producto genuino de la confianza y de la buena voluntad. En las economías capitalistas, "el apretón de manos invisible" puede frecuentemente ser una designación errónea para una "torcedura de brazo invisible".)

• L. Hannah, "Fully Interlocking", *Times Literary Supplement*, 28 de julio de 1985.

• Ver, por ejemplo, R. Dore, "Goodwill and the Spirit of Market Capitalism", *British Journal of Sociology*, vol 34 n. 4, 1983.

• Mandel, "En Defensa de la Planificación Socialista", incluido en la presente edición, pp. 48-49.

Mandel ve los problemas del mecanismo de mercado como consecuencia del hecho de que no puede generar *ex ante* un equilibrio de oferta y demanda, antes de que los recursos sean destinados efectivamente a la producción. Considera esencial que el equilibrio de las preferencias del consumidor y de la asignación de recursos ocurra antes de que comience la producción. Lo valioso de la planificación, desde su punto de vista, es que puede lograr este objetivo, de forma tal que no ocurran los desajustes entre oferta y demanda. El sistema de planificación desempeñaría, en efecto, el mismo papel que el rematador walrasiano. Como muchos otros economistas socialistas, Mandel está aceptando implícitamente el estándar neoclásico del equilibrio general como el objetivo con el que juzgar una economía socialista.¹²

Es este modo de formular el objetivo el que genera los enormes requerimientos de información y la gran centralización de la toma de decisiones que han figurado extensamente en la crítica de la planificación socialista.¹³ Una propuesta de "equilibrio *ex ante*" para alcanzar el objetivo de coordinar una economía socialista significa que la información acerca de las posibilidades de producción y la demanda de bienes de todo tipo tiene que ser reunida y procesada en un corto período de preparación del plan, antes de que los recursos sean asignados y la producción tenga lugar. Este problema del procesamiento simultáneo de grandes cantidades de información está en el centro de la afirmación de que la existencia de computadoras no disminuye el problema de la información.

Una ventaja de los sistemas de mercado, comparados con la planificación central, no es tanto que generan información a bajo costo, sino que permiten una autonomía relativa de las decisiones, de modo tal que sólo una fracción de la información acerca de las posibilidades de producción y las necesidades de la demanda necesita ser procesada en un momento determinado y en un lugar determinado.

¹² Este paralelo entre la economía neoclásica y la economía de muchos marxistas ortodoxos ha sido señalada por Geoff Hodgson, op. cit., 1984, pág. 158.

¹³ Ver, por ejemplo, Lavoie, op. cit.

Dado este objetivo, el principal interés de Mandel es disminuir la burocracia y la asignación de recursos descentralizada. Esto se haría de dos formas. La responsabilidad por la determinación del esquema del plan —la proporción del PBI a destinar a cada uno de los veinte o treinta sectores clave de la economía, la tasa de crecimiento, el volumen de recursos para los sectores "no esenciales", las diferencias de ingreso, etc.— descansaría en los congresos anuales de delegados de trabajadores y concejos populares. Los planificadores serían requeridos para trazar un plan más detallado basado en este esquema, utilizando tablas de input-output que indiquen los recursos disponibles para cada una de las ramas de la producción. Entonces la asignación de recursos al interior de cada rama de producción sería asumida por cuerpos autogestionarios, como por ejemplo congresos de concejos obreros de esa industria. El pormenorizado plan de producción surgiría de consultas previas entre los concejos de trabajadores y los representantes de los consumidores, elegidos democráticamente por el conjunto de los ciudadanos. La burocracia central de la administración de cada sector de la producción sería, en gran parte, eliminada.

El papel del dinero y de la compra y la venta sería reducido a un mínimo; el objetivo de Mandel es una extinción del dinero y de la compra y la venta. Esto se lograría mediante la distribución directa y gratuita de los bienes necesarios para satisfacer las necesidades básicas: "será ciertamente posible reducir el papel de la moneda en la economía en su conjunto, ya que los bienes y servicios sin precio son cada vez más numerosos que los bienes y servicios comprados".¹⁴ Así, la alternativa de Mandel no contempla distintos procesos de determinación de los precios, sino la abolición de éstos. Haciéndose eco de Engels, escribe que "el modo más simple de adaptar los recursos materiales a las necesidades sociales —así como el más democrático— no es interponer el *medium* dinero entre los dos, sino descubrir las necesidades de la gente preguntándoles, sencillamente, cuáles son éstas."¹⁵

¹⁴ Mandel, op. cit., pág. 39.

¹⁵ Ibid., pág. 39.

[Sin embargo, si los precios son abolidos efectivamente, será imposible llevar adelante la primera etapa de determinación del esquema del plan. Las divisiones del PBI sólo son posibles como punto de partida si hay alguna forma de agregar los recursos en una medida única. El PBI se calcula de hecho por medio de los precios. Mandel no aclara si él admitiría precios "indicativos" para ser utilizados con este propósito; pero su punto de partida sin duda requiere del uso de algún tipo de precios.]

La planificación es realizada, en cierto grado, por los hogares: "diferentes modelos —por ejemplo, distintos estilos de zapatos— les serían presentados, los que los consumidores podrían probar, criticar y reemplazar por otros. Salas de exhibición y formularios publicitarios serían los instrumentos principales de esa prueba. Estos últimos podrían cumplir un papel como mecanismo de "referéndum": un consumidor, teniendo el derecho de recibir seis pares de zapatos al año, podría elegir seis modelos de las cien o doscientas opciones contenidas en el formulario. La combinación de modelos sería entonces determinada por el resultado del referéndum, reflejándose las críticas de los consumidores con mecanismos correctivos de post producción."¹⁴⁸

Sin duda, en esta sociedad los hogares tendrán que realizar una gran tarea de planificación con vistas al futuro, y no está claro como enfrentarían las necesidades no previstas. Una vez que sus *ltems* básicos han sido ordenados para el período del plan. ¿qué sucede si el tamaño y la composición de los hogares cambia inesperadamente (por ejemplo, por nacimientos y muertes), o si cambian las necesidades a causa de la enfermedad o por un cambio de trabajo o de residencia? Mandel tampoco aclara cuáles serían los "mecanismos correctivos" y cómo operarían. Esto está en relación con el sesgo productivista de su visión. Mandel está más preocupado con lo que llama el "despotismo" de los consumidores sobre los productores que con la necesidad de asegurar que la producción genere eficientemente, en los tiempos adecuados, la combinación apropiada de bienes y servicios de calidad. Desde su pers-

¹⁴⁸ Ibid, págs. 56-57.

77

pectiva, "los ciudadanos comunes de un país industrial avanzado no son solamente, ni centralmente (...) consumidores. Antes que nada son productores. Todavía ocupan un promedio de al menos nueve o diez horas diarias, cinco días a la semana, trabajando o viajando hacia y desde el trabajo. Si la mayor parte de la gente duerme ocho horas diarias, esto deja seis horas para el consumo, la recreación, el reposo, las relaciones sexuales y la vida social."¹⁴⁹ Es obvio, a partir de esto, que el "ciudadano común" de Mandel es de hecho un varón adulto; no hay mención de trabajo no pagado en el hogar, ni concepción del consumo como requiriendo de un proceso de producción por parte del hogar. Aún para el varón adulto, el razonamiento de Mandel es hueco: para un hombre que trabaja en una fábrica de autos y cuyo auto se rompe por defectos de fabricación, es poco consuelo decirle que primero y principalmente él es un productor de autos y no un consumidor. El problema es que Mandel tiene la misma visión del consumo —como algo realizado por "el consumidor"—, que tiene el ejecutivo de publicidad. Todos somos usuarios de productos y servicios; la mayor parte de nosotros (salvo cuando somos niños o estamos enfermos) también somos sus productores. La tensión inevitable entre nuestras necesidades como usuarios y nuestras necesidades como productores no puede ser resuelta afirmando que somos "antes que nada" productores. Más aún, ni siquiera es cierto que todos nos pensemos "antes que nada" como productores: muchas mujeres se ven a sí mismas como mujeres y madres con responsabilidades de amas de casa así como también se ven como trabajadoras, y *muchas* mujeres de ninguna manera forman parte de la fuerza de trabajo paga por períodos significativos de su vida adulta. En el contexto de una muy desigual distribución de las tareas hogareñas entre hombres y mujeres, las fallas da parte de las unidades de producción en la provisión de bienes de calidad adecuada crea cargas adicionales para éstas. Los efectos adversos que Mandel ve surgir de la "libertad del consumidor", como el desempleo, los aumentos de producción sin aumentos de salarios, los problemas de salud,

¹⁴⁹ Ibid, pág. 45.

"la disciplina autoritaria de los grupos de trabajo", no surgen *per se* de la elección del consumidor, sino que dependen de las condiciones generales en las que la elección es ejercida.

No es claro cómo decidiría el congreso de consejos obreros de cada industria la asignación de recursos entre empresas. Estos congresos deberían estar obligados a realizar una tarea similar a la que la burocracia ha realizado en la URSS, y enfrentaría casi los mismos problemas. Mandel tiende a pasar por encima estos problemas mediante su invocación a "cuerpos autogestionarios"; por ejemplo, su afirmación de que una "fuerza de trabajo autogestionaria no *tendría* interés en esconder estos datos". Pero una unidad autogestionaria particular *tendría* interés en ocultarle la información al congreso de consejos obreros si gracias a esto pudiese obtener una carga de trabajo reducida o un incremento en la asignación de *input*. La autogestión significaría que toda la fuerza de trabajo de una empresa, y no solamente sus ejecutivos, *tenderían* a obtener ventajas de la desinformación. La autogestión, en sí misma, no superaría las divisiones entre distintos grupos autogestionarios. Mandel discute muy poco el modo en que estarían organizados los cuerpos autogestionarios: la "autogestión" funciona más bien como un *deus ex machina* para desplazar a la "burocracia".

Una economía de repetición

Los objetivos del "autogobierno conjunto de los trabajadores" están sobresimplificados porque en la economía de Mandel hay poco espacio para lo inesperado. El énfasis se carga sobre los procesos rutinizados, casi automáticos: "Así es como actualmente se llevan a cabo la mayor parte de los asuntos económicos en los países capitalistas —y en los "socialistas"—: basados en el hábito, la costumbre, la rutina y la cooperación natural que surge del conocimiento mutuo y los resultados previsibles."⁷⁸ Esta hipótesis de una economía de repetición prácticamente disuelve el problema de la coordinación. Es una hipótesis clave para sustentar el énfasis

⁷⁸ Ibid. pág. 49.

de Mandel en el logro de un equilibrio *ex ante*, y su creencia en que el dinero y los precios pueden y deben ser eliminados de todo papel importante en el proceso de coordinación económica. (La hipótesis de una economía que no requiere procesos de ajuste está apuntalada por una visión sobresimplificada de las necesidades.) Mandel pasa de la visión ampliamente aceptada de que hay una jerarquía de necesidades a la hipótesis de que el conjunto de bienes que satisface las necesidades de la población puede ser conocido por adelantado por los planificadores, y que es independiente de los precios. (Pero que las necesidades de alimento, bebida, vestido y reparo sean fundamentales no nos dice qué tipos de alimentos, bebidas, vestidos y reparo desea la gente. Mandel piensa que para esta especificación podemos confiar en la extrapolación de los patrones de ventas de alimento, bebida, vestidos y reparo vigentes. Pero estos patrones están determinados por los precios relativos y por la distribución del ingreso (y por las relaciones de poder que los subyacen), así como por las necesidades. Con precios relativos y con una distribución del ingreso modificados el patrón de consumo puede cambiar considerablemente.) La gente no decide cuánto comprar, siquiera de pan, independientemente de su precio. Mandel considera que los precios no son importantes en la determinación de lo que la gente compra porque no comprende la importancia de los mercados de "precios fijos", y del fracaso de los consumidores para responder a pequeños cambios de precios. Estos fenómenos no significan que la asignación de recursos no está dirigida por los precios; más bien significan que las firmas comparan los costos de realizar frecuentes cambios de precios con los beneficios, y sólo cambian las listas de precios cuando los costos de producción se mueven más allá de un cierto límite; los precios que modifican están constreñidos por la demanda de los consumidores. De forma similar, los consumidores comparan los costos y los beneficios de la búsqueda de bienes más baratos. Como consecuencia de los costos de transacción en condiciones de escasa información, y como consecuencia de que los compradores y los vendedores valoran la continuidad, en muchos mercados los pre-

cios no son completamente flexibles, y la producción se guía a corto plazo por señales cuantitativas. Pero esto no significa que los precios son redundantes. Porque los precios son un importante determinante de la rentabilidad; y la rentabilidad orienta las decisiones de inversión. Aún en el corto plazo, los fenómenos que Mandel señala son indicadores, no de que los precios no importan, sino de que, para la mayor parte de las transacciones, lo que importa son los precios *promedio*. Si una empresa tratase de incrementar sus beneficios aumentando sus precios por encima del promedio, pronto perdería clientes. Quedándose con su hipótesis de una economía estática, Mandel asume implícitamente la estabilidad de los promedios de los precios relativos, excepto en condiciones de catástrofe económica. Esto ignora los efectos del cambio tecnológico: treinta años atrás, en Europa, el precio relativo de los aparatos de televisión era alto, y eran artículos de lujo. En términos relativos, su precio es hoy mucho más bajo; y un aparato de televisión es ampliamente considerado como una necesidad básica, tanto para el sentido común como para las mediciones de pobreza utilizadas por los investigadores sociales.

Mandel afirma que "es mucho menos costoso y más razonable satisfacer las necesidades básicas a través de la distribución -o redistribución- de los recursos totales disponibles para ello, y no a través del camino indirecto de la asignación a través del dinero en el mercado." Pero es notorio que todos sus ejemplos sean de circunstancias extremas -el Chile de Pinochet, la hambruna en el Sahara, las epidemias en Bangladesh-. Sin duda, todos estaríamos de acuerdo en que la política más efectiva en esas circunstancias es la distribución directa de alimento sin cargo. Pero, las medidas requeridas para la asistencia en caso de desastre, en situaciones de gran desigualdad de distribución del ingreso y de propiedad privada de los recursos básicos, ¿son realmente las mismas que aquellas requeridas para conducir una economía socialista, en la que los recursos básicos están poseídos socialmente, y la distribución del ingreso es relativamente igualitaria? Mandel no acierta a dis-

⁷⁹ Ibid. pág. 43.

tinguir entre los efectos del capitalismo y los efectos del mecanismo de precios.

En ciertos casos se puede realizar la distribución gratuita de ciertos bienes -por ejemplo, salud y educación-, pero esto es consecuencia de ciertas características particulares de estos bienes. No es el hecho de que satisfagan necesidades básicas lo que es importante, sino determinadas interdependencias particulares en su producción y en su uso. Mandel no se apoya en estos argumentos: más bien, la eliminación de los precios y del dinero es vista como deseable en sí misma.

Esto conduce a ciertas propuestas extrañas; como la de que un dividendo social debería tomar la forma de "una extensión específica de las vacaciones gratuitas y los viajes para todos (si esta fuese la opción mayoritaria)." Esto no es un gran dividendo para la minoría que prefiere quedarse en casa. ¿Por qué no un dividendo social en forma de dinero, para que cada uno pueda gastarlo de acuerdo a sus propias preferencias?

(El punto crucial acerca del dinero y los precios es que nos permiten considerar alternativas, desde decidir qué porcentaje del producto nacional dedicar a los servicios de salud, a decidir qué bienes adquirir para satisfacer nuestras necesidades individuales. Los precios no son la única parte de la información que se requiere para hacer elecciones entre alternativas, pero son una parte indispensable para ello.)

La aversión de Mandel hacia los precios y el dinero surge quizás de la creencia de que el dinero y los precios son, en cierto sentido, formas irredimiblemente capitalistas. Esta es, en efecto, la perspectiva de los austriacos, y es la base de su creencia en la imposibilidad de una economía socialista de buen funcionamiento. El punto de vista expresado por Lavoie de que "el precio es un reflejo de lo que para Marx es una contradicción del capitalismo. Es la guía organizadora y racionalizadora de las decisiones de producción, y, al mismo tiempo, un reflejo de las antagónicas relaciones sociales entre compradores y vendedores", sería probablen-

⁸⁰ Ibid. pág. 68.

te compartido por Mandel, y otros marxistas anti-precios. Pero la conclusión que yo saco no es que los precios y el socialismo sean incompatibles, sino que la relación social entre compradores y vendedores debe ser cambiada para que no sean antagonistas: el proceso de formación de precios debe ser un proceso público, y no uno controlado por las empresas; y la información no debe estar subordinada al mercado, sino que debe ser compartida, con el nexo de la confianza, la reciprocidad y la buena voluntad estableciendo los límites dentro de los cuales éste opera.

2. SOCIALIZANDO EL MERCADO

Es mucho más fácil criticar las ideas de los demás que producir una alternativa viable. La segunda parte de este ensayo será, en líneas generales, mucho más tentativa que la primera, y será ciertamente más corta. En esta exploración de una alternativa -tanto a la economía dual de Nove como a la economía sin precios de Mandel-, tengo confianza en mi punto de partida, pero muchos de los aspectos representan el estado actual de mi pensamiento antes que convicciones inquebrantables. Mis ideas han sufrido modificaciones considerables desde el primer bosquejo, y sin duda aún pasarán por más cambios."

La producción y reproducción de la fuerza de trabajo

Gran parte del debate sobre la organización económica socialista comienza por las formas de propiedad de las empresas, pero la propiedad sólo es importante en la medida en que tiene efectos sobre las condiciones de producción y reproducción de la fuerza de trabajo. En una economía capitalista, la fuerza de trabajo está separada de los medios de subsistencia, y el proceso de producción y reproducción de la fuerza de trabajo es una variable dependiente, determinada por el proceso de acumulación. El antagonismo

" Mi reelaboración debe mucho a comentarios de Michael Barrat Brown.

fundamental entre comprador y vendedor es entre los hogares, como vendedores de fuerza de trabajo, y las empresas, como compradoras de fuerza de trabajo. Esto tiene que ser cambiado para que el proceso de producción y reproducción de la fuerza de trabajo sea la variable independiente, a la que se subordine el proceso de acumulación.

Para poder lograrlo, los hogares necesitan tener acceso a un ingreso básico sin ser forzados a vender fuerza de trabajo a empresas externas, aún cuando estas sean de propiedad pública. Su supervivencia, en un nivel básico pero decente, debería estar libremente garantizado. Sólo entonces son capaces de una verdadera elección acerca de la venta de su fuerza de trabajo a las empresas, y no están impelidas a venderla por necesidad. La forma precisa por la que esto se puede lograr depende de la estructura de la economía y del nivel de desarrollo: no será igual para una economía agraria pobre que para una economía industrializada más rica. En todos los casos, es probable que sea adecuada la provisión pública, colectiva y libre de costos, de salud, educación, agua y servicios sanitarios. En una economía agraria pobre, es probable que el acceso de los hogares a la tierra sea un factor clave; en una economía industrializada más rica, la provisión colectiva pública de un ingreso en dinero es más apropiada. Siguiendo el ejemplo de Nove y Mandel, me concentraré en ejemplos más detallados en el caso de una economía industrializada más rica, pero trataré de formular las ideas básicas para que sean aplicables a todo tipo de economías.

En una economía industrial, las bases para que los hogares tengan elección y libertad tendrían dos formas: la provisión libre de gastos de los servicios básicos, como la salud y la educación, el agua y los servicios sanitarios; y la provisión, a todo ciudadano y por derecho propio, de un ingreso monetario mínimo para cubrir la compra de suficiente comida, vestido, abrigo y bienes para el hogar para un estándar básico de vida (¿lentejas, en vez de carne vacuna? ¿jeans de producción masiva, en vez de hechos a medida? ¿alfombras de esterilla, en vez de alfombras de lana pura?).

La razón para la provisión gratuita de servicios como la salud y la educación surge de las características particulares de estos servicios (interdependencias y externalidades), no de que sean "básicos". En ámbitos similares podría argumentarse en favor de la provisión gratis de otros servicios, como el transporte urbano. Pero desde el momento en que prácticamente todos los socialistas están de acuerdo en estos puntos, no los exploraré más detalladamente. Sin embargo, agregaré a la lista el acceso libre a las redes de información: imprenta, teléfonos, fotocopadoras, máquinas de fax, computadoras, etc. Como se hará evidente más adelante, el acceso igualitario y sin trabas a la información es una condición necesaria para la socialización del mercado. El uso colectivo y la circulación de la información son esenciales para el desarrollo de las relaciones de buena voluntad, confianza y reciprocidad. Esto no implica equipar a cada hogar con su propia computadora personal, con *modem*, teléfono y pantalla satelital; pero implica asegurar que cada hogar tenga acceso a dicho equipamiento, del mismo modo que a las escuelas y los hospitales.

Estos servicios provistos gratuitamente deberán estar organizados de modo que responda a las necesidades de los hogares, y no simplemente a las necesidades de sus productores. Esto requeriría la delegación a los hogares —representados a través de organizaciones de usuarios—, de distintas formas de responsabilidad. Estas formas de responsabilidad existen de modo muy embrionario en algunos países europeos occidentales (por ejemplo, los Community Health Councils en Gran Bretaña) [Concejos Comunales de Salud], pero carecen de poder efectivo.

Por todas las razones expuestas en la discusión de las propuestas de Mandel, los demás elementos de ingreso básico no serán provistos gratuitamente, pero serán provistos en forma de una suma de dinero. Hay una creciente bibliografía sobre el lugar de las transferencias universales aseguradas en la construcción del socialismo², que no comentaré aquí en detalle. Una pregunta es obvia:

² Ver, por ejemplo, los artículos de van der Veen y Parix; Olin Wright; Novt, y Elster en *Theory and Society*, vol. 15 n. 5, 1986 (trad. cast.: *Zona abierta*, 46-47, en jan. 1988); y también, D. Purdy, *The Theory of Wages*, Londres, 1988.

si todos obtienen un ingreso asegurado que los libra de la necesidad de vender su fuerza de trabajo a las empresas, ¿qué es lo que asegurará que los bienes con los que gastar el ingreso asegurado serán producidos? Una respuesta es que la mayor parte de la población querrá comprar más de lo que lo asegurado permite. (algunas veces, carne vacuna y vino en vez de lentejas y agua), y entonces estará feliz de vender su fuerza de trabajo para adquirir un ingreso mayor. Otra respuesta es que la población usará el dinero para comprar sus propios medios de producción y para establecer empresas domésticas o para asociarse con otros hogares para formar cooperativas. Una respuesta más es que la población tendrá el espíritu cívico suficiente como para advertir que deben contribuir a la producción si es que el ingreso asegurado va a tener algún poder de compra real; pero esto está abierto a la objeción del "francotirador" de que algunas personas tendrán espíritu cívico y otras no. Evidentemente, depende en gran medida del contexto en el que se da este ingreso asegurado: desde mi punto de vista, la defensa de las transferencias aseguradas como una parte importante de una economía socialista no da lugar para el reemplazo del Estado de bienestar del capitalismo, incluyendo —en el marco del capitalismo benefactor—, a la legislación para proteger los derechos de los empleados.³ Las transferencias universales tienen que ser tomadas como parte de un conjunto de acuerdos sociales, de los que la abolición del capital es una precondition vital.

Tengo una sugerencia para enfrentar el problema del "francotirador", que también tiene la ventaja de contribuir a la socialización del trabajo no pagado necesario para la producción y reproducción de la fuerza de trabajo. La sugerencia es que junto al derecho al ingreso asegurado esté la obligación, por parte de los adultos aptos, de tomar a su cargo cierto trabajo doméstico no pagado, de cuidado y atención de aquellos que no son capaces de cuidarse por sí mismos. Las personas que ya tienen a cargo a un joven o a un anciano, o a un enfermo o a un minusválido, serían eximidas. Todos los demás tendrían que tomar a su cargo algún ti-

³ Ver el debate en *Theory and Society*, op. cit.

po de trabajo comunitario no pago; por ejemplo, cuidar de un niño minusválido en los momentos en los que quien lo cuida está realizando otra actividad -descanso o trabajo. La socialización del cuidado del hogar y de otras tareas domésticas no pagas ha sido siempre el objetivo de las feministas socialistas. Pero tal vez ha habido una tendencia a ver esto en términos de sacar estas actividades fuera del hogar -guarderías infantiles, geriátricos, clínicas psiquiátricas, comedores comunales y lavanderías. Estas medidas tienen un papel que desempeñar, pero son portadoras de una visión negativa de los beneficios de la privacidad personal, del ambiente propio, de la atención de la comunidad. Antes que intentar reducir el ámbito de vida dentro del hogar, yo sugeriría intentar obtener el reconocimiento social de los beneficios de trabajar cuidando personas en el hogar. La medida que propongo también puede ser usada para transformar, en esta tarea, la división sexual del trabajo. Los hombres pueden ser capacitados para adquirir más habilidades para el cuidado que las que las mujeres habitualmente ejercen. El hecho de que todos los ciudadanos, incluyendo a los niños, obtendrían ciertas transferencias aseguradas por derecho propio, contribuiría también a debilitar la dependencia de las mujeres y de los niños frente a los hombres.

Otra preocupación se refiere al verdadero poder de compra de la transferencia asegurada. El estándar de vida efectivo que dicha transferencia puede asegurar depende de los precios, y será erosionado por la inflación. En consecuencia, el valor de un ingreso monetario, a diferencia de uno en especie, depende en gran medida del proceso por el cual se establecen los precios. Hay entonces una relación directa entre la dependencia de transferencias aseguradas en dinero -preferibles a lo que Mandel llama "distribución directa" de bienes básicos- y la socialización del mecanismo de mercado.

La mayoría de los hogares no será solamente compradora, también será vendedora, por lo menos en cierta etapa de su ciclo vital. Algunos elegirán establecer empresas domésticas, o asociarse con otros hogares para formar cooperativas de propiedad de los miembros del hogar, y serán vendedores de sus productos. Es probable

que estas actividades sean de pequeña escala. Es probable que la mayoría de los hogares tenga miembros empleados que, en alguna etapa de su ciclo de vida, venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario en empresas de propiedad pública de mayor escala. La eliminación de la necesidad de hacerlo elimina la causa básica del antagonismo entre compradores y vendedores de fuerza de trabajo. Pero, sin embargo, todavía quedan cuestiones vitales, acerca de la organización del trabajo dentro de las empresas, de la reasignación de trabajo cuando cambian las condiciones económicas y de la determinación de los salarios. Hacer de la fuerza de trabajo la variable independiente significa que la fuerza de trabajo no debe ser tratada simplemente como un recurso equivalente a las máquinas y las materias primas, aún cuando en los libros de contabilidad de la empresa ambos se representan como sumas de dinero.

Empresas públicas dirigidas por los trabajadores

Esto significa que las empresas públicas deberían estar dirigidas por trabajadores; que debería haber un "derecho al trabajo" para los que son empleados de las empresas públicas; y que los salarios básicos deberían estar determinados a través de un mercado de trabajo "socializado". Autogestión de los trabajadores significa que los costos laborales totales no serán tratados simplemente como un costo a ser minimizado. Esto puede conducir a temores por la "ineficiencia" y la ausencia de innovación. Pero no hay razón por la cual una empresa no debería dedicarse a reducir los costos laborales por unidad de producto a través de una mejor organización de la producción, transformando ciertas ganancias por productividad en tiempo libre o en ingreso extra. Lo que una empresa gestionada por trabajadores estará mejor preparada para resistir son los intentos de reducir los costos laborales por unidad de producto a través de un incremento en la intensidad del trabajo, a través de recortes en los gastos en salud y en seguridad, y a través del desempleo. Estas últimas tres medidas pueden dar la impresión de mejorar la eficiencia según lo indicado por la rentabilidad, pero

es una eficiencia parcial, que, mientras que puede mejorar la satisfacción de las necesidades de los hogares como compradores, empeora la satisfacción de las necesidades de los hogares como vendedores de fuerza de trabajo.

En las empresas públicas dirigidas por trabajadores, éstos no tendrían el mismo grado de control que en las cooperativas, ya que habría ciertas restricciones sobre la disposición y utilización de los bienes. En las economías centralmente planificadas, dichas restricciones han sido reforzadas por una formidable burocracia central de ministerios de los distintos sectores industriales. Los lectores de la NLR no necesitan ser convencidos de que esto tiene que desaparecer. Propongo que haya, en cambio, un Regulador de Empresas Públicas cuya función no sea la de establecer objetivos de producción y asignar inputs a las empresas públicas, sino la de reforzar ciertas normas democráticamente acordadas para la utilización de los bienes públicos; para prevenir, por ejemplo, que los empleados de una empresa pública se apropien sus bienes para sí mismos o para sus asociados. El Regulador de Empresas Públicas ejercería derechos de propiedad sobre las empresas en nombre de la comunidad, mientras que los empleados de las empresas estarían limitados a hacer uso de los derechos. No habría competencia en el mercado de capitales, ni bancarrotas. La reconstrucción de las empresas sería responsabilidad del Regulador. A cambio de esta limitación de sus derechos, los empleados de las empresas públicas no recibirían una fracción de los excedentes de la empresa, sino que recibirían una parte considerable de sus ingresos en forma de un salario fijo, pero podría haber bonos de productividad fluctuante, ligados al rendimiento individual, del equipo o de la empresa. Con la excepción de aquellas que provean servicios gratis, las empresas comprarían sus materiales y equipo y venderían sus productos en mercados "socializados". Tendrían que operar en el marco de estrictas regulaciones de medio ambiente, de salud, seguridad y de protección al consumidor, reforzadas mediante severas inspecciones. Excepto para aquellas que provean servicios gratis—las que serían financiadas impositivamente—se espera que, en general, sean autofinanciables.

Los nuevos ingresantes serían estimulados. Equipos de trabajadores podrían solicitar permiso al Regulador para establecer una nueva empresa pública, y para que fondos públicos (sobre los que se cobrarían intereses) les fueran asignados para hacerlo. Podría ser adecuado poseer, en algunas industrias, un sistema en el que equipos de trabajadores pudiesen ofrecer propuestas al Regulador para conducir los servicios públicos por un período dado. Habría espacio para una diversidad de formas de control público e iniciativa descentralizada.⁴

Obviamente, surgirán situaciones en las que una empresa no fue capaz de costear sus propios gastos y necesite ser reconstruida. En este punto, el Regulador de Empresas Públicas entraría en juego. Nadie quedaría cesante. En cambio, el Regulador ayudaría a formular planes para el reemplazo de los desempleados en puestos similares en otras empresas, o para la capacitación para nuevas tareas. Los empleados tendrían derechos bien definidos en relación a este proceso, y serían capaces de iniciar acciones legales para reforzarlos. El Regulador de Empresas Públicas brindaría financiamiento transitorio; y también tendría derecho a suspender la financiación cuando los trabajadores buscasen retardar los cambios en vez de reestructurar.

Estoy advertida de que no he dicho nada acerca de los procesos internos necesarios para garantizar una genuina gestión de los trabajadores. En la medida en que existen grandes diferencias en las habilidades de distintos trabajadores, y en el alcance de su trabajo, será imposible que todos desempeñen un papel igual. Es importante tratar de compensar la desventaja de aquellos con menos habilidades y con trabajos de alcance restringido. Un sistema de información abierto, accesible a todos los empleados, es esencial. Pero también importa la capacidad de entender el sentido de la información, ya que el libre flujo de ésta solo, no lo garantizará. Por lo que distintos grupos de trabajadores deben ser capaces de apelar a representantes por ellos elegidos (que podrían surgir a tra-

⁴ Para una discusión más amplia de las innovaciones en las formas de control del sector público, ver R. Murray, op. cit.

vés de los sindicatos) si necesitasen ayuda en la formulación de políticas y en el ejercicio de sus derechos durante la reestructuración. Tampoco bastará el libre flujo de información si hay un medio inestable, que requiera gran cantidad de poderes discrecionales en las manos de unos pocos que toman decisiones. Las posibilidades para la existencia de formas igualitarias de gestión de los trabajadores tiene implicancias para las relaciones entre las empresas, y dependen de éstas. No es posible tener un sistema de información completamente abierto dentro de la empresa y, al mismo tiempo, guardar secretos frente a otras empresas. Un sistema de información completamente abierto entre empresas es, sin embargo, un aspecto central de los mercados socializados; como también lo son las relaciones de larga duración entre compradores y vendedores, que ayudan a estabilizar el medio en el que se desempeña una empresa. Por ello, los mercados socializados serían mucho más compatibles con la democracia industrial que los mercados organizados por empresas.

Mercados socializados

Quisiera exponer, en primer lugar, ciertas características de los mercados socializados. Luego consideraré más detalladamente como podrían funcionar para la fuerza de trabajo, para los bienes producidos (por ejemplo, bienes comprados y vendidos entre empresas) y para los bienes consumidos. Un mercado socializado es un mercado en el que el mercado es construido por organismos públicos, que no se financia con el producto de las ventas sino con impuestos a las empresas y a los hogares. Es también un mercado en el que los "apretones de mano invisibles", las relaciones de buena voluntad y reciprocidad que las economías de mercado —al menos en cierto grado— han encontrado necesario construir, son convertidas en redes de información pública con acceso libre y no en "círculos" o "clubes masculinos" que excluyen a los "extraños". Estas redes no tendrían secretarías financiadas mediante ventas y servicios, sino con impuestos.

La ventaja de tener constructores de mercado públicos (llamémosle Comisiones de Precios y Salarios) es que superan las barreras para el intercambio de información que existen cuando los mercados están organizados privadamente. La Escuela Austriaca siempre ha celebrado el grado en que los mercados producen información, pero no ha enfatizado el modo en que los mercados fragmentan la información. Las empresas que buscan ganancias, relacionadas por el nexo mercantil, tienen un incentivo para ocultar información acerca de su productividad, sus costos de producción y sus innovaciones. Una ventaja del mercado es el modo en el que permite la dispersión de la iniciativa; pero una desventaja es el modo en el que crea barreras para compartir la información. Un mercado socializado permite la dispersión de la iniciativa, que es un aspecto esencial de una sociedad que libera a los hombres, pero crea nuevos canales e incentivos a las iniciativas individuales para servir al bien común.

Esto requeriría que las Comisiones de Precios y Salarios tomen a su cargo tres tipos de actividades. En primer lugar, las Comisiones de Precios y Salarios deberían brindar instrumentos físicos para el intercambio de información acerca de las condiciones de las ventas y las compras entre las empresas, y entre empresas y hogares. La naturaleza de estos instrumentos físicos debe depender del nivel de desarrollo económico. En una economía agraria pobre, la construcción de lugares para el mercado sería el primer paso. En una economía industrializada, con acceso a micro-computadoras, sería posible un mercado electrónico. Los mercados electrónicos están creciendo, en forma fragmentada, en las economías capitalistas industrializadas. Un mercado electrónico organizado públicamente tendría la enorme ventaja de la estandarización: hasta el momento, el desarrollo de los mercados electrónicos capitalistas es obstaculizado por la incompatibilidad entre los distintos tipos de equipos. Existen grandes economías de escala en la búsqueda y el procesamiento de la información, de las que un mercado electrónico integrado, organizado públicamente, podría beneficiarse para bajar los costos de las transacciones. Esto daría a los hogares

y a las empresas un incentivo positivo para usar el mercado organizado públicamente: sería más barato hacer esto que organizar su propia -fragmentada- búsqueda de información acerca de las condiciones de las ventas y compras.

¿Qué tipo de información debería ser reunida y distribuida por las Comisiones de Precios y Salarios? Debería ir más allá de la información sobre precios por unidad. Tener un mercado socializado implica, en parte, hacer transparente y sujeto a controles públicos el proceso de formación de precios. En las economías de mercado industrializadas, la mayor parte de las empresas forman sus precios mediante la adición de un "mark up" a sus costos unitarios, pero los costos y el "mark up" no son hechos públicos. La Comisión de Precios requeriría información sobre los costos unitarios para que el público pudiese evaluar la relación entre costos y precios. ¿Esto significaría costos extra para cada empresa en la generación de la información? No, si las empresas ya la han generado para su propio sistema de gestión interna. En las economías capitalistas, el cálculo de costos es, de hecho, una herramienta básica de gestión. La diferencia no consistiría en la obligación de generar nueva información, sino en la obligación de divulgar la información que en general es conservada en secreto. Por lo que el segundo objetivo sería, como precondition para ingresar al mercado organizado públicamente, el de reforzar la divulgación de información, sobre la base de sistemas de contabilidad estandarizados.

Una tercera actividad sería la de guiar la formación de precios y salarios. Por supuesto, es imposible que las Comisiones de Precios y Salarios controlen por sí mismas todas las cuestiones, y que controlen centralmente todos los precios y salarios. Siempre está la posibilidad de transacciones en "negro", por fuera del control central. De todas formas, las Comisiones de Precios y Salarios pueden establecer patrones de precios y salarios, y pueden brindar la información que permita que sean los compradores y los vendedores los que, de forma descentralizada, los controlen. Los impuestos y las leyes de cumplimiento de contratos también pueden ser usadas para estimular la adhesión a los patrones y para penali-

zar los desvíos. Los precios y los salarios ofrecidos en cualquier transacción particular pueden ser comparados con los patrones. Si en una transacción determinada, compradores y vendedores quisiesen apartarse del patrón (para asegurar, por ejemplo, un rápido envío, o una variación en la calidad) podrían hacerlo. Pero también tendrían la posibilidad de objetar desvíos de los patrones y de solicitar una investigación por parte de la Comisión pertinente. Si muchos compradores y vendedores están de acuerdo en desviarse del patrón, esto puede sugerir que el patrón necesita ser revisado. Sin embargo, en el corto plazo, las economías industrializadas y descentralizadas tienden a experimentar "rigidez de precios", desempeñando el papel central el ajuste cuantitativo (a través del crecimiento o de la disminución de los pedidos, de la caída o del aumento de las existencias, y de cambios en el plan de producción). A largo plazo, el ajuste de los precios pasa a ser importante, por la influencia de los precios en la evaluación de las inversiones. Algunas veces, y por efecto de la rigidez de los precios, la Comisión tal vez deba anticipar -y no seguir- el curso de las transacciones, y cambiar los patrones de precios *antes* de que éstos hayan cambiado sensiblemente en las transacciones efectuadas. Para ello, requerirá de las redes información sobre movimientos de stock y capacidad utilizada. Los patrones no deben ser impuestos centralmente, sin atención a los requerimientos de los vendedores y compradores; deben ser establecidos interactivamente, sobre la base de la información de vendedores y compradores.⁵⁵ Una economía avanzada puede ligar el mercado electrónico con el sistema electrónico de pagos. Un sistema electrónico para el establecimiento de contratos registrará las condiciones de todas las transacciones realizadas, y esta información puede ser procesada para que revele desvíos de los patrones. Nuevamente, los menores costos de transacción de un sistema de contratos organizado públicamente les dará a los compradores y a los vendedores un incentivo

⁵⁵ La idea de la formación interactiva de los precios se encuentra en el modelo de economía socialista de Lange, pero el proceso de formación de precios de Lange es distinto del aquí sugerido. Ver Lange, "On the Economic Theory of Socialism", en A. Nove y D. Nuti (editores), op. cit.

para usarlo. En los países capitalistas industrializados, están en vías de ser desarrollados sistemas electrónicos de contrato, que no utilizan dinero, pero -como sucede con el mercado electrónico-, están trabados por falta de acuerdo sobre los estándares técnicos y por los altos costos iniciales.

Los constructores públicos de mercado necesitan ser complementados por redes —organizadas públicamente— de compradores y vendedores que tengan interés en promover el intercambio directo de información sobre cuestiones como las especificaciones de los bienes y de los procesos de producción, y los planes de inversión. Estas redes de información¹⁴ diferirían de las burocracias, con sus jerarquías de poder y sus relaciones de dominación; y también de los mercados en los que las relaciones son discontinuas y mediadas por el nexo monetario. Diferirían de las redes informales de subcontratación entre empresas, pues, para facilitar el intercambio de información, estarían provistas de oficinas mantenidas públicamente por medio de impuestos; y serían de acceso libre a toda unidad social que cumpla con ciertos criterios especificados públicamente. Los ejes de las redes de información no serían los precios y los costos, sino las cantidades y las características de los bienes y de los procesos de producción. Todos podrían construir, libremente, redes voluntarias; pero los esfuerzos voluntarios serían complementados por las redes públicas, cuyos coordinadores tendrían poderes para hacer obligatoria la libre circulación de la información. Las redes de compradores-vendedores permitirían que se manifestaran ciertas interdependencias entre los tomadores de decisiones antes de que se tomen las decisiones; para que las unidades individuales puedan tomar sus decisiones con mayor civismo, considerando las implicancias de sus decisiones tanto para los demás como para sí mismos.

Los coordinadores de las redes, como las Comisiones de Precios y Salarios, tendrían tres tipos de funciones: facilitar el intercambio de información; reforzar la libre circulación de la informa-

¹⁴ Para otra perspectiva del potencial de las redes de información para organizar una economía socialista, ver Michael Barrat Brown, "Information Networks", mimeo, 1988.

ción; y un papel interactivo, en este caso, en el diseño y la especificación de los bienes y de los procesos de producción. Deberá haber una pluralidad de redes: por ejemplo, una red de energía, una red de transportes, una red de oficios, una red de bienes de consumo. La información en la que se centrarían las redes de compradores-vendedores sería la de los stocks actuales y futuros, las capacidades, los diseños y las especificaciones. De nuevo, esto no requiere que las empresas generen información que aumente sus costos, sino que compartan información que en algún momento pueden necesitar para sus propios fines internos. Por ejemplo, en las economías capitalistas industrializadas, la información sobre los niveles de stock está pasando a ser de gran importancia, lo que conduce a sistemas de control de stock "just-in-time". La tecnología electrónica ha hecho mucho más fácil y barato el control de los niveles de stock.

Las redes de compradores-vendedores formarían la base de un proceso de planificación social descentralizado, en el que las implicancias -para el resto de los agentes- de los planes de inversión de las distintas unidades podría ser considerado antes de que estos planes sean llevados a término. La administración de tales redes podría interactuar con una oficina nacional de planificación, generando una estrategia para la economía nacional acordada conjuntamente. La deseabilidad de la descentralización de las decisiones, en lo que se refiere a la utilización de la capacidad y la innovación, no significa que no se requiera ninguna forma de planificación centralizada para el conjunto de la economía. Debe haber, ciertamente, una estrategia general para identificar qué sectores deben expandirse y cuáles declinar; cuánto debe ser asignado para inversión y cuánto para consumo; y cuáles de los cuellos de botella deben ser ensanchados, y cuáles aceptados como constreñimientos. Pero la estrategia no sería implementada mediante la asignación central de los recursos materiales y los objetivos de producción para cada empresa. La planificación estratégica de Ja-

¹⁵ A. Sayer, "New Developments in Manufacturing: The Just-in-Time System", Capital and Class 30, Invierno de 1986.

pón y Francia es, quizás, lo más cercano a lo que tengo en mente - pero éstos carecen de muchos de los procedimientos de implementación que estarían abiertos en una economía socialista: y las redes de información en las que se basan no son redes de acceso libre, sino que son redes "entre amigos" y entre corporaciones. Las Comisiones y las redes funcionarían de manera distinta en el caso de la fuerza de trabajo, los bienes de producción y los de consumo, por lo que serán considerados en forma separada.

El mercado de trabajo

La Comisión de Salarios brindaría facilidades para el intercambio de información acerca de puestos de trabajo vacantes y de personas en busca de trabajo. En sí mismo, esto no sería nada nuevo para las economías industrializadas, pero, en las economías capitalistas, estas instituciones han estado lamentablemente faltas de recursos, y sólo han dado información muy limitada acerca tanto de vacantes como de ofrecimientos de trabajo, dejando una gran brecha a ser llenada por agencias privadas de empleo. En especial, no han generado información comparativa acerca del estado general del mercado de trabajo, que permita evaluar, a las empresas y a los empleados, los términos y las condiciones de las ofertas de trabajo. Tampoco han provisto información acerca de los fundamentos a partir de los cuales se determinan los salarios relativos (ya sean esquemas de evaluación de trabajo formales o "prácticos").

Para que funcione adecuadamente, la Comisión de Salarios no sólo requerirá la notificación obligatoria de las vacantes, también requerirá información de las empresas sobre los ingresos y las condiciones de los empleados, y sobre el funcionamiento de los mecanismos de evaluación del trabajo y de los esquemas de calificación. Este es el tipo de información que recogerían los departamentos de personal: lo que se requiere adicionalmente es la libre circulación de estos datos, y su posterior procesamiento por la Comisión Salarial. Los microprocesadores adecuados tardarían muy poco tiempo para resumir y presentar la información de una forma

en que sea comprensible para los individuos que buscan emplearse o para los que contratan personal. Si está adecuadamente dotada, la Comisión de Salarios no agregará una costosa capa de burócratas. En cambio, reemplazará a todo un ejército de agentes que, en una economía capitalista, trabajan para generar, pero también para fragmentar y ocultar información.

La Comisión de Salarios puede ayudar al reforzamiento de los estándares mínimos para los términos y las condiciones de trabajo, rechazando el ingreso al mercado socializado a las ofertas de trabajo que caigan por debajo de esos estándares. De la misma manera, puede ayudar al reforzamiento de los procedimientos de evaluación del trabajo que reúnan ciertas características mínimas (como por ejemplo, paga igual para trabajos de igual valor, valoración del trabajo físico en relación a la habilidad manual). Estos estándares mínimos ciertamente deberán ser incorporados en la legislación; pero, yendo más allá de esto, la Comisión de Salarios puede difundir información acerca de los procedimientos más adecuados y promover mejoras.

Además de reunir, procesar y difundir la información, la Comisión de Salarios produciría "patrones" básicos, tanto para los salarios básicos relativos, como para los incrementos generales de los salarios básicos. Esta sería una contribución clave tanto para asegurar una distribución del ingreso socialmente justa, como para controlar la inflación. Es absolutamente esencial que todos los salarios estén incluidos, desde los del (democráticamente elegido) presidente a los del trabajador manual menos calificado. (Estoy suponiendo que no hay ingreso privado, aparte de los intereses de los ahorros personales). Desde el momento en que todos tendrían garantizado un ingreso básico mínimo, es probable que el salario relativo del trabajo no calificado, aburrido y desagradable, fuese retribuido con un salario más alto que el que es actualmente habitual, pues, de otra forma, nadie lo haría.

El establecimiento de patrones de salarios relativos surgiría de ejercicios de evaluación de empleo controlados democráticamente, y éstos podrían ser revisados anualmente para adaptarse a las

cambiantes estructuras económicas y sociales, reflejadas en las estadísticas de vacantes y de demandantes de trabajo. El establecimiento de un patrón general para los incrementos salariales dependerá de las decisiones macroeconómicas relativas a los niveles de la demanda agregada y del consumo, y de los incrementos de productividad subyacentes. El reforzamiento se daría a través de distintos canales: imposición; cumplimiento contractual; publicidad adversa por violaciones; y la creación de una atmósfera de confianza basada en una sociedad abierta, incluyendo un proceso claro de formación de precios, con patrones establecidos por la Comisión de Precios. El objetivo sería hacer el proceso de formación de salarios tan transparente como sea posible.

Sin duda, bajo un sistema así, el foco de atención de los sindicatos se desplazaría de la negociación colectiva con los directivos de las empresas por el nivel de los salarios básicos. Pero, ciertamente, aún habría un papel importante para los sindicatos: en la capacitación de sus miembros para que defiendan sus derechos, en la negociación sobre la organización de la producción y la disposición de los excedentes de las empresas (después de pagar los impuestos) y en el asesoramiento sobre los estándares nacionales de evaluación de empleo y sobre los análisis de comparabilidad. Los sindicatos son una expresión de la división del trabajo; cuando cambia la división del trabajo, también lo hace su función. Pero, mientras haya diferencias sustanciales en el alcance de los trabajos, algunos con responsabilidades de planificación ("trabajo mental") y otros sólo con responsabilidades de implementación ("trabajo manual"), los sindicatos son esenciales para defender los derechos de estos últimos. Esto debe incluir el derecho a la huelga, y a la verdadera autonomía de la organización.

No habría desempleo involuntario, porque el Regulador de Empresas Públicas actuaría como una "compañía de sostén" para los hombres cuyos empleos previos hayan sido destruidos; pagándoles sus salarios básicos, y otorgándoles una estructura organizacional y calificación, hasta que pudiesen ser recolocados en nuevos puestos de trabajo. Las redes entre usuarios y proveedores de fuerza de traba-

jo (incluyendo hogares e instituciones de entrenamiento y educación) pueden desempeñar un papel importante en la reducción de los costos de estas operaciones; y también proveerían la base para la planificación de la fuerza de trabajo, a través de la recopilación de información cuantitativa sobre la estructura ocupacional y las previsiones de las necesidades futuras. Una diversidad de redes puede ser organizada en torno a las distintas habilidades, calificaciones y ocupaciones. Tanto los usuarios como los proveedores de fuerza de trabajo tienen interés en el desarrollo de habilidades: la creatividad, la autodisciplina, el conocimiento de las técnicas, etc. Las redes de habilidades podrían proporcionar ámbitos para el desarrollo de formas mutuamente benéficas de entrenamiento y utilización de la fuerza de trabajo, que eviten la creación de trabajos sin posibilidades de progreso, y de habilidades parciales e intransferibles. No eliminarán la posibilidad de tensiones entre el deseo individual de satisfacción en el trabajo y el objetivo de la empresa de ser autofinanciada. Pero proporcionarían ámbitos en los que distintos agentes tendrían la oportunidad de colocarse en el lugar de los otros, y mirar al entrenamiento, la educación y el diseño del proceso de trabajo desde una amplia gama de puntos de vista. Un importante objetivo de la administración de las redes, además de recoger información, sería el de otorgar a los participantes oportunidades para compartir la experiencia de los demás, desde ejercicios de desempeño de otras funciones, a intercambios de personal entre empresas e instituciones de educación y de entrenamiento, a actuar como asesor de las actividades de los demás.

Sin medidas para socializar el mercado de trabajo, la asignación de mercado está condenada casi inevitablemente a generar desempleo. En los países en los que el socialismo de mercado ha sido llevado más lejos, como Hungría y Yugoslavia, el desempleo está creciendo, mientras que la búsqueda de empleo y los servicios de recalificación son desesperadamente inadecuados. Pero la asignación de recursos centralizada y burocrática, a través de la administración, sofoca el crecimiento de la productividad y la innovación. El tipo de medidas que he propuesto tiene alguna posibilidad, creo, de evitar estos dos extremos indeseables.

El mercado de bienes de producción

La compra y venta de bienes de producción tiene lugar entre empresas. No hay razón por la cual las empresas de propiedad pública no debieran tomar a su cargo iniciativas descentralizadas en la compra y la venta de bienes de producción, en el marco de ciertos parámetros establecidos por el Regulador de las Empresas del Sector Público (para regular su expansión y contracción, y para evitar el mal uso de los recursos). No se necesita decir mucho más acerca de las actividades de la Comisión de Precios respecto a los bienes de producción, en lo que se refiere a la provisión de instrumentos para el intercambio de información sobre las condiciones de las compras y las ventas. La función de liberación de los flujos de información garantiza un énfasis especial en esto, ya que en los países capitalistas la cartelización y los acuerdos de precios son dominantes —en particular, en ciertas industrias de bienes de producción. ¿Podemos confiar en que las empresas usarán los métodos de contabilidad acordados, y que darán a publicidad los costos unitarios como les es requerido? ¿No llevarán una doble contabilidad, una para la Comisión de Precios y otra para sí mismas? El problema de la calidad de la información es importante. Hay conocidos problemas en los sistemas con asignación centralizada de recursos, porque las empresas no brindan información confiable a los planificadores centrales acerca de las necesidades de recursos por unidad de producto. En estos sistemas, hay un incentivo inherente para que las empresas brinden "desinformación", porque los planificadores centrales, a la vez, establecen los objetivos para las empresas, y asignan los *inputs* que las empresas requieren para alcanzar esos objetivos. Naturalmente, las empresas han estado inclinadas a inflar las estimaciones de *inputs* requeridos por unidad de producto, para hacer que sea más fácil alcanzar los objetivos de producción. ¿Frente a la Comisión de Precios, hay incentivos para subestimar o sobrestimar los costos? Para responder esto, tenemos que considerar la naturaleza del proceso de formación de precios.

Es bien sabido que, en las economías capitalistas industrializadas, la mayor parte de las empresas establecen los precios median-

te un "mark-up" sobre sus costos unitarios, estando la medida de este "mark-up" limitada por el comportamiento de los competidores y de los consumidores. La Comisión de Precios formularía los patrones de precios de forma similar, excepto que la base serían los costos unitarios promedio, y el "mark-up" estaría determinado por las necesidades de inversión de la economía. Cuanto mayor sea la tasa global de inversión requerida por la estrategia formulada por el proceso de planificación, mayor será el "mark up". El "mark-up" puede variar en las distintas industrias, para generar un mayor excedente en las industrias en las que la estrategia necesita expansión, y un menor excedente en las industrias en las que la estrategia necesita contracción. Este es el procedimiento de formación de precios adoptado por Kalecki¹¹, y difiere del mecanismo de ensayo-y-error (defendido por Lange) en que no tiende a generar patrones de precios compensatorios, sino más bien, a generar patrones de precios que estimularán a reestructurar en la dirección adecuada, a través de rentabilidades diferenciales para actividades distintas. Permite poner precio a los bienes que no se producen en serie, que son característicos de algunas secciones de las industrias de bienes de producción. Los patrones de precios podrían ser revisados anualmente, pero no es necesario que todos sean revisados simultáneamente. Entre las revisiones anuales, los precios podrían permanecer estables. La revisión entonces decidiría en qué medida los cambios en los costos y en la demanda (indicados por los cambios en el nivel del stock) requiere cambios en los precios. El grado en el que los incrementos en los costos se reflejaría en patrones de precios más altos dependería del grado en el que los niveles de producción, en un sector particular, necesitan ser incrementados, reducidos, o mantenidos estables. El proceso de formación de precios sería transparente, en el sentido de que el público conocería la base sobre la que se establecen los patrones de precios, y podría controlar los precios reales con los patrones. Desde el momento en que los patrones de precios estarían en relación con los costos medidos, el "mark-up", esto daría un incentivo a la

¹¹ M. Kalecki, *Selected Essays in Economic Planning*, Oxford, 1986.

eficiencia: una firma con costos más bajos que la media podría obtener un mayor excedente, y tendría fondos para expandirse, o para mayores bonos para sus trabajadores. Disminuiría el poder que poseen las grandes empresas para engrosar su propia ganancia mediante el achicamiento de los márgenes de ganancia de sus pequeñas subcontratistas. También contrarrestaría las tendencias de las empresas a tratar de mantener la tasa de ganancia aún cuando la capacidad no es utilizada completamente, y a ser reacias a la baja de los precios para incrementar la utilización de la capacidad instalada; tendencias que caracterizan a las empresas en las economías capitalistas, y que aumentan la posibilidad de deficiencias en la demanda agregada."

Un procedimiento de formación de patrones de precios de este tipo (acompañado por una gama de palos y zanahorias para incentivar la adhesión a estos patrones) ayudaría a implementar la estrategia macroeconómica, y a disminuir la posibilidad de que la economía quede cautiva en una trampa inflacionaria. La prevención de los problemas macroeconómicos y la agilización de la reestructuración son las razones fundamentales para no dejar totalmente en las manos de las empresas el proceso de formación de precios. Las decisiones sobre los niveles y los planes de producción y sobre el tipo de insumos a utilizar serían libradas a las empresas (informadas por las redes de información), pero el mecanismo de formación de precios sería socializado. La viabilidad de este mecanismo depende claramente de la calidad de la información transmitida a la Comisión de Precios. Es posible imaginar situaciones en las que un pequeño grupo de empresas domina una industria, y que se confabulen para transmitir a la Comisión de Precios información inflada sobre los costos. Esto les permitiría obtener excedentes más altos que los que la Comisión de Precios pudiese advertir.

Hay distintas medidas que podrían ser implementadas para defenderse de la posibilidad de desinformación: un equipo de inspec-

" Esta tendencia puede ser teorizada de distintas formas, constituyendo la "torcedura de brazo invisible" de Okun, y el "grado de monopolio" de Kalecki dos de las posibilidades.

tores bien dotado, con poderes para registrar los libros de la empresa; la obligación de que la información computada de la administración fuese de "acceso libre"; una gama de medidas para hacer que llevar dos juegos de libros (o de *diskettes*, etc.) sea para la empresa, o demasiado complejo, o demasiado costoso; y medidas para facilitar el ingreso de nuevos trabajadores, y para disminuir las posibilidades de conflictos (como, por ejemplo, propuestas competitivas para contratos operativos de corta duración). La Comisión de Precios necesitaría recursos considerables; pero estos podrían ser obtenidos mediante la utilización de los recursos que en las economías capitalistas son absorbidos —en el mercado de capitales— por las instituciones financieras. Las habilidades de un analista de inversiones que trabaja para un banco mercantil serían, precisamente, el tipo de saber que la Comisión de Precios necesitaría.

Las redes entre compradores y vendedores de bienes de producción tendrían, también, dos funciones muy importantes: la minimización de las fluctuaciones en la utilización de la capacidad instalada (como consecuencia de los saltos en la inversión, que pueden ser muy pronunciados para muchas industrias de bienes de producción); y la difusión de las innovaciones técnicas. En las economías capitalistas, hay una considerable colaboración entre compradores y vendedores en el diseño y la especificación de los bienes de producción, y en el señalamiento de las necesidades futuras de inversión. En estas economías, y en respuesta a las nuevas tecnologías de automatización basadas en la electrónica, las redes entre empresas parecen estar expandiendo su radio de influencia, abarcando no sólo a los contratos de largo plazo para bienes determinados, sino también la integración del diseño y de la planificación. Algunas investigaciones describen esto como "sistemofactura", en la que la unidad de producción consiste en un grupo de empresas, integradas —pero separadas—, que poseen una minuciosa coordinación en el desarrollo de productos y de planes de producción, y que utilizan tecnología de procesamiento de información microelectrónica." Sin embargo,

" R. Kaplinsky, "Electronics-based Automation Technologies and the Onset of Sistemofactura", *World Development*, vol. 133, no.3, 1985.

esto está limitado por los derechos de las empresas de propiedad privada de conservar secreta la información si es que esto les otorga una ventaja competitiva. En el marco, aquí desarrollado, de una sociedad socialista, este derecho no existiría. Las empresas públicas tendrían que dar a publicidad la información sobre sus innovaciones tecnológicas y sus planes de producción como condición para hacer uso de los bienes públicos. Las cooperativas y las empresas domésticas tendrían que hacer pública la información como condición de su admisión a los mercados y las redes organizados públicamente. Para proporcionar incentivos materiales para la innovación, se podría pagar una gratificación por el depósito de las especificaciones en un Banco Tecnológico, al que tendrían acceso todos los miembros de las redes de información, y al que las empresas podrían acudir para obtener recursos para financiar investigación y desarrollo. La competencia mediante el ocultamiento sería, en lo posible, minimizada. (A propósito de esto, la economía socialista que vislumbro se acercaría mucho más a los modelos neoclásicos de competencia —que parten de la afirmación de que todas las tecnologías son conocidas por todos— de lo que puede hacerlo cualquier economía de mercado, capitalista o socialista.)

El mercado de bienes de consumo

Muchos de los mecanismos discutidos más arriba también se aplicarían a los bienes de consumo. Quiero aquí focalizar en lo que es distinto: el hecho de que los hogares son los que compran en el mercado. Por una parte, los hogares no tienen la gama de recursos ni el conocimiento especializado que poseen las empresas. Por otra parte, si los hogares, para obtener las mejores condiciones de compra, persiguen una política estrecha y parcial, considerando cada artículo de compra en forma aislada, ignorando las interdependencias en sus condiciones de producción y de uso, sus acciones serán frecuentemente contraproducentes.²¹ Un mercado socializado pondría en manos de los hogares más conocimiento, y los

²¹ Para varios ejemplos que ilustran este punto, ver Hirsch, op.cit.

(91)

haría más conscientes de las interdependencias entre sus actividades como productores y sus actividades como consumidores.

La información provista por la Comisión de Precios permitiría a los hogares conocer bien cómo se forma el precio de un bien en la actividad económica: cuánto le corresponde a cada actividad en el precio final; cómo se conforman el *mark-up* y los costos en cada punto de la cadena de producción; cuánto hay de impuesto o de subsidio incorporado en el precio. Cuando un precio aumenta, sería posible mostrarle a los hogares las razones de ello; qué costo se ha incrementado, qué *mark-up* se ha expandido para proporcionar incentivos para la expansión de la producción. La reacción de los hogares frente a las alzas de precios es un factor crítico en el funcionamiento de las economías, tanto de las capitalistas como de las socialistas "realmente existentes". En ninguno de los dos tipos de economía se les ha brindado a los hogares información suficiente para evaluar los precios, para decidir si las alzas son justificadas, o para distinguir entre los cambios en los precios relativos que son necesarios para el ajuste de la economía, y las alzas en el nivel general de precios. Sin duda, la rigidez de los precios a la baja ha significado que los ajustes en los precios relativos sólo puedan ser logrados como parte de un alza en el nivel general de precios. Ningún sistema de precios puede generar un sistema racional de asignación de recursos si los precios no cubren los costos efectivos y las necesidades futuras de inversión. Pero, desde que la formación de precios es opaca, no es sorprendente que los hogares desconfíen de las autoridades (sean estos empresarios capitalistas o planificadores socialistas) cuando estas afirman que los aumentos de precios son necesarios. Lo que se requiere no es una información detallada sobre todos los bienes y servicios; esta puede ser proporcionada para los bienes primarios, los que dan cuenta de la proporción mayoritaria del gasto de los hogares.

En las economías capitalistas ya existen las redes de subcontratación entre los grandes comerciantes que venden al público y sus proveedores, de forma similar a las que existen para los bienes de producción. Vendedores como Marks and Spencer, The Body

cursos que en las economías capitalistas son destinados a la investigación de mercado y a la publicidad, podría ser destinada a la Unión de Consumidores, que disfrutaría de economías de escala y de costos de transacción reducidos. Es esencial que la Unión de Consumidores sea financiada mediante impuestos, para permitir que su información sea independiente, y para evitar que tenga que utilizar para ello técnicas inflexibles.²¹

En esta economía habría competencia, pero sería una competencia acotada, y los límites irían más allá de todo lo existente en cualquier economía capitalista. Habría, naturalmente, legislación protectora de la salud, de la seguridad y del medio ambiente, y legislación para proteger los derechos de los empleados y los consumidores particulares. Pero además, habría límites establecidos por el libre acceso de los hogares a los medios de vida, y por la ausencia de propiedad privada sobre el conocimiento. (Esta última ausencia no erradicaría la innovación, ya que el Banco Tecnológico pagaría gratificaciones. De todas maneras, las ganancias extraordinarias no son el único estímulo para la innovación: más tiempo libre, menos trabajo duro, estima social, el auténtico placer de producir nuevo conocimiento y de resolver problemas; todos son incentivos poderosos.) Más aún, el Regulador de Empresas Públicas desearía informarse sobre las innovaciones registradas por los equipos de trabajadores, para determinar quién debería obtener los contratos para administrar nuevas empresas, y cómo debería llevarse a cabo la reestructuración.

Coordinación y control consciente

Quisiera resumir cómo considero que tendrá lugar la coordinación económica socialista. (Primero, el objetivo de la coordinación económica socialista no sería un equilibrio *ex ante*, en el que la oferta y la demanda se igualan antes de que se lleve a cabo la producción. Ese es un objetivo imposible. El problema de la coordinación de mercado privada no es su fracaso para alcanzar este ob-

²¹ Es irónico que, en Gran Bretaña, la Asociación de Consumidores, que se financia con suscripciones, recurra ahora a estas técnicas para conseguir nuevos suscriptores.

(92)

jetivo, sino su fracaso para alcanzar el ajuste en la dirección adecuada. Hay una variedad de razones por las cuales las empresas autofinanciadas no necesariamente reducirán los precios de los bienes sobreabundantes ni los aumentarán para los bienes con exceso de demanda. Kalecki relacionó la rigidez de los precios con la competencia bligopólica; más recientemente, los economistas keynesianos y los institucionalistas han comenzado a explorar otras causas posibles, relacionadas con los costos de la información y las transacciones de una economía de mercado de empresas autofinanciadas. El fracaso del ajuste de la economía de mercado en el nivel micro subyace a los problemas de nivel macroeconómico del desempleo y la inflación, que son de gran importancia para los socialistas. (Los problemas de nivel micro y macro no pueden ser tratados separadamente. Por lo que el objetivo es un proceso de coordinación que ayude a evitar el desempleo y la inflación, contribuyendo a generar, al mismo tiempo, incrementos en la productividad y en la satisfacción de las necesidades de la gente.)

La planificación económica global tiene un papel vital que desempeñar en el establecimiento de los parámetros en los que operan las empresas individuales, y en la prevención de grandes interdependencias. Pero ésta no tomaría la forma de un mecanismo para la asignación pormenorizada de los recursos materiales, sino la de una estrategia de dirección, de una visión del futuro. En la Oficina Central de Planificación Económica, los planificadores harán uso de las redes de información de los compradores y vendedores de los recursos clave para formular propuestas alternativas, alguna de las cuales podría ser elegida por un proceso político democrático. La política monetaria y fiscal jugaría un papel importante en la implementación del plan; pero -como sucede en la coordinación económica japonesa- también lo harían las relaciones de reciprocidad, confianza y persuasión.

Si bien las empresas podrían ser de propiedad pública -si no fuesen cooperativas o domésticas- y estar sujetas al Regulador de Empresas Públicas, no estarían sujetas a directivas obligatorias de

Shop y Benetton son, ciertamente, buenos ejemplos de sistemofactura. Pero los hogares no están integrados en estas redes: todo lo que tienen es ese mucho más nebuloso "apretón de manos invisible", o la "cooperación objetiva informal", que no conduce a mucho más que a repetir el mismo tipo de compras, aseguradas por precios inflexibles. [Para corregir la posición relativamente débil de los hogares como consumidores, propongo que se forme una Unión de Consumidores, que actúe como una coordinadora de las redes entre los hogares y las empresas que producen y venden bienes y servicios al por mayor y al por menor.] Esta Unión brindaría información acerca de la *calidad* de los bienes y servicios de la misma manera en que lo hacen las Asociaciones de Consumidores en algunos países industrializados; pero iría más allá de eso. También brindaría información acerca de las condiciones en las que esos bienes y servicios son producidos, y acerca de sus efectos sobre el medio ambiente. Los hogares que desearan evitar la compra de bienes hechos en determinadas condiciones, para favorecer a los bienes hechos en otras condiciones, tendrían la información para hacerlo. Los bienes producidos "en las mejores condiciones" (desde el punto de vista de la ecología, o de la igualdad de oportunidades, o de las condiciones de trabajo humano), podrían ser destacados. La Unión de Consumidores enseñaría a los hogares a tener una perspectiva más amplia respecto de las implicancias de sus compras que la simple búsqueda de la forma más barata de satisfacer las necesidades inmediatamente percibidas. Ayudaría a los hogares a reconocer que lo que aparece como "la mejor compra" a corto plazo, y desde un punto de vista individual, puede pasar a tener todo tipo de efectos indeseados en el largo plazo. Por tanto, la Unión de Consumidores sostendría muchas de las preocupaciones de los "eco-socialistas".

Las actividades de la Unión de Consumidores irían más allá de este papel educativo, pues también ofrecería servicios para facilitar las compras y para permitir que los hogares tomen cierta iniciativa en el diseño y la especificación de los bienes. La Unión tendría ramas en todas las localidades, conservando al día la infor-

mación sobre la disponibilidad de bienes y servicios; que podría ser enviada a los hogares a través de aparatos de televisión equipados con sistemas como el Prestel. El uso de la tecnología electrónica hace más rápida y simple la reunión de los datos acerca de los niveles de stock. Si un hogar desea saber en qué lugar de la localidad puede comprar un par de pantalones de cordero azul oscuro para un niño de nueve años, la Unión de Consumidores puede brindar la información, evitando inútiles colas en varios negocios. La Unión de Consumidores no sólo respondería a las iniciativas de los proveedores, también permitiría a los hogares iniciar el control y la selección de los productos. Incluiría en su personal no sólo a individuos con experiencia en los derechos y en la protección del consumidor, sino también a diseñadores e ingenieros, capaces de detectar las necesidades insatisfechas, y de trabajar con los proveedores para garantizar que se alcancen. Los proveedores tratan, por supuesto, de identificar las oportunidades de venta no alcanzadas, pero esto no es igual a lo anterior, pues éstos tienen un incentivo inherente para moldear la expresión de las necesidades de formas tales que generen el máximo de ganancias para ellos. Para los hogares, es difícil determinar el mejor modo de alcanzar sus necesidades si no conocen la gama de posibilidades técnicas: la especificación de las necesidades es siempre difícil en abstracto, y es mucho más fácil cuando está confrontada con una gama de posibilidades definidas. Hay, por supuesto, un conflicto potencial entre las economías de escala y la fabricación de productos para satisfacer necesidades específicas. Pero este conflicto está siendo atenuado por el desarrollo de la especialización flexible, el uso de equipo que tiene la capacidad de pasar de producir un tipo de producto a otro tipo de producto (sin pérdida de tiempo para el reequipamiento).

Toda las empresas que desearan producir o vender bienes y servicios a los hogares deberían registrarse en la Unión de Consumidores, y liberar la información sobre sus productos y métodos de producción y sobre sus niveles de stock; información que sin duda éstas necesitarán para sus propios fines. Una gran parte de los re-

la administración central. Los empleados de las empresas del sector público no tendrían derechos de propiedad, pero sí de uso, y estas empresas serían autofinanciables. La reubicación de la fuerza de trabajo entre empresas públicas estaría organizada por el Regulador. Las empresas serían libres de elegir sus proveedores y clientes, pero sus interrelaciones con las demás, y con los hogares, estarían mediadas por las Comisiones de Precios y de Salarios, y por coordinadores de redes, incluida una Unión de Consumidores. Las empresas establecerían contacto (y permanecerían en contacto) con los consumidores y los proveedores a través de canales públicos, financiados con impuestos; y estos canales serían canales de información abiertos. La formación de los precios y de los salarios sería transparente; el diseño de los productos y los procesos de producción sería transparente. Los obstáculos a la transferencia de información -constituida por los mercados operados en forma privada- serían disueltos.

Un sistema de coordinación como éste no requiere del procesamiento simultáneo de grandes cantidades de información, del tipo necesario para una planificación central efectiva (la que se dice que es imposible aún con la última tecnología de computación). Mas bien, requiere la reunión y el procesamiento -a intervalos discontinuos, y en forma separada-, de la información ya generada por las empresas para su propio uso, como los costos unitarios y el nivel de stock, y las especificaciones sobre el proceso de producción y el producto. La barrera para esto no es técnica: los niveles actuales de la tecnología de los microprocesadores pueden manejar el procesamiento de este tipo de información muy rápidamente. Las economías pobres pueden usar técnicas electromecánicas (o aún ábacos), y ser más selectivas en el alcance y la profundidad de la socialización de los mercados. El sistema de información pública no sería complementario de la miríada de operaciones fragmentadas de las empresas privadas, sino que las reemplazaría, y disfrutaría de considerables economías de escala. La barrera no es técnica: es social y política. Aquellos con posiciones de poder que defender resistirán la apertura del libre flujo de información. No

hay una recetas infalibles para reforzar el libre flujo de información, pero en una economía en la que la posibilidad de tomar iniciativas está ampliamente diseminada, y en la que no hay mercado de capitales para comprar y vender empresas; hay mayores posibilidades de que se reconozcan los beneficios mutuos de la libre circulación de información.

(El acceso libre a la información es el modo de acceso al control consciente de la economía. Entre los marxistas (empezando por Marx), ha habido una tendencia a concebir el control consciente en términos de la centralización de toda la información relevante en un centro de toma de decisiones, y de la toma de decisiones con conocimiento total de todas las interconexiones y ramificaciones. Ese es un objetivo imposible, e indeseable. El control consciente es concebido mejor como acceso abierto a toda la información disponible que se refiera al producto y a su precio, de modo que todo aquél que toma decisiones tiene acceso a la misma información que cualquier otro persona.)

Esto tiene implicancias para el problema de cómo salirnos de donde estamos ahora hacia el tipo de economía socialista que concibo. En las economías capitalistas, lo importante parece ser un ataque a las prerrogativas que el capital posee sobre la información, y comenzar a desarrollar redes que prefiguren las que necesitaría una economía socialista²⁰. Una gran cantidad de cuestiones, que van desde la regulación del mercado, las prácticas restrictivas y los cárteles, las cuestiones ambientales, la protección del consumidor, desde la democracia industrial y las estrategias industriales nacionales a un gobierno abierto, pueden ser entrelazadas en una campaña coherente en torno al acceso libre a la información. En este marco, las prioridades deben ser elegidas desde el punto de vista de aquellos con menos acceso y control de la información, los hombres con menos educación y calificaciones, que también son, generalmente, los más pobres. Esto tendría la ventaja de con-

²⁰ Un ejemplo de una red "prefigurada" es Twin Trading, la que bajo el liderazgo de Michael Barrat Brown, relaciona productores y usuarios de bienes y servicios en el Reino Unido y en una amplia gama de países del Tercer Mundo.

servar la moral bien alta, y de apelar a una amplia gama de no-socialistas, así como también a los socialistas, mientras va hacia el corazón de la capacidad capitalista de explotar al trabajo.

En las economías socialistas realmente existentes lo importante parece ser atacar tanto las prerrogativas sobre la información de la burocracia como las prerrogativas sobre la información de los administradores de las empresas. La *Glasnost* es, en verdad, un paso en la dirección correcta; pero necesita ir más lejos. Por sí mismo, el socialismo de mercado refuerza y extiende el poder de los administradores de las empresas a expensas de los trabajadores comunes. Las medidas para crear mercados deben ser complementadas con las medidas para socializarlos.

95

INDICE

PROLOGO, por Ricardo Graziano	7
I. EN DEFENSA DE LA PLANIFICACION SOCIALISTA, por Ernest Mandel	17
1. Socialización objetiva del trabajo	19
"Planificación"	21
"La tendencia actual"	24
¿Demasiadas decisiones?	26
2. Escasez y abundancia	29
Las conclusiones erróneas de Nove	30
3. La jerarquía de las necesidades	33
Patrones de consumo	37
¿Tiranía sobre los deseos?	41
Formas y consecuencias	42
4. Despotismo sobre los productores	45
5. Cooperación objetiva informal	47
Una objeción	49
6. Innovación y motivación	52
7. Autogestión conjunta de los trabajadores	54
La superioridad de la autogestión	57
Hacia el socialismo	62
8. Miseria conjunta. Una crítica general	63
Un dilema falso	67
II. MERCADOS Y SOCIALISMO, por Alec Nove	73
¿Tertium Datur?	
Corrección económica	82

III. EL MITO DEL SOCIALISMO DE MERCADO, por Ernest Mandel	85
Economía de mercado y fluctuaciones económicas	88
Los límites de la "regulación de mercado"	90
Prioridades sociales y recursos limitados	93
Dinero, satisfacción del consumidor y prioridades sociales	97
<i>Utque tertium datur?</i>	103
Sobre la libertad humana	106

IV. ¿SOCIALISMO DE MERCADO O SOCIALIZACION DEL MERCADO?, por Diané Elson	109
1. El socialismo de mercado de Nove y la planificación socialista de Mandel	114
La economía dual de Nove	114
Un modelo irreal	117
Despreocupación por los mercados como instituciones y como procesos	121
Críticas del mercado	125
Toma de decisiones y mercado	127
El proceso de ajuste y la reproducción de la fuerza de trabajo	132
Las bases micro de los problemas macro	137
La respuesta keynesiana: la intervención en los mercados	141
"No hay tercer camino"	144
La Tercera Vía de Mandel	145
Una economía de repetición	150
2. Socializando el mercado	153
La producción y reproducción de la fuerza de trabajo	154
Empresas públicas dirigidas por los trabajadores	158
Mercados socializados	162
El mercado de bienes de producción	171
El mercado de bienes de consumo	175
Coordinación y control consciente	180

Este libro se terminó de imprimir en el mes de junio
de 1992 en los Talleres Gráficos EL LIBRO S.R.L.
Santos Dumont 4457 (1427) Bs. As.-Argentina